

# UNA VÍA EN LAS ESTRELLAS

EL CAMINO DE SANTIAGO  
DE UNAS PERSONAS POCO CORRIENTES

*Concha Fernández Pol*

Fundación Joaquín Díaz • 2026

*Publicaciones Digitales*

**funjdiaz.net**

# UNA VÍA EN LAS ESTRELLAS

EL CAMINO DE SANTIAGO  
DE UNAS PERSONAS POCO CORRIENTES

*Concha Fernández Pol*

Esta edición es de libre distribución, siempre que se respete en formato y contenido como conjunto íntegro y se nombre la fuente original, tanto edición como autoría, si se cita en otras publicaciones.

© de los textos y sus imágenes: Concha Fernández Pol

© de la edición: Fundación Joaquín Díaz

Diseño y maquetación: Luis Vincent



Fundación Joaquín Díaz • 2026

*Publicaciones Digitales*

**funjdiaz.net**

# ÍNDICE

|                                                  |    |
|--------------------------------------------------|----|
| ALGUNAS ACLARACIONES.....                        | 4  |
| A PROPÓSITO DE UNA DEUDA .....                   | 4  |
| UN POCO DE HISTORIA .....                        | 5  |
| UN CAMINO SINGULAR .....                         | 7  |
| UN GRUPO DE MONTAÑA.....                         | 9  |
| BELÉN DE CUMBRES.....                            | 11 |
| AGENTES COMUNITARIOS.....                        | 14 |
| DÍAS DE VACACIONES .....                         | 22 |
| UNA PREGUNTA PARA PENSAR.....                    | 27 |
| PREPARANDO UN NUEVO RETO .....                   | 30 |
| PEREGRINOS .....                                 | 33 |
| 1ª Etapa: Oviedo-Grado .....                     | 33 |
| 2ª Segunda Etapa: Grado-Salas.....               | 37 |
| 3ª Etapa: Salas-Tineo .....                      | 39 |
| 4ª Etapa: Tineo-Pola de Allande .....            | 41 |
| 5ª Etapa: Pola de Allande-Berducedo .....        | 45 |
| 6ª Etapa: Berducedo-Grandas de Salime .....      | 48 |
| 7ª Etapa: Grandas de Salime-Paradanova .....     | 52 |
| 8ª Etapa: Paradanova-Paradavella .....           | 57 |
| 9ª Etapa: Paradavella-Castroverde .....          | 62 |
| 10ª Etapa: Castroverde-Lugo.....                 | 65 |
| 11ª Etapa: Lugo-Villamaior de Negral .....       | 68 |
| 12ª Etapa: Villamaior de Negral- Leboreiro ..... | 70 |
| 13ª Etapa: Leboreiro-Arzúa.....                  | 72 |
| 14ª Etapa: Arzúa-Rúa .....                       | 73 |
| 15ª Etapa: Rúa-Monte del Gozo .....              | 74 |
| 16ª Etapa: Monte del Gozo-Santiago .....         | 77 |
| DESPUÉS DEL CAMINO DE SANTIAGO.....              | 83 |
| FUENTES DOCUMENTALES.....                        | 85 |

# UNA VÍA EN LAS ESTRELLAS

## ALGUNAS ACLARACIONES

Estos escritos no pretenden ser una guía del peregrino, aunque su lectura puede resultar de interés para quienes se estén planteando realizar el Camino de Santiago, especialmente el Primitivo. Tampoco se atienen al clásico esquema de una publicación científico-técnica, pero considero que aportan información útil y elementos de reflexión acerca de las enfermedades mentales y del Camino de Santiago como proceso de rehabilitación de las personas aquejadas de un trastorno mental grave.

Al mismo tiempo, a medida que los iba construyendo tomé conciencia de que poseen cierto valor etnográfico en tanto reflejo sociológico de un tiempo que ya no existe. Un tiempo con unos usos y costumbres y una estructuración de las interacciones sociales muy diferentes de las actuales. Un tiempo en el que una larga caminata o un simple trayecto en autobús contenían todos los aditamentos de un viaje apasionante, de una aventura que te permitía acceder a otros mundos, conocer otras realidades. Sin embargo, aún sin negar los avances producidos en las últimas décadas, hay algo que ha experimentado pocas variaciones: el estigma hacia algunas dolencias de tipo mental continúa bastante vigente y los recursos destinados a la rehabilitación psicosocial de quienes las padecen, incluyendo la reinserción laboral, es manifiestamente mejorable.

## A PROPÓSITO DE UNA DEUDA

Este trabajo es el relato de una búsqueda, de varias, en realidad: la mía propia, germinada durante décadas, cuando el Camino de Santiago remitía fundamentalmente a resonancias medievales, y materializada en el otoño de 1999, y la de un grupo de personas aquejadas de una grave enfermedad mental a seguimiento en el Centro de Salud Mental de Otero (Oviedo) que, junto a la psicóloga clínica y a la Diplomada Universitaria en Enfermería (DUE) de dicho centro, una lluviosa y fría mañana de invierno del año 2001 emprendieron el Camino de Santiago desde la iglesia de San Lázaro del Camino de Oviedo, tras escuchar las atinadas y reconfortantes palabras de despedida de su párroco, don Celestino Castañón, quien con un libro en la mano y mirada preocupada nos vio partir desde la puerta del templo.

Han transcurrido 22 años desde el inicio de aquella segunda aventura. No fue una tarea fácil. Con la perspectiva que dan los años, y tal como nos decían los demás, yo también creo que mi compañera de trabajo y yo estábamos un poco «locas», pero ambas coincidimos en que ha sido la experiencia más satisfactoria de nuestra carrera profesional, la única que realmente mereció la pena. A lo largo de estos años, muchas personas me han insistido en la conveniencia de «escribir» sobre aquel proyecto, pero la vorágine de la actividad laboral lo imposibilitó. Consciente de la deuda contraída, me dispongo a saldarla, deseando que quienes se aventuren a leerla tengan un buen camino.

## UN POCO DE HISTORIA

**E**n los *Hechos de los Apóstoles* 12:1-2 se informa de la decapitación del Apóstol Santiago por orden de Herodes Agripa, allá por el año 44 de nuestra era. Posteriormente, según la leyenda, dos discípulos suyos llevaron su cuerpo en una barca de piedra hacia el lugar en el que el santo había llevado la fe cristiana. Arribaron a la costa gallega y, tras múltiples avatares, una reina de nombre Lupa les dio permiso para que pudieran enterrarlo en Iria Flavia. Este hecho cayó en el olvido hasta el 813, cuando un ermitaño llamado Pelayo vislumbró unas luces (campo de estrellas, *campus stellae*, Compostela) encima de la tumba y se lo comunicó al obispo Teodomiro, quien, dado que en aquel momento Galicia formaba parte del Reino de Asturias, se lo notificó al rey Alfonso II el Casto. Unos años más tarde, en el 834, este monarca salió de Oviedo en dirección a Compostela para venerar la tumba del Apóstol. La iglesia que mandó construir en el lugar en el que apareció el sepulcro dio origen a la actual catedral de Santiago de Compostela y el itinerario seguido para llegar hasta allí pasó a denominarse «Camino Primitivo».

La noticia del descubrimiento del sepulcro atrajo a peregrinos de otras tierras que entraban en España por Irún, continuaban su recorrido a lo largo de la costa cantábrica y en San Salvador de Oviedo aprovechaban para venerar las reliquias del Arca Santa y la imagen del Salvador. A principios del siglo x, a medida que

avanzaba la Reconquista<sup>1</sup> y que la corte fue trasladada a León, este Camino de Santiago o francés fue modificado y pasó a discurrir a través de Navarra, la Rioja, Burgos y León. Al considerarse más segura de transitar, esta nueva ruta, que utilizaba una antigua vía romana, empezó a relegar en cierto modo al Primitivo Camino, a pesar de afirmarse que «quien va a Santiago y no al Salvador, visita al criado y deja al Señor<sup>2</sup>». No obstante, en los siglos posteriores muchos peregrinos siguieron realizando el denominado Camino del Salvador y en León se desviaban de la ruta de los franceses para hacer parada en la catedral de Oviedo, continuando desde allí por

---

1 El término «Reconquista» es el período de la historia de la Península Ibérica comprendido aproximadamente entre la conquista omeya de Hispania en 711 y la caída del reino nazarí de Granada en 1492 ante los reinos cristianos en expansión. Algunos historiadores de la Edad Media consideran que este término nunca se utilizó durante ese período, sino que responde a una visión falsa y anacrónica de la historia (Magallón, 2019).

2 Los antecedentes más antiguos de esta sentencia se encuentran en el testimonio del peregrino italiano Bartolomé Fontana, que a su llegada a León, en agosto de 1539, refiere:

Qui mi disposi andar a visitar lo Santo Salvatore, perché so gliono dire li Peregrini, che chi va a s. Giacobbo, e non a s. Salvatore, uisita il seruo, e lascia il signore». *La Nouvelle Guide* impresa en París en 1583 también se hace eco del mismo estribillo: «Qui a esté a s. net Jacques / et n'esté visité a Sainet Salvateur / a visité le serviteur / et a laissé le seigneur.

(Asociación Astur-Leonesa de Amigos del Camino de Santiago, s.f.).

la Ruta Jacobea Primitiva o por el Camino de Santiago de la Costa.

Tras varios siglos de apogeo en los que el Camino de Santiago constituyó un elemento vertebrador de la sociedad occidental, hasta el punto de afirmarse que Europa se construyó en torno al mismo, la peregrinación a Compostela cayó un poco en el olvido. Sin embargo, en las últimas décadas ha renacido el interés por todo lo concerniente a esta vía milenaria, como lo evidencian las diversas novelas, guías, películas, documentales y series de televisión, habiéndose convertido en un destino turístico de moda.

Actualmente, casi 1.200 años después, numerosas personas de distintas partes del mundo siguen dirigiendo sus pasos hacia el mismo destino de aquel primer peregrino, por más que las motivaciones de unos y de otros, los de ayer y los de hoy, sean o puedan parecer bien distintos. En este sentido, parece que continúan siendo bastante pertinentes los textos reproducidos en la Credencial del Peregrino<sup>3</sup>, un poema del siglo XIII que asegura que «... la puerta se abre a todos, enfermos y sanos. No solo a católicos, sino a paganos, a judíos herejes, ociosos y vanos; y más brevemente, a buenos y a profanos», y un texto del Códice Calixtino<sup>4</sup>: «A este lugar vienen los pueblos bárbaros y los que habitan todos los climas del orbe...cumpliendo sus votos en acción de gracias para con el Señor y llevando el premio de las alabanzas». En todo caso, el Camino no suele defraudar y le da a cada uno aquello que busca, por más que

cuando lo inicie tal vez no sepa exactamente en qué consiste ni que lo encontrado al finalizarlo se corresponda con sus expectativas previas. En consecuencia, con independencia de lo creyente, agnóstico o ateo que se sea, opino que no se puede tildar de exagerado concluir, al modo de algunos romances tradicionales<sup>5</sup>, que «este es uno de los milagros que Santiago Apóstol hace».

3 La Credencial del Peregrino era el documento acreditativo que en la Edad Media se entregaba a los peregrinos como salvoconducto. Actualmente es el documento oficial que certifica su paso por las distintas poblaciones de cualquiera de las rutas jacobeanas. Consiste en un tríptico plegado en el que constan sus datos personales y las casillas en las que irán los sellos, así como información referente al Camino de Santiago.

4 El Códice Calixtino, *Codex Calixtinus*, es el nombre de un manuscrito del siglo XII que contiene el más antiguo manuscrito del *Liber Sancti Iacobi*. Consta de cinco libros y dos apéndices y está custodiado en la catedral de Santiago de Compostela.

5 El Romance de don Gaiferos (Prada. 2010), que relata la peregrinación de un anciano que consigue entrar en la catedral de Santiago y fallece postrado a los pies del Apóstol, dichoso de haber conseguido su objetivo, concluye así: «Iste é un dos moitos miragres que Santiago Apóstol fai» («Este es uno de los muchos milagros que Santiago Apóstol hace»); el Romance del Apóstol Santiago (Díaz, 2005) refiere otra intervención milagrosa del Apóstol para que obtuviese reparación y justicia una peregrina violada por un conde.

## UN CAMINO SINGULAR

**D**urante años, las únicas referencias concernientes al Camino de Santiago de las que dispuse se limitaron a poco más que al dictado del examen de Ingreso de Bachiller en el por aquel entonces (1966) denominado «Instituto de Enseñanza Media de Turón», en Mieres del Camino (Asturias), que empezaba con algo así como «En la Vía Láctea o Camino de Santiago ocurrieron unos hechos que...» o a la película *La Vía Láctea* (Buñuel, 1969), que once años más tarde, durante mi etapa universitaria, puede ver en un cine salmantino cuyo nombre no recuerdo, en la que dos peregrinos que hacían autostop en París eran recogidos en un lujoso coche que también se dirigía a Compostela, siendo expulsados del mismo a los pocos metros tras realizar un comentario inoportuno.

Pese a mi escasa información, o precisamente por ello, mi fascinación por el Camino de Santiago creo que empezó a producirse muy tempranamente, en parte por ese nombre alusivo a una vía de leche perfilada entre las estrellas que a lo largo de los siglos había guiado a los peregrinos que se dirigían a Compostela. Un itinerario, una búsqueda, con un halo de misterio que remitía al pasado. Sin embargo, a partir de un programa de TVE, *Vivir cada día* creo que se llamaba, emitido posiblemente a mediados de los años 80, mostrando la vida de los peregrinos, escasos por aquel entonces, y las principales localidades del Camino Francés en España, el espacio ocupado por lo imaginario empezó a dar cabida a lo «real» y paulatinamente empecé

a acariciar la idea de realizar la misma ruta que tantas personas habían llevado a cabo. A su vez, en la lectura del *Viaje a una provincia interior* del escritor Raúl Guerra Garrido (1990), que unos cinco años más tarde me regaló un amigo leonés, berciano de corazón como el autor de dicho libro, me impresionó la mención a dos ancianos peregrinos franceses que tuvieron que concluir el Camino en la Puerta del Perdón<sup>6</sup> de la iglesia de Santiago de Villafranca del Bierzo porque su estado físico no les permitía llegar a Compostela.

Progresivamente, empecé a realizar una búsqueda intensa de literatura relativa al Camino de Santiago, no muy abundante por aquel entonces, y mentalmente me fui preparando para emprenderlo. Mi intención inicial era partir de Roncesvalles, mas los problemas surgidos en una rodilla como consecuencia de una sobrecarga me llevaron a cambiar de idea, «resignándome» a que el punto de partida fuese Oviedo, ciudad en la que resido y en donde se había originado el Camino. A fin de cuentas, pensé, los peregrinos medievales también lo iniciaban en su lugar de origen. Y en vez de realizarlo de un tirón, hube de conformarme con efectuarlo en etapas discontinuas durante los puentes y fines de semana, lo que mis piernas aguantasen.

---

<sup>6</sup> La Puerta del Perdón es la puerta lateral de este templo del S.XII al que, según la tradición, el Papa concedió el privilegio de otorgar el Jubileo a los peregrinos que por motivos de salud no pudiesen llegar a Compostela (Retuerta, s.f.). Del mismo modo que la Puerta Sacra de la catedral de Santiago, solo se abre cada Año Santo Jacobeo, es decir, cuando la festividad del Apóstol coincide con domingo.

Siempre había tenido el propósito de realizarlo en solitario, pero el único peregrino al que conocí circunstancialmente, me lo desaconsejó (me habló de la violación sufrida meses atrás por una peregrina solitaria cerca de Santo Domingo de la Calzada). Por aquel entonces eran relativamente pocas las personas que realizaban el Camino de Santiago Primitivo y ninguna de las que conocía y con quienes tenía relación de amistad mostraba interés en acompañarme debido a las connotaciones religiosas que por su cuenta le añadían. Así y todo, al final del verano de 1999 decidí que no podía ni quería esperar más, que había llegado el momento de ponerme en camino, sola o acompañada. En el último momento y contra todo pronóstico, Charli, un compañero del grupo de montaña con quien existía buena sintonía afectiva, pero con el que no se me había pasado por la cabeza emprender dicha empresa, dijo que me acompañaría.

Doy por sentado lo irrealizable que nuestro viaje debió de parecerles a quienes nos conocían. Si ya de antemano mi proyecto les resultaba descabellado –o, cuanto menos, pintoresco–, cuánto más el tándem formado por dos personas con tan escaso sentido de la orientación como nosotros dos. Ya estaba decidido. Nada nos disuadió. El plan era el siguiente: al concluir la primera etapa, regresaríamos a casa en transporte público y en la etapa siguiente lo reanudaríamos en el punto en el que lo hubiéramos concluido la vez anterior; cuando la distancia con respecto a nuestro domicilio fuese más larga y no resultase operativo regresar en el día, pernoctaríamos en los albergues o alojamientos que encontrásemos a mano. Nos pondríamos en ruta a primera hora de la tarde del viernes y caminaríamos todo el sábado y parte del domingo, día en el que retornaríamos a casa al finalizar la etapa. Antes de partir hicimos un pacto que en todo momento respetamos: yo caminaría a mi ritmo, mucho más rápido que el suyo, y lo esperaría en todas las bifurcaciones del camino; a su vez, en el momento en que el estado de mis rodillas me impidiera continuar la marcha, él aceptaría acortar las etapas o hacer un parón los fines de semana.

Fue así cómo una soleada mañana de aquel sábado del 18 de septiembre salimos de la catedral de Oviedo en dirección a Santiago, sin más documentación que la escueta pero valiosísima guía para el peregrino de tapas amarillas editada por la Asociación Astur Leonesa de Amigos del Camino de Santiago (Galán González, 1996). Al cabo de dos meses y medio (un lunes, 5 de diciembre) llegamos a Compostela y entramos por la Puerta Santa de la catedral, esa que solo se abre cuando es Año Santo Jacobeo. Diez días más tarde, el Grupo de Montaña del Centro de Salud Mental (CSM) de Otero inició la andadura que dos años después acabaría llevándome nuevamente a Compostela.

Para saber cómo se gestó este otro Camino, y habida cuenta de la relación existente con el anterior, me valdré de las anotaciones efectuadas al final de cada etapa en aquel otoño de 1999; para la información relativa al realizado en 2001, además de mis propias anotaciones, registradas en esta ocasión con menos regularidad, y de los correos electrónicos enviados a algunas amistades que mostraban interés por saber cómo iban transcurriendo las etapas, también tendré en cuenta lo relatado por los pacientes.

## UN GRUPO DE MONTAÑA

«**E**stá mal, echa de menos la montaña. Estoy por llevarlo un día de monte». Este era el comentario que durante un año, de forma recurrente, me estuvo haciendo Marisa Noriega, la enfermera del CSM, cada vez que me hablaba de un paciente diagnosticado de una esquizofrenia paranoide que había sido un gran montañero y ascendido a las cumbres más elevadas de Asturias, pero que desde que la enfermedad mental había irrumpido en su vida –varios años atrás–, prácticamente solo salía de casa para ir a las consultas en el CSM y para ser hospitalizado, cuando experimentaba un agravamiento, en la Unidad de Psiquiatría del Hospital Universitario Central de Asturias (HUCA). Como aficionadas que éramos a la montaña y el lugar central que esta ocupaba en nuestras vidas, nos hacíamos cargo de lo que eso implicaba para él. Yo no habría tenido ningún inconveniente en acompañarlos, pero aparte de que dicho paciente no estaba a seguimiento psicoterapéutico conmigo y de que la única información sobre su caso me la había proporcionado ella en aquellos momentos de charla informal, era consciente de lo complicado que podía resultar una actividad de ese tipo y de los riesgos asociados a posibles deslizamientos de contexto. A fin de cuentas, habría sido muy poco «ortodoxo» –y no sé si muy terapéutico– que dos trabajadoras del CSM hiciesen una ruta de montaña fuera de su horario laboral con un paciente de edad similar a la suya. El tiempo transcurría. Periódicamente, mi compañera seguía diciéndome lo mismo, pero no acababa de decidirse a llevarlo a cabo,

y yo continuaba escuchándola empáticamente sin añadir ningún comentario hasta que en otra ocasión en la que volvió a repetírmelo, cuando me encontraba a punto de concluir mi primer Camino de Santiago, le pregunté:

— *¿Me lleváis con vosotros?*

— *¡Ay, sí! ¡Claro! —exclamó entusiasmada.*

— *Puede que haya otros pacientes a los que les venga bien salir de monte. Podemos hacer un grupo de montaña —dije mientras mi imaginación se echaba a volar.*

Echar la imaginación a volar. Cuántas cosas se pueden conseguir cuando la imaginación se echa a volar y al mismo tiempo se la sujeta (como el hilo de una cometa, para que no se vaya a la estratosfera) y se mantienen los pies bien aferrados al suelo, sin perder el camino que paso a paso se construye y que nos aproxima a la meta que se quiere alcanzar.

En la reunión de equipo del día siguiente expusimos nuestra iniciativa: formar un grupo de montaña con pacientes del CSM diagnosticados de un trastorno mental grave con el objetivo de romper su aislamiento social y de incidir positivamente en su estilo y calidad de vida y en su salud mental. La actividad propuesta combinaría la parte deportiva con la cultural, por lo que visitaríamos alguno de los lugares de interés de las zonas en las que realizaríamos la ruta. La mayoría de nuestros compañeros y compañeras debieron de pensar que nuestras expec-

tativas eran excesivamente ambiciosas, poco realistas, pero nadie intentó echarla por tierra con comentarios agoreros y, aunque posiblemente se daban por contentos con conseguir que «sacásemos de excursión» a algunos de aquellos pacientes que estaban a seguimiento ambulatorio en nuestro centro, considero que acabaron contagiándose un poco de nuestro entusiasmo.

La cosa no se hizo esperar. Cada uno de los clínicos (tres psiquiatras y una psicóloga clínica) propusimos a los que en nuestra opinión serían susceptibles de beneficiarse de la actividad y en el intervalo de unos días dispusimos de la lista de los 15 que nos acompañarían. Mi compañera, que tenía un trato bastante estrecho con la mayoría de ellos y que conocía detalladamente sus circunstancias personales y familiares, tuvo un papel fundamental en su elaboración (en la mayoría de los casos fue ella quien les sugirió a los psiquiatras cuáles le parecían más idóneos, en función de la edad, estado físico y mental, etc.), así como en las entrevistas informativas previas realizadas con ellos y con las familias y en las gestiones con el Servicio de Salud del Principado de Asturias (SESPA) para conseguir que nos pusieran un autocar, pues tanto ella como Alejandro, el auxiliar administrativo que nos acompañó en nuestra primera salida a la montaña, conocían muy bien el funcionamiento de la «Administración» y qué resortes había que tocar.

Por mi parte, me centré en preparar la dinámica de la actividad, connotada en todo momento como una ruta a la montaña en la que (como suelen hacer todos los grupos de montañismo de Asturias en el mes de diciembre) se pondría un belén de cumbres y se cantarían villancicos, después de la caminata iríamos a comer a algún restaurante de la zona y por la tarde visitaríamos un museo. Para su preparación me fue de mucha utilidad mi experiencia como responsable de actividades, allá por mis años mozos, en los campamentos del Movimiento Junior en Sena de Luna, en León, y haber formado parte del grupo de estudiantes que en

los veranos de 1976 y 1977 participamos en el proyecto de Extensión Universitaria organizado por el Vicerrectorado de la Universidad de Salamanca: tres semanas de convivencia en Riomalo de Arriba, uno de los pueblos más remotos de Las Hurdes (Cáceres) y una «Semana Cultural en la Sierra de Francia», en la provincia de Salamanca, concretamente en San Esteban de la Sierra<sup>7</sup>.

Se eligió la zona de Santo Adriano, Proaza y Teverga, de fácil acceso, no muy distante de Oviedo, de gran valor paisajístico y con posibilidades de realizar una sencilla ruta de senderismo y alguna visita cultural. Para la comida, hice reserva telefónica en un restaurante de Teverga. Me presenté como integrante de un grupo de un Centro de Salud cuya economía era modesta, consiguiendo apalabrar a un precio mucho más bajo del habitual un excelente menú en el que el plato principal era la caza, que la mayoría de los pacientes nunca habían probado. Para el viaje en el autocar seleccioné varias canciones y villancicos transcritos al ordenador por Belén, una auxiliar administrativa que trabajó en el CSM de manera eventual y que de forma muy animosa contribuyó a hacer de aquella jornada un día «especial». Se trataba de canciones de excursión, de esas que se cantaban cuando la gente tenía afán de comunicarse, antes de que las nuevas tecnologías nos vendieran la ilusión de la comunicación virtual (más bien diría del ruido virtual) e interpusieran un muro sin ladrillos con el compañero de asiento.

7 La impulsora de este proyecto fue la vicerrectora M<sup>a</sup> Dolores Gómez Molleda, catedrática de Historia Contemporánea de dicha Universidad, con el objetivo de retomar la tarea emprendida décadas antes por el rector Unamuno.

## BELÉN DE CUMBRES

**E**l día señalado para nuestra primera salida amaneció frío y lluvioso. Como si la climatología quisiera ponernos a prueba, la noche previa había nevado, lo cual dificultaba la marcha, pero ni los pacientes ni sus familias se amilanaron. Se había indicado las 9 de la mañana como hora de salida. A las 8 y media, la sala de espera del CSM, llena de montañeros de nuevo cuño, algunos de ellos acompañados por familiares –principalmente madres o hermanas– presentaba un aspecto muy diferente del habitual, con un rebullir de anoraks, gorros de lana y botas de monte que compartían espacio con otros usuarios citados para las consultas habituales, quienes, supongo que un tanto sorprendidos por el trasiego que nos traíamos, permanecían sentados silenciosamente a la espera de ser atendidos.

A pesar de que nuestro destino se encontraba a poco más de media hora de distancia y de que no íbamos a coronar ningún ocho mil, estábamos tan alborozados como cuando en nuestra niñez y adolescencia los vecinos del pueblo se ponían de acuerdo para ir de merienda o en la escuela o en la parroquia se programaba la excursión anual. Al mismo tiempo –y aunque visto desde afuera pueda resultar exagerado o incluso risible lo que voy a decir–, creo que todos teníamos la impresión de que íbamos a emprender una gran aventura, pues la mayoría de quienes integraban aquel grupo eran personas con dificultades de comunicación que llevaban años confinados mentalmente entre los barrotes de su dolencia y cuya vida social,

académica, laboral, sentimental e incluso familiar se había resentido significativamente desde que aquella había llamado a su puerta. Entre los integrantes no había ninguna mujer, no porque las hubiésemos excluido o porque no se les hubiese propuesto participar. Si bien en aquel momento el número de varones aquejados de un trastorno mental grave a seguimiento en nuestro CSM era superior al de las mujeres, la falta de representación femenina en esta actividad y en las que posteriormente fuimos realizando considero que no puede explicarse exclusivamente en base a factores de tipo numérico, sino también a los asociados a los roles de género: a las mujeres, al estar más ocupadas en tareas tradicionalmente asignadas al sexo femenino, como el cuidado de la casa, hijos y personas mayores, no se les permitía o no disponían de tiempo libre para este tipo de actividades.

En alguna ocasión afirmé que la felicidad consiste en que cuando se va de viaje, alguien te vaya a despedir y que al regreso, alguien te vaya a recibir. Pues bien, aquella mañana tuvimos una agradable despedida, tanto por parte de las personas del equipo que no nos acompañaron, pero que nos desearon suerte, como de los familiares de algunos pacientes que nos dijeron adiós al pie del autocar. Éramos conscientes del riesgo que asumíamos, pero no estábamos dispuestas a que ningún obstáculo se interpusiera.

Ya dentro del autocar, tras informar sobre el plan previsto para el día y, puesto que la mayoría de ellos no se conocían entre sí, hacer las presentaciones personales mediante una can-



Senda del Oso

ción de alegre melodía y acompañamiento de palmas, pasamos a ensayar los villancicos que entonaríamos ante el belén de cumbres<sup>8</sup>. Afortunadamente, el grupo se mostró muy cantarín y eso facilitó una buena interacción entre todos.

La marcha, iniciada en Santo Adriano, no estuvo exenta de complicaciones. El suelo estaba muy resbaladizo por la nieve a medio derretir y la mayoría llevaba una vida muy sedentaria y nunca había realizado una ruta de senderismo. Si a eso añadimos otros factores asociados a su estado psíquico y a los efectos secundarios del tratamiento psicofarmacológico –todos o casi todos con neurolépticos<sup>9</sup>–, se comprenderá el nivel de dificultad que entrañaba. Uno de ellos,

8 El belén de cumbres es una tradición montañera que en Asturias se remonta a 1963, año en el que la Federación de Montañismo de Asturias organizó, por iniciativa de José Manuel Suárez, del Grupo Montañero de San Claudio, la subida de un nacimiento a la cumbre de Peña Ubiña, situada a 2.200 metros de altitud (Fernández, s.f.).

9 Los neurolépticos (del griego *neuro*, «nervio», y *lepto*, «atar», es decir, «contener el sistema nervioso») son un tipo de fármacos usados en el tratamiento de las psicosis; en ocasiones también están indicados en el tratamiento de algunos tipos de depresión, episodios maníacos en trastornos bipolares, etc.

aquejado de un grave trastorno de la personalidad, realizó los primeros cientos de metros en sentido inverso al de la marcha, agarrado del brazo de Alejandro, el auxiliar administrativo del CSM que en aquella ocasión nos acompañó, y de una de nosotras, y solo la paciencia y las palabras tranquilizadoras consiguieron que paulatinamente lo modificase y aceptase caminar de la manera habitual. Después de llanear durante un rato, hicimos un pequeño ascenso y depositamos nuestro belén no en una cumbre, sino en el recodo de un sendero que atravesaba el bosque. Allí entonamos villancicos y comimos turrón. El descenso, lento por el riesgo de sufrir una caída, reveló el carácter protector de alguno, preocupado porque nosotras pudiésemos caernos al riachuelo que corría a nuestra izquierda. Ni que decir tiene lo satisfechos que estábamos cuando retornamos a nuestro punto de partida. Lo que para cualquier grupo de montaña habría sido un pequeño paseo de unos 6 kilómetros, para nosotros constituía un hito.

Posteriormente, visitamos la «Casa del Oso», el centro museístico sede de la Fundación Oso de Asturias (FOA), en Proaza. Unos días antes, mi compañera había hablado con el

alcalde para concertar una visita guiada en la que nos informaron sobre cuestiones relativas a la conservación del oso pardo cantábrico y de su hábitat. De este modo nos resarcimos en parte de la frustración de no haber avistado a Paca y Tola, cuya madre había sido víctima de la caza furtiva y que, como fue imposible reintegrarlas a la naturaleza, habían sido trasladadas a un cercado ubicado en este concejo. Concluida la visita, algunos aprovecharon para comprar un pequeño recuerdo en la tienda de este centro.

La comida en «Casa Laureano», en Teverga, superó nuestras perspectivas más halagüeñas, tanto en cantidad como en calidad. El trato recibido fue muy cordial, los dueños del restaurante, muy generosos (la calidad del menú superaba la del precio tan económico acordado días antes) y el buen yantar propició una distendida sobremesa tras la cual nos dirigimos a la Colegiata de San Pedro, situada en La Plaza, capital de este concejo.

Respecto a la visita a este templo románico del siglo *xi* considerado el más antiguo de Asturias, lo que más atrajo el interés de nuestros montañeros fueron las momias allí expuestas, pertenecientes al II Marqués de Valdecarzana y

a un hijo suyo que fue inquisidor de Santiago de Compostela y abad de esta Colegiata<sup>10</sup>.

El regreso a Oviedo, ya al anochecer, fue muy animado. Habíamos conseguido que fuera un día especial, tanto para ellos, que por primera vez en mucho tiempo habían hecho algo que se salía de lo habitual y lo habían pasado bien, como quizá para sus familias, que por unas horas habían tenido un pequeño respiro y la satisfacción de que sus seres queridos realizaran una actividad gratificante. Asimismo, también lo fue para nosotras, que pudimos constatar que era posible hacer actividades de significativo valor terapéutico que complementaba el del CSM, pero sin las limitaciones inherentes a esa marca de contexto. Ahora tocaba planificar el calendario del año siguiente.

10 Se desconoce el motivo por el que estos dos miembros de la Casa de los Miranda, conocida como los *señores de horca y cuchillo*, no han sido enterrados, pero algunas teorías apuntan a una supuesta maldición sobre sus cuerpos por la crueldad que ejercieron sobre sus súbditos (guiadeasturias.com, s.f.).



Nuestro primer belén de cumbres

## AGENTES COMUNITARIOS

**D**urante el año 2000, el grupo de montaña se fue consolidando paulatinamente. Hubo incorporación de nuevos pacientes y abandono de otros y, progresivamente, fuimos haciendo caminatas más largas<sup>11</sup>. En Asturias, la Ruta del Alba, en el concejo de Sobrescobio; los Lagos de Covadonga–Pozo del Alemán, en el concejo de Cangas de Onís; el Bosque de Muniellos, en el concejo de Cangas del Narcea; el tramo del Camino Primitivo de Santiago comprendido entre Obona–Borres, en el concejo de Tineo; y en el concejo de Teverga, una ruta por el Puerto de San Lorenzo–La Cadriecha, a través de la antigua calzada romana que comunicaba Asturias con León. También realizamos senderismo por varios lugares de la provincia de León, como un pequeño tramo del Camino de Santiago Francés a su paso por el Bierzo; Soto de Sajambre–Majadas de Vegabañón, en el entorno del macizo occidental de los Picos de Europa; una parte de la Senda del Arcediano, antigua calzada romana y ruta de comunicación durante siglos entre la Meseta y el oriente de Asturias; y el tramo de la Ruta del Cares comprendido entre Posada de Valdeón, Caín y los dos primeros kilómetros de «la garganta divina», la que tiene las vistas más espectaculares.

En estas rutas, efectuadas durante los meses de febrero, abril, junio, julio, septiembre, octubre, noviembre y diciembre, dispusimos de un autocar contratado por el SESPA y continuamos combinando la parte deportiva con la cultural.

Así, por ejemplo, el día que hicimos la Ruta del Alba, por la tarde entramos en el Museo de la Minería, en El Entrego. De esa visita ha quedado guardada en mi retina lo que disfrutó el más joven del grupo, de unos 18 años, examinando una locomotora de HUNOSA (Hulleras del Norte del Norte S.A.) expuesta a la entrada del museo.

El día que realizamos un recorrido por el entorno de los Lagos de Ercina y Enol, a la ida paramos en Arriondas para tomar un café con el Dr. Prada, psiquiatra recientemente trasladado a dicha área sanitaria que había sido el terapeuta de referencia de varios pacientes de nuestro grupo y uno de los compañeros que de forma incondicional había apoyado nuestra iniciativa. Como hacía muy mal tiempo, predominó el aspecto cultural y nos conformamos con hacer una pequeña caminata. A continuación visitamos la Cueva y la Basílica de Covadonga, paseamos por el puente romano de Cangas de Onís y nos acercamos hasta el lugar en el que recibió sepultura el rey Favila, la capilla de la Santa Cruz, así denominada por haber alberga-

<sup>11</sup> En este programa, cuya duración fue de 3 años, participaron un total de 26 pacientes, 10 de forma continuada, 9 en varias ocasiones y 7 en una ocasión. En cuanto a la adherencia al programa, el número de participantes osciló entre 16 (ruta en la que participaron mayor número de pacientes) y 10 (actividad en la que hubo menor asistencia).



El Lago Enol

do la cruz de roble portada por su padre, don Pelayo, en la Batalla de Covadonga<sup>12</sup>.

Para conseguir una visita guiada de los monumentos histórico-artísticos, como iglesias o monasterios no abiertos al público y otros lugares de interés etnográfico o educativo próximos a las rutas programadas, yo solía contactar previamente con las «fuerzas vivas» de la comunidad. En otras ocasiones echábamos mano de personas de nuestro entorno personal, como Joseph, el ingeniero checo amigo de mi compañera, que nos ayudó a gestionar los permisos necesarios para la entrada a la Reserva Natural Integral de Muniellos (considerado como el mayor robledal de España y uno de los mejores conservados de Europa) y nos acompañó duran-

te aquella jornada; o el alcalde de Santo Adriano de Tuñón, también conocido suyo, que en la parada previa a la caminata por el Alto de San Lorenzo nos facilitó el acceso a la Escuela-Taller donde se construyen gaitas y trajes regionales; o mi primo Gilberto, director del I.E. S. (Instituto de Enseñanza Secundaria) de Tineo, que en la ruta realizada por el entorno de Obona nos encargó la comida en el comedor de dicho centro educativo (un riquísimo menú casero al módico precio de 425 pesetas del que recuerdo un primer plato de lentejas que nos «entonó» el estómago y sacó del cuerpo el frío que se nos había metido dentro durante la caminata de aquella mañana invernal) y después de que compartiésemos mesa y mantel con los profesores y alumnos de la Escuela de Selvicultura, se «empeñó» en mostrarnos las instalaciones del instituto y en explicarnos los cambios introducidos en la «nueva» Ley de Educación vigente en aquel momento. Nos llamó la atención el contraste entre las aulas en las que se impartían las asignaturas teóricas convencionales a los alumnos de Diversificación, con huellas de vandalismo en paredes, pupitres, mesas y taquillas, con el aspecto impecable del aula que reproducía

<sup>12</sup> No existe acuerdo sobre la fecha de esta batalla entre las tropas omeyas y las tropas astures comandadas por don Pelayo, pero la que más parece ajustarse a los hechos es el año 722; tampoco lo hay en cuanto a la magnitud de este enfrentamiento que las crónicas musulmanas califican de simple escaramuza, pero que fue el germen del reino de Asturias y que tradicionalmente ha pasado a la historia de España como la primera batalla de la Reconquista (Editorial Grudemi, 2021).

un supermercado, que esos mismos alumnos sí respetaban, posiblemente porque les aportaba formación útil para su incorporación a la vida laboral. A pesar de que yo había sido reacia a esta visita guiada por considerar que iba a resultar aburrida, permitió conocer de forma amena los cambios introducidos con respecto a los respectivos planes educativos que a cada uno le había tocado en suerte, desde el más joven al de más edad, y fue una de las actividades que más les gustó y en la que mayor participación hubo, realizando preguntas muy atinadas y mostrándose muy interesados en conocer la política educativa. Posteriormente, Aquilino, el profesor de Historia del I.E.S., nos hizo una visita guiada por la villa de Tineo. A su vez, Cándido, el profesor de Religión y director del Museo de Arte Sacro, lo abrió expresamente para nosotros y nos mostró gratuitamente las tallas románicas y góticas que allí se encuentran.

Además de las personas que acabo de mencionar, otras hicieron posible estas actividades culturales complementarias a las rutas de montaña, nos regalaron desinteresadamente su tiempo y su saber y nos trataron de forma respetuosa y cordial («como a personas normales», que diría alguno de los pacientes), sin caer en el paternalismo ni en actitudes falsamente compasivas del tipo «¡pobres!», contribuyendo así a incrementar la autoestima individual y grupal. Entre ellas se encuentran los curas de Teverga, Bárcena de Monasterio y Cornellana.

Unos días antes de realizar una ruta por el Puerto de San Lorenzo-La Cadriecha (anticipo que esta vez nuestro segundo belén sí fue depositado en una cumbre, modesta, eso sí, pero cumbre, a fin de cuentas) contacté telefónicamente con el párroco de Teverga –Germán, creo recordar que se llamaba–, para preguntarle si podríamos visitar la iglesia de la Virgen del Cébrano, cuyo presbiterio data de los siglos ix y x y que acoge una imagen gótica encajada en un retablo barroco. Puesto que mostró interés en adaptar la información que nos daría al nivel mental de nuestros pacientes, tuve que aclararle que no padecían ningún tipo de retraso

intelectual y que comprenderían la información que proporcionase (varios habían concluido el bachillerato y alguno hasta había iniciado estudios universitarios). Pues bien, aquella tarde, él se tomó la molestia de subir hasta la aldea de Carrea, en la falda de Peña Sobia, para abrirnos el templo. Supimos que una de las etimologías más aceptadas de la palabra «cébrano» es «cerebro» y que la Virgen de este santuario se denominaba así porque cuando la hallaron (de eso hace ya varios siglos, después de la Batalla de Guadalete, según la leyenda), llevaba la cabeza protegida por una especie de caldero de cobre, de ahí que sea considerada la patrona del «equilibrio mental». Por ese motivo, el 15 de agosto, día de su festividad, acuden allí los romeros que sufren dolores de cabeza o problemas de tipo mental y se colocan el cuenco en la cabeza con la esperanza de que se produzca una curación milagrosa. En aquel momento, el nivel de atención del grupo era total y, como se dice coloquialmente, no se escuchaba ni el ruido de una mosca. Por un instante, imaginé la oportunidad que tenía la Virgen de interceder para obrar un milagro colectivo, pero me reservé ese pensamiento, descabellado para alguien no creyente. Para mi asombro, en ese mismo instante, mi compañera, sentada a mi lado y que nunca había dado muestras de fervor religioso, me susurró: «Estoy por ponerles el caldero en la cabeza». Seguidamente, varios manifestaron deseos de hacer lo mismo que a nosotras, movidas sin duda por el afecto que nos unía a ellos, se nos había pasado por la cabeza. Así que, obviando lo que pensarían nuestros colegas cuando llegasen a saberlo, ejercí de portavoz del deseo grupal y pregunté si sería posible que quienes quisieran se colocasen el caldero. Amablemente, nuestro informante nos respondió algo así como que no debería hacerse de ese modo, sino en el contexto de una celebración religiosa. La decepción grupal se neutralizó parcialmente al señalar que quien lo deseara podría llevarlo a cabo cualquier 15 de agosto. Ignoro si alguno probó suerte, pero lo cierto es que nunca más volvió a hablarse de ello.



Claustro del Monasterio de Cornellana

Conocimos a José Álvarez Lobo, natural de Infistiella (Nembra, Aller) y párroco de Bárcena de Monasterio, una fría mañana de noviembre que la aguanieve nos obligó a concluir en Borres la ruta iniciada en Obona. Al llegar a Bárcena, a eso de media mañana, nos encontramos con la desagradable sorpresa de que el monasterio, cuya fundación se remonta al siglo x, si bien la mayor parte de su actual construcción data del siglo xiii, no estaba abierto al público. Preguntamos por la casa del cura al único vecino que encontramos por la calle y, ni cortas ni perezosas, llamamos a su puerta. Salió a abrirnos en zapatillas, las clásicas de fieltro en tonos granates y marrones, un hombre de unos 60 años de aspecto sencillo y expresión cansada. Del interior de la casa salía el calor agradable de la cocina de carbón y el aroma de la comida de puchero que, por lo que supimos después, él mismo se estaba preparando. Nos rogó que esperásemos un momento y al poco rato nos franqueó la puerta del monasterio, situado a unos metros de su domicilio. Durante el tiempo que duró la visita, basándome en su aspecto un tan-

to «apagado», imaginé su situación de soledad, los ideales que lo habrían conducido al sacerdocio y si no experimentaría cierto sentimiento de fracaso al ejercer su ministerio en una parroquia de tan reducida feligresía y tal vez escasas posibilidades de realizar aquello que en su juventud habría anhelado. Después de mis cábalas mentales y de los juicios de valor interiores que sin ninguna base yo me había permitido el lujo de realizar, me quedé de piedra cuando al concluir la visita me habló de pasada de su estancia como misionero dominico en Nicaragua y me entregó dos libros en lengua asturiana, uno de su autoría sobre la celebración de la Palabra (*Nel suilu a como nel ciilu*) y el otro, una traducción suya de *Los piros: leyendas, mitos, cuentos*, escrito por su hermano Ricardo, doctor en Antropología, misionero en la selva peruana y dominico como él. Mi sorpresa fue aún mayor al llegar a casa y comprobar que el libro escrito por el sacerdote rural cuyo estilo de vida yo había equiparado apriorísticamente al de *Un cura de aldea*, la canción en asturiano de Víc-

tor Manuel (San José, 1969)<sup>13</sup> entroncaba con los postulados de la teología de la liberación. Posteriormente me enteré de que también era el principal biógrafo del obispo Valdivieso (un contemporáneo de Bartolomé de las Casas que había defendido los derechos de los indígenas), y que había retornado a España por motivos de salud tras pasar más de dos décadas de misionero en Centroamérica, en donde había coincidido con Gaspar García Laviana, el mítico cura guerrillero nacido en Asturias, en la Huería de Carrocera, y uno de los líderes de la revolución sandinista, caído en combate el 11 de diciembre de 1978<sup>14</sup>.

En este recorrido cultural paralelo a nuestras salidas a la montaña también se implicó de manera especial Ceferino, el párroco de Cornellana. Le había conocido un año antes, cuando hice el Camino de Santiago por primera vez. En aquella soleada tarde de otoño, mi compañero y yo habíamos hecho entre semana el tramo comprendido entre Grado y Cornellana, pero no habíamos podido sellar la credencial porque el monasterio, de factura y enclave muy bellos, pero aspecto deteriorado, estaba cerrado. Nos

lo tomamos con filosofía y, puesto que Charli se había negado en redondo a que nos la sellasen en una confitería que estaba abierta, nos sentamos en un banco situado delante del edificio, haciendo tiempo (casi una hora) hasta la llegada del autobús que nos devolvería a Oviedo. A los pocos minutos se apeó de un «utilitario» un hombre de unos 40 años y aspecto dinámico que portaba en sus manos dos bolsas de pienso. Vino directamente hacia nosotros, preguntándonos en tono muy cordial:

— *¿Son ustedes peregrinos? ¿Están esperando a que les sellen la credencial?*

Nos dijo que la misa se había celebrado una hora antes y que había regresado para dar de comer a las «niñas» (los perros). Nos condujo hacia el interior de la iglesia (románico reformado en la segunda mitad del siglo XVII) y, para que pudiéramos apreciar su buena acústica, cantó con voz armónica la «Salve Regina». Después de contarnos la historia del monacato, entramos en la sacristía, donde estampó nuestro segundo sello, uno con el escudo del monasterio que ocupa cuatro casillas de la credencial, y le regaló a mi compañero una colección de postales y un folleto con la historia del conjunto arquitectónico. Cuando le pregunté si podría darme otro a mí, se excusó:

— *Pensé que eran pareja.*

Seguidamente visitamos el albergue de peregrinos, unas dependencias situadas en el lateral derecho, y mantuvimos con él una amena conversación. Se le veía un apasionado del Camino de Santiago. Criticó el escaso presupuesto que en aquella zona se estaba destinando a su conservación, «porque no da dinero». Estaba esperanzado con el futuro albergue, anticipando irónicamente el contraste y la escasa compatibilidad (distintos intereses y tipo de clientela) entre «el tendal de los peregrinos y el lujo, al lado, de un hotel de cinco estrellas» como el que, al parecer, se proyectaba hacer en el monasterio. Ironizó sobre la masificación de visitantes que aquel año, 1999, había en San-

13 Estas son sus primeras estrofas:

*Tien una vieya sotana/y un bonete muy gastau/tien un rosariu con cuentes/de madera y un breviariu/que lu reza tos los díes/cuando el sol ya ta baxando/en atapecer de oru/o en atapecer de orbayu. /Per l' alborá diz la misa/ cuando atapez el rosariu/per la nochi xuega al tute/y en la cama reza al santu/y asomau al correor/ponse el probe atristayau/ cavila si el so vivir/non tará ya fracasau.*

Su traducción al castellano es: «Tiene una vieja sotana/y un bonete muy gastado/tiene un rosario con cuentas/de madera y un breviario/que lo reza todos los días/cuando el sol ya está bajando/en atardecer de oro/o en atardecer de orbayo. /Por la alborada, dice la misa/ cuando atardece, el rosario/por la noche juega al tute/y en la cama reza al santo/y asomado al corredor/ se pone el pobre triste/ cavila si su vivir/no estará ya fracasado».

14 En unas declaraciones al diario *La Nueva España* con fecha 26-01-2016, José Álvarez Lobo reveló que el 4 de diciembre de 1978, festividad de Santa Bárbara, se había reunido con García Laviana «... para hablar de cómo organizar el trabajo de los misioneros y compartir los recuerdos de Asturias».

tiago de Compostela, relatándonos con gracia las dificultades que él mismo había afrontado aquel verano, cuando acudió allí con un grupo de feligreses:

*Estaba la Hermandad de Marisqueiros, y eso que está prohibido mariscar, y la no sé qué más... Total, que varias horas en la cola y, con el chaparrón que cayó, tuve que meter el dinero entre el pantalón y el calzoncillo para que no se mojase y hubo que armarse de valor para esperar.*

En el mismo tono humorístico y coloquial, nos habló de los motivos por los que esperaba que la lluvia no estropease la fiesta de Santa Tecla, que el próximo sábado se celebraría en uno de los pueblos de su parroquia:

*— Siempre nos llueve, pero este año pintamos la iglesia y le hice chantaje a la santa: «¡Ni se te ocurra llover, acuérdate de que te pintamos la casa!» — dijo graciosamente al tiempo que con*

*una de sus manos simulaba su «amenaza» a la patrona del pueblo.*

Me he extendido en relatar el primer encuentro con este párroco para que se pueda comprender el enganche especial que los pacientes tuvieron con él cuando lo conocieron, en la parada que hicimos en Cornellana, cuando regresábamos de hacer senderismo por el bosque de Muniellos, en Cangas de Narcea. En esta ocasión llegamos a la salida de la misa. Me dirigí a él, que obviamente no debía de recordarme, le dije quiénes éramos y si sería posible visitar el monasterio (visita guiada, se sobreentiende). Nos respondió que no disponía de tiempo porque tenía que acudir a una reunión (creo recordar que en el instituto en el que impartía clases de Religión). Pese a ello, nos mostró la iglesia, con sesión de canto gregoriano incluido. Cuando acabó, como se le había hecho muy tarde, se introdujo precipitadamente en el coche y se fue de allí a gran velocidad. Ni que decir tiene lo mucho que los pacientes disfrutaron con aquella visita y lo sorprendidos que se quedaron al conocer a un cura «tan enrollado que no tenía



El Bosque de Muniellos

pinta de cura», con el que conectaron de una forma tan natural y que posteriormente recordarían más de una vez.

Finalmente, no puedo olvidarme de Federico, el único habitante de la pequeña aldea de la Llana Pomar, un conjunto arquitectónico de indudable valor etnográfico integrado por cuatro casas de corredor, panera y molino situado en Turón (Mieres). Nos habíamos desplazado hasta aquel valle minero en un autobús de la línea Fernández para realizar la Senda de los Caseríos y Brañas Turonesas. De aquel precioso día primaveral también destacaría el comentario realizado un poco antes, como pensando en voz alta, por uno de los pacientes más herméticos del grupo mientras comíamos el bocadillo en Vega Espines, disfrutando de la magnífica vista de la Cordillera Cantábrica, con sus cumbres nevadas, entre las que destacaba el Pico Torres:

— ¡Y pensar que hay quien dice que esto es feo!

Pero volviendo a Federico, lo había conocido la semana anterior, al efectuar esta ruta en compañía de unos amigos. En aquella ocasión, él había salido apresuradamente a nuestro encuentro:

— ¿Me ayudáis, eh? ¿Me ayudáis, eh?  
— repetía insistentemente mientras nos conducía hasta el prado en el que había una vaca y un ternero muy pequeño.

Nos costó trabajo comprender que lo que esperaba de nosotros era que sujetásemos el ternero para ponerle un arete de identificación en la oreja. Una de mis amigas se mostró muy dispuesta a ayudarlo, pero la otra y yo, poco proclives a recibir una patada de la vaca o del xatín<sup>15</sup>, que se escabullía una y otra vez del recinto destinado a tal fin, guardábamos una distancia prudencial apoyadas en los varales de la finca, incapaces de contener la risa que aquella situación nos provocaba, con nuestra volunta-

riosa amiga intentando infructuosamente agarrar al ternero, su marido preocupado porque a su mujer no le ocurriese un percance, pero renuente a acercarse demasiado a las reses y Federico, cada vez más desesperado porque su torpe ayudante no acertaba a seguir las instrucciones que le daba:

— Perdonáime, ¿eh? Perdonáime, pero ye que nun valís pa ná. Nun valís pa ná<sup>16</sup>— repetía enfadado una y otra vez.

Cuando ambos se dieron por vencidos, volvió a sentenciar:

— Ye que nun valís pan ná. Nun valís pa ná.

— El día que tenga que ir al hospital ya le diré yo si servimos o no para algo— le respondió muy molesta mi amiga, enfermera de profesión.

— ¿Qué sois? ¿Enfermeras? ¿Sois enfermeras? Nun me lo toméis a mal, pero ye que nun valís pa ná<sup>17</sup>.

Le prometí que al cabo de unos días regresaría acompañada por unos «chicarrones del Norte» que lo ayudarían, pero cuando volví con nuestros montañeros dispuestos a arrimar el hombro, el ternerín ya lucía su arete (nos dijo que había conseguido ponérsela el solo).

El turonés se mostró muy atento, guiándonos en el recorrido por las edificaciones de la pequeña aldea. Nos mostró por iniciativa propia el interior de alguna vivienda, incluido el espacioso y seco desván que aún parecía desprender el aroma de las manzanas que antaño habían reposado en su suelo de madera, permitiéndonos asomarnos al corredor de una de las casas desde el que la vista del otro lado del valle era aún más bella y respondiendo a

16 Perdonadme, ¿eh? Perdonadme, pero es que no valéis para nada. No valéis para nada.

17 ¿Qué sois? ¿Enfermeras? No me lo toméis a mal, pero es que no valéis para nada.

15 Diminutivo asturiano de «xatu», ternero.

las preguntas que le hicimos sobre los aperos de labranza y otras cuestiones concernientes al modo de vida rural. Además, nos ofreció chocolate y avellanas; a su vez, nosotros le proporcionamos crema protectora para el sol, pues su cara estaba muy enrojecida (dejó entrever que había padecido alguna dolencia en la piel).

Los pacientes se interesaron por el tipo de vida de este hombre sociable de 69 años, complexión menuda y barba y pelo canoso que para hablar por teléfono tenía que subirse al tejado, pues había muy poca cobertura. Estaba soltero y desde el fallecimiento de su madre, acaecido muchos años antes, vivía con la única compañía de sus dos afables perros. Como quiera que en aquel paraje de verde exuberante solo viera un pequeño riachuelo, le pregunté dónde estaba la fuente:

— *No se te escapa nada. Estás en todo, ¿eh, Concha?* — me respondió.

Al parecer, hacía años que se habían quedado sin agua potable. Según dijo, porque la habían desviado hacia el vecino pueblo del Colláu.

Cuando abandonamos aquel lugar en el que el tiempo parecía haberse detenido, el paciente más locuaz, cuya forma de ser y aspecto físico, paradójicamente, se asemejaban bastante a la del único habitante de la Llana Pomar, no cesaba de repetir:

— *¡Qué personaje tan curioso el tal Federico! ¡Qué personaje!*



Con Federico y Marisa en el corredor de una casa de La Llana Pomar

## DÍAS DE VACACIONES

**M**uchos grupos de montaña suelen programar anualmente estancias de varios días en zonas de montaña. Nosotros no íbamos a ser menos. Se optó por Soto de Sajambre, un pequeño pueblo de gran belleza paisajística perteneciente al municipio de Oseja de Sajambre, situado a 930 metros de altitud, en el noroeste de la provincia de León, dentro del Parque Nacional de los Picos de Europa. Unas semanas antes yo había estado allí con mi grupo de montaña en el «Hostal Peña Santa», un establecimiento limpio y confortable cuyo precio era muy asequible. Esto, unido a su enclave, ideal para practicar senderismo sin necesidad de utilizar ningún medio de transporte, y al hecho de que, aparte del bar-tienda, era el único establecimiento en el que se servían bebidas, lo cual nos permitía tener control del consumo de alcohol, lo convirtió en el lugar idóneo para la primera pernocta fuera de casa. Ahora, mirándolo fríamente, me pregunto si no fuimos un poco osadas, pero en aquel momento estábamos muy seguras de lo que hacíamos y tanto o más ilusionadas que ellos con aquellas «minivacaciones» que tanto merecían: en los últimos años, la única pernocta que la mayoría habían realizado fuera de casa había sido la de su hospitalización en la Unidad de Psiquiatría.

Para facilitarles la preparación del equipaje y disminuir la carga de estrés adicional, elaboramos una relación de las cosas aconsejadas. Personalmente, la preparación de la maleta (decidir qué tipo de ropa y calzado llevar, te-

mor a olvidar algo importante como la documentación, dinero, etc.) es algo que aborrezco y que me genera tensión antes de salir de viaje. Para contrarrestarlo, me sirve de ayuda hacer una lista, costumbre que adquirí cuando iba de campamento, en cuyo folleto de inscripción lo indicaban. De este modo, a medida que se introducen las cosas en la mochila o maleta y que se van tachando, la presión va disminuyendo agradablemente hasta desaparecer por completo.

Habían transcurrido seis meses desde nuestra primera salida y la evolución de los pacientes era positiva, mucho más de la imaginada, y no estábamos dispuestas a ponernos topes. Íbamos constatando que a medida que introducían modificaciones en su estilo de vida, que se había vuelto más activo, también se modificaba su estado psíquico. Este cambio positivo no solo lo apreciábamos nosotras, que en general los veíamos más alegres y comunicativos, ni se basaba únicamente en la percepción subjetiva de mejoría clínica que ellos verbalizaban, también lo reconocían sus respectivos terapeutas de referencia y se reflejaba en la ausencia de ingresos hospitalarios.

Llegamos a Oseja de Sajambre una soleada mañana de junio, el día 26, concretamente. Tuvimos que recorrer a pie, cargando con el equipaje, los 2,76 Km que nos separaban de Soto de Sajambre porque el autocar era muy grande y no podía maniobrar en una curva muy cerrada de la carretera. A medida que nos acercábamos al pueblo, consciente del estigma que todavía recae sobre la enfermedad mental y de los pre-

juicios y temores en cuanto a su «peligrosidad», yo «no las llevaba todas conmigo» y tenía cierta preocupación por la acogida que nos dispensarían en el hostel. Para evitar los posibles «reparos» o problemas de admisión y los «reproches o reclamaciones» del tipo «tendrían que habernos advertido que son enfermos» (mentales) que pudieran hacernos en el supuesto de que tuviésemos alguna complicación (es decir, que algún paciente sufriese una crisis nerviosa), cuando hice la reserva había dicho que éramos «un grupo de montaña de un Centro de Salud», omitiendo el término «Mental» que, por otra parte, no tenían por qué saber. Afortunadamente, fuimos recibidos con «normalidad». Una parte de las habitaciones que nos asignaron estaban en la primera planta; otra, en la segunda. Todas eran dobles, excepto las nuestras, una en cada piso para estar más cerca de ellos por si hubiese alguna contingencia. Fueron escogiendo compañero en función de edad y afinidades. Uno de ellos, muy corpulento y, que de alguna manera ejercía cierto liderazgo e imponía algo de «respeto» al resto del grupo, eligió a otro muy ansioso que dio muestras de sentirse tan halagado como temeroso de la elección inesperada por quien a sus ojos resultaba tan prestigioso.

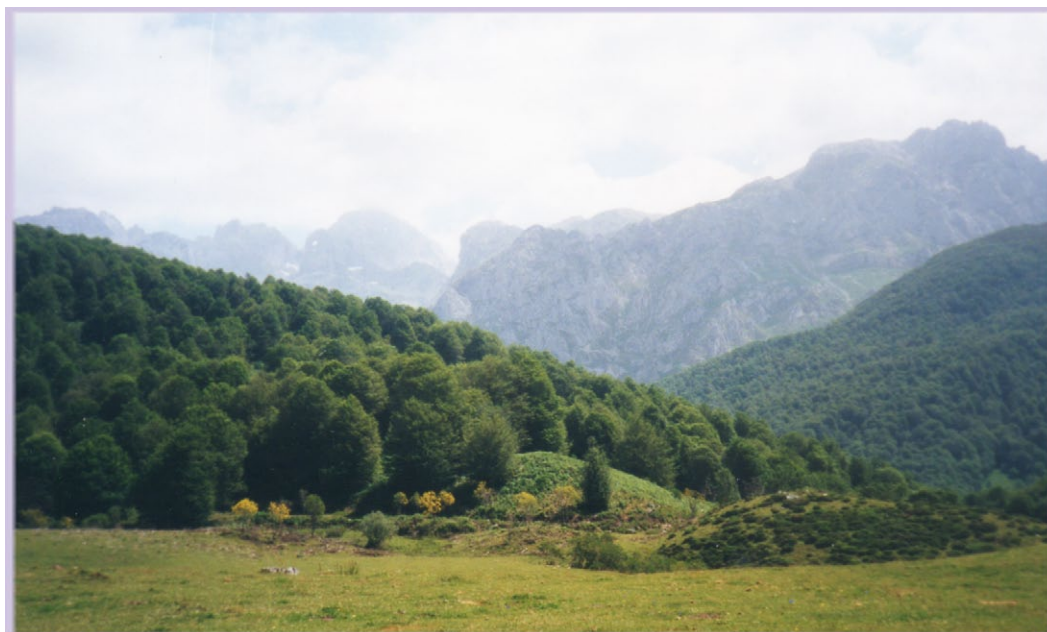
Dispusimos de una media hora para deshacer el equipaje. A continuación hicimos un recorrido por las callejas del pueblo e intercambiamos con los vecinos los típicos saludos de cortesía. Después de la comida, todos en la misma mesa, una agradable sobremesa en el comedor, donde prácticamente éramos los únicos comensales. Como estábamos entre semana y aún faltaban unos días para la temporada alta de verano, la ocupación del hostel no era total y, a esas horas, los escasos huéspedes allí alojados estaban haciendo alguna ruta de montaña.

A media tarde realizamos un tramo de la Senda del Arcediano a un ritmo suave, sin forzar la marcha, pues se habían incorporado al grupo tres nuevos pacientes no habituados a caminar. Fuimos disfrutando del paisaje y de la conversación, que aportaba más información

relevante sobre su situación personal, vivencias y filosofía de vida que muchas horas de consulta en el despacho del CSM. Al atardecer, algunos aprovecharon para jugar al balón (uno de los más jóvenes tenía gran habilidad para el fútbol y había competido en un equipo de cierta categoría); otros estuvimos en la terraza del hostel, sentados en grupos pequeños formados espontáneamente, tomando un refresco o un café o jugando al parchís o a la baraja. El juego de la baraja nos sirvió de «gancho» para que participase activamente en una actividad lúdica un nuevo paciente muy aislado socialmente; había costado mucho trabajo convencerlo para que accediese a realizar esta salida a la montaña leonesa y cada vez que habíamos intentado integrarle en las conversaciones de aquel día, solo había intervenido con respuestas parcas.

Después de la cena (casera, rica y abundante) y de asegurarse que cada uno había tomado la correspondiente medicación, volvimos a recordarles nuestro número de habitación, insistiéndoles en que no dudasen en llamarnos si les surgía cualquier problema.

Nos fuimos a descansar un poco antes de la media noche. Estaba contenta de cómo iban transcurriendo las cosas: el día había dado mucho de sí y a los pacientes se les veía bien. Me dormí muy pronto, sin tiempo siquiera de abrir un libro, mi mejor somnífero. Hacia las dos de la madrugada me despertaron las voces de alguien aporreando a las puertas. En unos segundos me puse el pantalón del pijama, del que había prescindido porque hacía mucho calor. Al salir al pasillo me di cuenta de que en la planta en la que yo estaba había tranquilidad y de que las voces provenían del piso de abajo. Me dirigí hacia allí y me encontré con mi compañera, que vestía un pijama muy similar al mío (coincidían hasta en el color), el típico de tela de algodón y corte masculino del que hace años se apropiaron los diseñadores de lencería femenina. A la puerta de la única habitación de la que salía luz, estaban los dos pacientes mencionados al referir el reparto de las habitaciones. Averiguamos que el de complexión más fuerte se había des-



Vegabaño

pertado angustiado y había asustado al otro, de cuya frente caían goterones de sudor, en parte debido a la ansiedad por los gritos de su compañero y en parte al calor que, sin duda, le generaba su grueso pijama de invierno. Hablamos con ellos durante un rato mientras fumaban un cigarrillo, connotando lo que le había ocurrido al primero como una reacción de sobresalto al despertarse en un lugar desconocido que había tardado en reconocer y achacando la del segundo al «susto» y al calor. Se tranquilizaron y después se les propuso tomar un ansiolítico que les ayudase a conciliar el sueño de nuevo.

Tras esta «intervención en crisis» y cerciorarnos de que en el resto del hostel reinaba la calma, mi compañera y yo intercambiamos impresiones, descargando mediante la risa la tensión acumulada. A día de hoy, cada vez que evocamos aquel episodio, seguimos comentando el modo en el que ambas habíamos resuelto el delicado tema de la ropa que nos pondríamos en el supuesto de que durante la noche tuviéramos que salir precipitadamente de nuestras habitaciones (por aquel entonces éramos relativamente jóvenes y varios pacientes se encontraban en nuestra misma franja de edad). Y a pesar del

tiempo transcurrido, seguimos riéndonos, sobre todo ella, del diseño coincidente de nuestros pijamas y de mi aspecto con la chaqueta del pijama abotonada hasta el cuello.

A la mañana siguiente, tanto la empleada como la propietaria del hostel, Juana, estaban alarmadas y molestas. Informaron que uno de los pacientes se había confundido de puerta y, en vez de llamar a la de mi compañera, lo había hecho a la de un montañero danés que hizo caso omiso y optó por seguir durmiendo. Nos reprocharon que no les hubiésemos «advertido» de las «características» de los integrantes de nuestro grupo y la trabajadora del hostel, y mano derecha de Juana, afirmó que el día antes, en cuanto llegamos al hostel y vio la sialorrea<sup>18</sup> que aquel paciente presentaba, «se había dado cuenta de lo que les pasaba y de quiénes éramos». Salimos del paso como pudimos. Aclaramos lo ocurrido y les aseguramos que no apreciábamos motivo de especial preocupación, pues en caso contrario no nos habríamos

18 La sialorrea consiste en la secreción excesiva de saliva y puede provocar que quien la padece presente babeo. Una de las causas que la produce, como en este caso, es el consumo de algunos medicamentos.

arriesgado a venir con ellos. Nuestras explicaciones debieron de resultar bastante convincentes: continuaron siendo sumamente amables con todos nosotros, en ningún momento percibí el mínimo atisbo de rechazo y, como quedó de manifiesto al concluir nuestra estancia allí, a pesar de los recelos iniciales, se estableció una relación de empatía entre ellas y las personas que integrábamos el grupo.

Por nuestra parte, continuamos con el plan previsto. Después del desayuno, en el que nadie hizo comentario alguno sobre el episodio de la noche anterior, subimos a Vegabaño, uno de los lugares de montaña más bellos que conozco. El ascenso, en animada conversación a través de la pista forestal que atraviesa un hayedo, fue muy agradable y me gustó tanto como la primera vez que estuve allí, un puente de San Mateo (por aquel entonces, yo tenía 23 años y me quedé impresionada con la vista de Peña Santa de Castilla, la cumbre más elevada del Macizo Occidental de los Picos de Europa). A juzgar por las reacciones observadas, a ellos tampoco los dejó indiferentes. Comimos el bocadillo cerca del refugio y en un momento dado tuvimos la suerte de ver a lo lejos a un grupo de rebecos pastando que se alejaron rápidamente ante nuestras exclamaciones de alborozo. El resto del día transcurrió con normalidad.

Uno de los pacientes –de unos 30 años, aspecto físico atractivo y ademanes muy educados– llevaba su cámara colgada del cuello. Era un buen fotógrafo y había realizado varias exposiciones. En los paseos por el pueblo realizó varias fotografías, no sin antes pedir permiso a las personas implicadas, como la dueña de la antigua y ya desaparecida tienda-bar del pueblo, que se dejó retratar mientras despachaba algo a un cliente, o el dueño de la huerta en la que había un espantapájaros, fotografía esta última de gran originalidad y belleza artística que posteriormente le compré y que aún conservo.

A las 6 de la mañana del segundo día me despertó el sonido del agua caliente de la ducha y supuse que sería el huésped danés, que solía madrugar para hacer alguna ruta. El ruido

proveniente del cuarto de baños, compartido por varias habitaciones, era cada vez más intenso. Me entró la duda de que fuese alguno de los pacientes y empecé a temer las quejas que nuevamente podrían hacernos. Esperé prudentemente durante un tiempo. El agua seguía corriendo, nadie daba señales de vida y me asaltó el miedo de que a uno de los nuestros le hubiese ocurrido algo. Llamé a la puerta y, sin saber a quién me dirigía, pregunté si se encontraba bien. Una voz que identifiqué con la de un determinado paciente, me respondió que sí. Le conminé a que saliese lo antes posible, puesto que era muy temprano, llevaba en la ducha más de media hora y estaba molestando al resto de los huéspedes, pero transcurrieron varios minutos sin que el agua dejase de correr y no dejó de hacerlo hasta que se lo pedí de forma perentoria. Me fui a mi habitación para darle la oportunidad de que saliese del baño, por si no estaba vestido. En cuanto le oí entrar en su habitación, que no se correspondía con la del paciente que yo había supuesto, «inspeccioné» el cuarto de baño, cubierto por una espesa nube del vaho propio de una sauna, y me apresuré a abrir la ventana para borrar las «huellas del delito». A los pocos minutos escuché el sonido seco de la puerta del hostel, por la que salió nuestro pulcro fotógrafo, supongo que con la piel todavía arrugada por el agua caliente y dispuesto a captar alguna instantánea del pueblo, que a esas horas de la mañana permanecía dormido. Afortunadamente, en el desayuno nadie manifestó ninguna queja, pero he de admitir confidencialmente que si la hubiese habido, tampoco habría estado dispuesta a reconocer su autoría.

Como ya he señalado, aunque estábamos realizando una actividad deportiva y lúdica y en ningún momento programamos sesiones «oficiales» de psicoterapia de esas en las que hay que sentarse en círculo y el psicoterapeuta realiza anotaciones, da la palabra a los integrantes del grupo según un determinado orden y realiza algún señalamiento y unas conclusiones finales, procurábamos no desaprovechar las oportunidades de realizar las intervenciones psicoter-

péuticas que en aquel contexto informal iban surgiendo, tanto durante las caminatas como en las comidas o tertulias en la terraza, convertidas en informales terapias de grupo en las que, entre otros, se abordaban aspectos relativos a su proceso de enfermedad, al tratamiento y a sus expectativas de futuro.

Una de esas oportunidades surgió el último día. El mismo autocar que al anochecer nos condujo de vuelta a casa, por la mañana nos llevó a Posada de Valdeón, punto de inicio de la Ruta del Cares, que atraviesa el desfiladero del río del mismo nombre, antiguamente era la única vía de comunicación entre los pueblos de Poncebos, en Asturias, y Caín, en León, y es una de las sendas más bellas del Parque Nacional de los Picos de Europa. Durante la caminata por un tramo de esta ruta, uno de los más jóvenes, con escasa conciencia de enfermedad (aún había transcurrido poco tiempo desde su primer brote psicótico) comentó que se encontraba bien y que ya no necesitaba tomar el tratamiento. Lógicamente, no se sentía identificado con los pacientes de más edad con los que iba hablando y consideraba que su situación era diferente: la enfermedad de ellos era crónica; la suya ya había remitido para siempre. Aminoré mi paso hasta dejarme alcanzar por el paciente madrugador, quien justo unos metros por detrás de nosotros venía tranquilamente fumando un cigarrillo, cámara al cuello, absorto en sus pensamientos. Dado su largo historial de enfermedad y que ya había pasado por las fases de su joven compañero (tales como la negación de la enfermedad o el rechazo del tratamiento) y que por su edad, buen aspecto físico y estabilización psíquica resultaba más fácil que se identificase con él, le expuse brevemente lo que aquel iba diciendo y le pregunté si le podía informar acerca de las consecuencias del abandono del tratamiento o de no realizarlo conforme a la pauta indicada por su especialista en psiquiatría. Su decidida respuesta no se hizo esperar. Pocas veces he tenido la oportunidad de contar con la ayuda de un coterapeuta tan competente: de forma concisa, convincente y contundente le habló de su experiencia personal y de los ries-

gos a los que se exponía si no seguía adecuadamente el tratamiento, entre ellos, la temida hospitalización en la Unidad de Psiquiatría.

La estancia en el Valle de Sajambre llegaba a su fin y el balance era muy positivo. En general, los pacientes lo habían pasado bien, su interacción con los vecinos del pueblo había sido satisfactoria y la relación con el personal del hostel, muy cercana. Además, la climatología había ayudado, permitiéndonos realizar todas las rutas previstas. En los paseos nocturnos después de la cena habíamos disfrutado de la contemplación de los cielos estrellados y de esos sonidos de la naturaleza que transmiten calma, como los cantos de los grillos, más audibles a esas horas y tan solo aminorados intermitentemente por el ladrido de algún perro.

El día que concluyeron nuestras vacaciones, la dueña del hostel hizo realidad una aspiración común: le pidió a nuestro fotógrafo oficial (no el mencionado más arriba, sino otro, el que tenía un problema de salivación excesiva) que le enviase una fotografía del grupo para exponerla junto a las de los otros grupos de montañeros y de cazadores que ya colgaban en las paredes del bar (en una visita posterior, constaté que habíamos pasado a formar parte de la galería fotográfica del establecimiento).

Por nuestra parte, el esfuerzo que supuso la participación en esta actividad se vio recompensado con los cambios significativos que apreciamos en ellos, tanto a nivel individual como grupal. Por si esto fuera poco, al despedirse de nosotras con un abrazo, Juana y la trabajadora del hostel nos hicieron el que considero uno de los mayores elogios recibidos a nivel profesional: «Podéis volver siempre que queráis. Cómo se nota que trabajáis en un centro de pago. Es una pena que en la Seguridad Social no se hagan este tipo de cosas».

## UNA PREGUNTA PARA PENSAR

**A**l mes siguiente volvimos a desplazarnos a la provincia de León, a la zona del Bierzo y Astorga. Era un día soleado con una temperatura muy agradable. En esta ocasión, la parte histórico-cultural tuvo algo más peso que la deportiva y, excepcionalmente, nos acompañó la hermana de un paciente que estaba muy interesada en conocer la zona y que se integró muy bien en el grupo. Había un ambiente especialmente festivo y los pacientes estaban contentos y parlanchines. Durante el viaje en el autocar, aparte de cantar las típicas canciones de excursión, con un repertorio cada vez más amplio, informé sobre la historia del Camino de Santiago.

Por la mañana hicimos un pequeño tramo de una etapa del Camino de Santiago Francés, el comprendido entre El Acebo y Molinaseca, en la comarca del Bierzo, que yo había recorrido el verano anterior. En El Acebo, puerta de entrada a la comarca berciana, nos detuvimos a mirar las casas de piedra de pizarra y los corredores de madera propios de los pueblos de montaña del alto Bierzo. A la salida del pueblo, nuestro fotógrafo oficial realizó varias fotografías, incluyendo una ante la ermita de San Miguel y el monumento a Heinrich Krause, el peregrino ciclista que en agosto de 1987 tuvo un accidente mortal durante el descenso a Molinaseca, y otra con Mateo, un vecino de la zona que nos acompañó durante un rato y que, bastón en mano, posó muy sonriente con algunos de nosotros.

Durante la caminata, muy liviana y en ruidosa charla, fuimos adelantados por numerosos

peregrinos, muchos de procedencia extranjera. Como era de esperar, no defraudó la entrada por la Calle Real de Molinaseca, con sus muestras de arquitectura popular y sus casas solariegas con escudos nobiliarios, así como la «vidilla» de sus bares y tiendas, ni escapó a los ojos de nuestro fotógrafo la iglesia de San Nicolás de Bari, edificada en una loma del pueblo. Nos sentamos a comer los bocadillos en los muros de la ribera del río Meruelo, junto al Puente Romano, también llamado Puente de los Peregrinos, un lugar encantador en el que es preceptivo hacer una parada y en donde varios peregrinos estaban enfrascados en diversos «menesteres» (charlando, comiendo, poniendo sus ropas a secar al sol o dormitando en la pradera).



Con Marisa y un lugareño



Palacio Episcopal de Astorga

Nuestro siguiente destino fue Astorga, pues su catedral y el Palacio Episcopal eran la sede de la octava edición de *Las Edades del Hombre*, que acogía más de 200 obras de arte, provenientes principalmente de su diócesis. El lema de la exposición, «Encrucijadas», aludía a lo que desde el punto de vista geográfico, histórico y cultural representa la capital maragata. Al apearnos del autocar, que acababa de dejarnos en una plaza cercana al Palacio Episcopal (obra de Gaudí que alberga el Museo de los Caminos), un paciente se acercó a nosotras con expresión muy preocupada para preguntarnos lo que tenía que hacer con la muda que llevaba dentro de una bolsa (habitualmente les aconsejábamos llevar ropa de repuesto para el supuesto de que la lluvia lo hiciera necesario, lo que aquel día resultaba muy improbable que fuese a ocurrir). Le recomendamos dejarla

en el autocar, asegurándole que allí nadie se la iba a sustraer, y nos hizo caso, aunque no pareció muy convencido de que fuera una opción muy segura. Este paciente, de mediana edad, complexión física menuda, voz débil y aspecto muy desvalido y sumiso, nunca se hacía notar ni planteaba ningún conflicto. Siempre había estado muy protegido por sus padres y por su hermana y su extremada dependencia (nos consultaba y pedía permiso incluso para ir al lavabo) suscitaba en nosotras una actitud de protección similar a la que se tiene con los niños pequeños, hasta el punto de que al referirnos a él cuando estábamos solas, añadíamos a su nombre el diminutivo «in» (me ha parecido oportuno relatar esta anécdota porque puede servir para ilustrar el cambio apreciado en él con el transcurso del tiempo).

Concluida la visita a *Las Edades del Hombre*, nos dio tiempo de visitar otro lugar con menos valor artístico, pero que, literalmente, dejó un dulce sabor de boca. Me refiero al «Museo del Chocolate», en donde comprar, lo que se dice comprar, no compramos mucho, pero puedo asegurar que no quedó sin degustar ninguno de los tipos de chocolate que había en las bandejas, hasta el punto de que una empleada antipática y/o con un excesivo «grado de compromiso profesional» (no sé si temía que su empresa se arruinase o si le daba pereza reponer más trozos de chocolate) , nos echó el alto desabridamente a algunos de nosotros por considerar que nos estábamos excediendo en la degustación. Ante su llamada de atención, los interpelados nos encogimos de hombros, levantamos las cejas y nos sonreímos cándidamente sin permitir que nuestro orgullo personal se viese afectado por ello.

Antes de subir al autocar en dirección a Asturias, ante la mirada de asentimiento del resto, un paciente pronunció entusiasmado las palabras decisivas que nos indujeron a emprender la aventura del año siguiente: «Entonces, ¿ahora ya somos peregrinos?» Aunque hasta aquel momento no se me había pasado por la cabeza intentar tal odisea, me dije para mis adentros: «¿Y por qué no? Tal vez es posible».

## PREPARANDO UN NUEVO RETO

Como he manifestado en un apartado anterior, en el otoño del 2000 continuamos con las salidas regulares a la montaña. Al cumplirse un año de la formación del grupo, el balance era muy positivo. El estado mental y la calidad de vida de los pacientes había mejorado, su aislamiento social había disminuido, las familias alentaban su participación en las actividades que programábamos y los psiquiatras continuaban proponiendo nuevos candidatos. Como quien no quiere la cosa, al mismo tiempo que mejoraba su forma física y que disfrutaban del contacto con la naturaleza, se habían enriquecido cultural e intelectualmente y conocido lugares que muchos nacidos en Asturias nunca han visitado. Tampoco se han de olvidar las comidas que de vez en cuando hacíamos en algún restaurante, que permitían probar platos diferentes de los habituales y, de paso, proporcionaban un motivo de conversación con las personas de su entorno, pues, a fin de cuentas, el relato de los viajes, vacaciones y comidas que se hacen fuera de casa ocupan un espacio importante en la interacción social y familiar de la mayoría de la gente.

Entre tanto, la pregunta formulada meses antes por un paciente no había caído en saco roto: empezamos el año con un nuevo reto, hacer el Camino de Santiago. Era consciente de que esta decisión no estaba exenta de riesgos y que a las dificultades inherentes al propio Camino que cualquier peregrino ha de afrontar, se añadían las de ir «tirando» de un grupo de personas aquejadas de una enfermedad como la

suya, con mayor vulnerabilidad a las situaciones de estrés. Si el Camino ya de por sí supone un desafío que confronta con las propias fuerzas, limitaciones, potencialidades y con facetas de uno mismo buenas y no tan buenas, cuánto más en un grupo de esas características. Porque, tarde o temprano, el Camino te acaba poniendo a prueba. No es un camino regalado, aunque finalmente te recompensa con creces el esfuerzo y los malos ratos pasados. Particularmente –y sin que con ello pretenda realizar un elogio del sufrimiento– considero que de no ser por esos puertos de montaña que tanto cuesta subir, por tantas mojaduras y horas caminando bajo un sol abrasador, por esos kilómetros de más que hay que desandar cuando te has desviado de la ruta, el Camino sería un paseo muy agradable, pero no dejaría la misma huella ni satisfacción tras haberlo logrado.

Si año y medio antes, cuando manifesté mi intención de ir a Santiago, había tenido que escuchar cosas como «¡Estás loca! ¿Qué se te perdió allí? ¿Para qué vas a ir andando? ¿Vas de penitencia? ¿No sabes que actualmente ya hay coches, trenes y autobuses?», lo que mi compañera y yo tuvimos que escuchar en esta ocasión fueron comentarios del tipo «¡Estás loca!», «¿No tienes miedo?», «¿A quién se le ocurre ir con locos? Está visto que tú estás más loca que ellos». En cambio, nuestros compañeros de trabajo no realizaron ningún comentario disuasorio ni mostraron extrañeza. A su vez, los pacientes estaban muy ilusionados y algunos hasta habían empezado a entrenarse, como pude saber casualmente a través de una conversación

entre dos de ellos: «Ahora, por la tarde, en vez de tirar para el bar o de sentarme a fumar en un banco del Parque de San Francisco, tiro para la pista finlandesa, que además es más sano y barato».

La «logística» para realizar este Camino fue similar a la que Charli y yo habíamos empleado en 1999: en las cuatro primeras etapas, mientras fuese posible regresar a Oviedo en el mismo día, utilizaríamos el transporte público; a partir de ahí necesitaríamos un autocar y, como pernoctaríamos fuera de casa, en cada una de las salidas caminaríamos dos días seguidos. La utilización del transporte público fue uno de los cambios importantes que este planteamiento implicaba con respecto a las rutas efectuadas durante el primer año, contribuyendo a un mayor grado de autonomía personal y de interacción social por parte de los pacientes.

En diciembre de 2000 hicimos las gestiones para la obtención de la credencial. El día 13 de dicho mes, Pablo Sánchez, el responsable de la «Asociación Astur Leonesa de Amigos del Camino de Santiago», tuvo la deferencia de abrir para nosotros, a media mañana, la sede de dicha asociación, situada en aquel momento en la calle San Pedro Mestallón, enfrente del Colegio de los Dominicos de Oviedo. Mientras él cumplimentaba en la oficina los datos de nuestras credenciales (para facilitar los trámites, le habíamos entregado una lista con los nombres de cada uno), inspeccionamos el albergue y ojeamos los comentarios que los peregrinos habían ido escribiendo en el libro de visitas. Los pacientes manifestaron su deseo de escribir algo también y estábamos enfrascados en esta tarea cuando Pablo me llamó en un aparte:

— *Conchita, ¿puedes venir un momento?*

Me acerqué, pensando que necesitaba alguna aclaración. Su expresión facial transmitía extrañeza:

— *Dime, Pablo. ¿Hay algo que no esté bien?*

— *¿No tienes miedo? ¿A dónde piensas llegar con estos?* — dijo confidencialmente, bajando el tono de voz.

— *A Santiago*— le respondí convencida mientras él se encogía de hombros y me miraba con incredulidad.

En la Europa medieval constituía un acontecimiento muy significativo para la comunidad el que alguien iniciase la peregrinación a Compostela. Conscientes de los peligros que el viaje conllevaba y de la posibilidad de que no consiguiesen regresar (cementeros de peregrinos como el adosado al claustro de la catedral de San Salvador de Oviedo atestiguan que más de uno se quedaba literalmente en el camino<sup>19</sup>), el día de su partida, tras la celebración de la misa para pedir un buen regreso, los peregrinos eran despedidos multitudinariamente por familiares, amigos y vecinos. Esto me indujo a imaginar lo agradable que sería que cuando saliéramos de Oviedo nos hicieran una despedida especial. No por miedo a que alguno de nosotros muriese en el empeño ni porque equiparase nuestro proyecto con la gesta de los peregrinos medievales procedentes de lejanas tierras, sino porque consideraba que, además de entroncar con ellos a través de aquella tradición, merecía la pena realizar un acto que pusiera en valor la importancia de la aventura que íbamos a emprender, dadas las características de nuestro grupo y el esfuerzo sobreañadido que de una u otra manera supondría para todos los implicados.

Ese fue el motivo por el que contactamos con don Celestino Castañón, delegado diocesano del Camino de Santiago por Asturias y párroco de San Lázaro del Camino, a cuya parroquia pertenecía nuestro CSM. No lo cono-

19 Los Estatutos del obispo Diego Aponte de Quiñones (1585–1598) disponían que la catedral tenía la obligación de dar enterramiento digno a los peregrinos que fallecían en la ciudad (Catedral de Oviedo, s.f).

cía personalmente, pero unos dos años antes lo había telefoneado para saber si su parroquia continuaba manteniendo algún tipo de contacto con un antiguo feligrés suyo que no tenía familia y que estaba cumpliendo una larga condena de cárcel por un delito grave en cuyo juicio yo había declarado como perito a petición del fiscal. La implicación de don Celestino en la propuesta que le hicimos fue excelente. No solo accedió gustosamente a lo que le pedimos, sino que nos proporcionó varios teléfonos de contacto, como los del párroco de Fonsagrada y uno de Lugo, así como el del delegado diocesano de Santiago de Compostela, por si necesitábamos ayuda en alguno de los lugares

más aislados de Galicia. En la reunión en el CSM que días antes de nuestra partida mantuvimos con él y con los pacientes, don Celestino –gran erudito y uno de los principales impulsores de la Asociación Astur Leonesa del Camino de Santiago, de la que fue su primer presidente– nos informó de forma sencilla sobre la historia de la ruta jacobea y de algunas reminiscencias que de ella nos han quedado, como el topónimo de la vecina Manjoya, proveniente de la manifestación de júbilo «Mon joie!» («¡Mi alegría!») de los peregrinos franceses al avistar desde ese lugar San Salvador de Oviedo.



Reunión con don Celestino Castañón en el CSM de Otero

## PEREGRINOS

## 1ª Etapa: Oviedo-Grado

S alimos de San Lázaro del Camino en torno a las 9 de la mañana del 1 de febrero de 2001. Las catorce personas que integrábamos el grupo no tuvimos una despedida tan multitudinaria como la de los peregrinos medievales, pero no me cabe duda de que debió de ser igual de entrañable y que las recomendaciones para el Camino realizadas por don Celestino fueron muy útiles. En ningún momento cuestionó que no llegaríamos a Santiago y nos prometió que ese día estaría allí para recibirnos. Sin transmitir ningún tipo de paternalismo, pero consciente de la enfermedad que les aquejaba, les dijo a los pacientes: «Haced caso de lo que Conchita y Marisa os digan. Ellas son dos personas que os quieren y que cuidan de vosotros». La breve estancia en el templo concluyó con la oración del peregrino. A continuación, salió a despedirnos. El grupo echó a andar con mucho brío; a decir verdad, todos menos el paciente que tan dependiente se mostraba —el que en Astorga no sabía qué hacer con la muda de repuesto—, quien, con voz lastimera, como si no tuviera manos ni destreza manual, me pidió que lo ayudase a anudarse el cordón de una bota. Cuando acabé de anudársela, emprendimos la marcha aceleradamente. El resto del grupo ya se perdía en la lejanía. Por un instante, eché la vista hacia atrás: don Celestino, sin quitarse el alba y llevando el libro entre sus manos, permanecía a la puerta del templo y su mirada ensimismada esta vez sí traslucía preocupación.

Atravesamos Oviedo e hicimos una breve parada en la ermita de la Majúa. En las inmediaciones de Loriania estoy especialmente atenta a la señalización para evitar que ocurra lo mismo que cuando pasé por aquí la vez anterior, que fue necesario desandar un cuarto de hora del trayecto. Una parte importante de esta primera etapa transcurre por carretera. Está nublado, pero el sol ha empezado a calentar y el ascenso al Alto del Escamplero se hace cuesta arriba, valga la redundancia. A mitad de subida, uno de los coches que nos adelanta se detiene al lado de dos pacientes que van unos veinte metros por delante de mí. Intercambian unas palabras e interpreto que se trata de algún conductor despistado que les ha preguntado dónde se encuentra alguna localidad. Sin embargo, posteriormente me informan que se trataba de la dueña de la pensión en la que están alojados y de la hija y el yerno de aquella, quienes les dijeron, no precisamente para infundirles ánimos: «¡Qué va! Al paso que vais, es imposible que hoy lleguéis a Grao». Estos dos pacientes se habían incorporado al grupo cinco meses antes. No se les veía hablar entre sí, pero solían ir uno al lado del otro y en el autocar siempre se sentaban juntos. Habitualmente, por pura higiene mental, yo solía dejar las «cosas del trabajo» en el despacho de mi consulta, pero en la primera salida que ellos hicieron con nosotros me llevé para casa su expresión ausente, de profundo sufrimiento, especialmente la del más joven, que andaría en torno a los 35 años, cuyos ojos parecían mirar solo hacia dentro, hacia muy atrás, hacia algún lugar del pasado en el que hubiese quedado anclado, retenido, y solo su cuerpo



Puente Gallegos sobre el río Nora

estuviese en el presente. Los recuerdo sentados en primera fila, en el lado izquierdo del autocar, sin intercambiar entre sí una sola palabra. Su actitud era correcta, pero se limitaban a responder con monosílabos cada intento de intercambio comunicativo que hacía con ellos. Tomaron entre sus manos las hojas del cancionero que día a día habíamos ido ampliando, pero se les veía ausentes, como si su mirada traspasara aquellos folios y siguieran contemplando alguna escena del pasado de fuerte impacto emocional. Recuerdo el sentimiento de pena y de impotencia que me invadió al no ser capaz de ayudarlos a aliviar aquel sufrimiento. Y a día de hoy continuo pensando que aunque solo sea por el cambio positivo apreciado en ellos y por aquellos momentos en los que el más joven nos dejó ver que en su alma había algo menos de tristeza, mereció la pena aquella experiencia.

En el Alto del Escamplero, al lado del restaurante *Casa Concha*, repusimos fuerzas, unos con un bocadillo; otros, con frutos secos. Al cabo de media hora iniciamos el descenso. Dejamos atrás Valsera y nos adentramos por un sendero bordeado de pomaradas. Los árboles estaban desnudos, pero en el inicio del otoño

de 1999, rebosantes de unas manzanas tan apetitosas que no pude dejar de ser muy comprensiva con el acto de desobediencia que a Adán y Eva les costó el Paraíso y le pregunté a Charli, exponente de la urbanidad y de la prudencia, si sería «pecado» o «delito» coger una:

*No. De pequeño, yo cogía manzanas y peras y cerezas. Y nuestro padre llevaba un bastón con el que enganchaba las ramas y cogía los frutos. Y les decía a los dueños del árbol, con toda naturalidad, '¡qué fruta tan buena tiene, señor!', pero, eso sí, nos enseñaba que no deben romperse las ramas al coger la fruta.*

De aquel día recuerdo, asimismo, que un poco más allá nos encontramos con unos jóvenes estudiantes de Arquitectura residentes en Madrid, Camelia y Alberto, dos de los tres únicos peregrinos con los que coincidimos hasta el entronque del Camino Primitivo con el Francés. Nos saludaron alborozadamente, preguntándonos si éramos peregrinos y, deseosos de hablar con alguien, interrumpieron su descanso y reanudaron la marcha con nosotros. Venían ha-

ciendo el Camino del Salvador, nos hablaron de su pernocta en la Colegiata de Arbas del Puerto y se quejaron de la mala señalización en la zona de Busdongo:

*La señal está mal puesta y tuvimos que ir por un sitio lleno de maleza, así que es preferible hacerlo por carretera. Os lo decimos para que lo tengáis en cuenta si algún día lo hacéis vosotros.*

Caminamos a la par durante varios kilómetros y luego nos despedimos, pues tenían intención de pernoctar en Cornellana, 10,5 Kilómetros más allá de Grado, pese a que Camelia llevaba varios días con dolor en un pie y de que cojeaba bastante. Pero hoy, la única persona con la que hablamos durante el resto del trayecto es una mujer que, al elogiarle la belleza de las verdes vegas recortadas por cadenas de montañas, nos responde extrañada: «¡Si solo son unos prados!».

Antes de llegar a Peñaflores nos adentramos por una zona de maleza. Supongo que debimos de perder la señal<sup>20</sup> y, de repente, nos encontramos caminando a la orilla del río Nalón, que bajaba con muchísimo caudal, resultando igual de arriesgado avanzar que retroceder. Fue un momento delicado, el suelo estaba muy resbaladizo y en ocasiones el agua rozaba nuestras botas. Para evitar el riesgo de ser arrastrados por el río, hacemos una cadena humana; el comportamiento de todos es ejemplar.

Los últimos 2 kilómetros de etapa, por asfalto puro y duro, acaban haciendo mella en nuestras articulaciones y algunos pacientes tienen aspecto muy cansado, especialmente uno de reciente incorporación, de los que por la mañana habían sido abordados por la patrona de su pensión. Está en torno a la cuarentena, tiene obesidad, su respiración es algo entrecortada

y, como se dice coloquialmente, temo que le pueda dar «algo al corazón», pero a pesar de mi insistencia, se fuerza a seguir el ritmo de los otros. Le digo que vamos bien de tiempo y que no hace falta apresurarse; tantas veces como se lo digo, tantas que me responde con un movimiento negativo de cabeza mientras continúa caminando. Tiene el propósito de acabar la etapa al mismo tiempo que los demás y no parará hasta conseguirlo.

Llegamos a Grado a media tarde. El albergue está cerrado. Unos chicos que están haciendo un programa de radio local en el mismo edificio, informan que no abre hasta las 6 de la tarde y nos aconsejan llamar al timbre. Hacemos lo que nos dicen. Responden a través del micro y a los pocos minutos baja una pareja a sellarnos la credencial. Luego nos sentamos en un muro a comer los bocadillos. Al instante sale del bar de enfrente – *Restaurante Casa Pepe el Bueno* – un hombre de mediana edad que nos invita a comer dentro de su local. Agradecemos su invitación y le prometemos que en cuanto hayamos acabado, entraremos a tomar un café. Finalmente, cuando nos dirigimos hacia la estación de autobuses, echamos en falta a uno de nuestros peregrinos. El susto no se nos quita de encima hasta que volvemos a encontrarlo, con una cara más asustada aún que la nuestra, en las cercanías de la estación. Se había despistado del grupo al adelantarse para comprar tabaco en un estanco. Este incidente sirvió para recordar una norma que a partir de entonces todos cumplieron a rajatabla: no separarse nunca del grupo sin haberlo notificado.

En el regreso a casa en un autobús del ALSA costó trabajo no dejarse llevar por la somnolencia. Llegamos a Oviedo hacia las 8 de la tarde, «molidos», pero satisfechos de que la primera etapa hubiese concluido sin problemas.

Seguidamente, transcribo las vivencias sobre «el inicio del viaje» de ocho pacientes que realizaron íntegramente el Camino de Santiago, un relato a varias voces en el que he procurado reproducir de la forma más ajustada posible los textos originales y los únicos «retoques»

<sup>20</sup> Las señales que permiten guiarse en el Camino de Santiago son las vieras, los mojones y las flechas amarillas, pero la venera, la concha de la viera, es el logotipo del Camino y constituye el símbolo por excelencia de la ruta jacobea. Sus rayos esquematizados simbolizan una estrella o los caminos que conducen a Compostela.

realizados se refieren, fundamentalmente, a la ortografía y a los signos de puntuación. Cada párrafo corresponde a un paciente. Omito los nombres de sus autores por respeto a la confidencialidad:

*Me gustaría empezar estas líneas diciendo que la felicidad no consiste en tener todo lo que se quiere, sino en querer lo que se tiene.*

*Comenzamos a hacer la peregrinación por el norte de la Península Ibérica en busca de cierta gloria, con unas relativamente duras aventuras, en cuanto al sufrimiento en particular de nuestros pies, por las largas caminatas a las que nos sometimos etapa tras etapa, en la gran tarea de recorrer unos 360 kilómetros, consiguiendo el honorífico diploma que nos dignificase ante el Profeta Santiago Apóstol. Realmente, no estaba convencido de realizar algo que desafía de modo tan patente el sentido común por la falta de experiencias.*

*Hicimos el camino por etapas, cada mes o cada quince días y, a veces, los caminos estaban encharcados por el agua de la lluvia. Otras veces nos metíamos por bosques y por caminos estrechos. Llevábamos bocadillos para comer y bebíamos cuando parábamos en algún sitio.*

*El primer jueves del mes de febrero de 2001 partimos de Oviedo en dirección a Grado hacia una meta que se nos antojaba larga, sobre todo teniendo en cuenta que el viaje sería por etapas discontinuas bastante cansinas que nos llevarían hacia el mismo Santiago de Compostela, residiendo el mérito, más que nada, en que sería realizado a pie en su totalidad. El presidente del Camino de Santiago nos hizo las credenciales gratuitamente, nos dijo que*

*él también lo había hecho y que el recorrido era muy duro.*

*Recuerdo que llovía. Era una lluvia interminable y eterna, fina y sosegada. Cuando salimos, las campanas de la catedral daban la hora. Era temprano, pero daban la hora, porque de noche las campanas nadie las oye, solo los noctámbulos y los que no pueden dormir.*

*El arrancar nos costó trabajo porque no sabíamos si podríamos llegar al final, pero llegamos.*

*Caminamos un rato por la ciudad, seguramente saltándonos el trayecto sellado por conchas de color púrpura que jalonaban algunas calles y plazas. Nos hicimos fotos y caminamos hasta el final Oeste de la ciudad, justo donde yo había jugado tanto al fútbol, en aquellos años en que uno lo hacía por pura afición y no te importaba que el barro se hubiera secado y que hubiera grandes baches en el campo que destrozaban los tobillos.*

*Cuando paramos en el Alto del Escamplero, casi todos devoramos nuestros bocadillos. Allí ya íbamos con los pies hechos polvo.*

*Tras un ligero descenso, retomamos el camino, en el que se alternaban la carretera y el camino rural y que se hacía en mi persona fatigoso, sobre todo por las continuas subidas, estando muy agradecido cuando se sucedía un llano y siendo muy aburridos los trayectos por carretera. Pasamos en ocasiones por solitarias casas en el medio agreste, siendo alentador el paisaje que contemplábamos y que nos contemplaba.*

*El Camino de Santiago no estaba precisamente bien indicado y nos tuvimos que meter por matorrales a la*

orilla del río Nalón. Yo pensaba para mí y les decía a mis compañeros que, si resbalábamos, a alguno de nosotros no nos volverían a ver. Pero tuvimos suerte, no nos pasó nada y todo salió muy bien.

Esa fue la peor etapa. Nos encontramos el río con subida y unos a otros nos fuimos empujando para no caer a él.

La primera etapa me pareció bastante accesible, con ampollas en los pies porque no estaba acostumbrado a protestar a las dirigentes del grupo, en este caso la enfermera y la psicóloga que, siendo del sexo femenino, competían con nosotros en la ardua tarea de caminar kilómetro a kilómetro. Eso sí, con una enfermera que nos mimaba curándonos los pies con tiritas especiales para ello y con una psi-

cóloga que con gran delicadeza nos aconsejaba y guiaba por el camino adecuado para cumplir con el itinerario correspondiente y no desviarse ni perderse en el ímpetu de conseguir tan preciado fin. Llegamos a Grado sobre las seis de la tarde y volvimos para Oviedo en el ALSA. Fueron 21 kilómetros.

## 2ª Etapa: Grado-Salas

El 22 de febrero, el ALSA nos deja en Grado y retomamos la marcha en el sitio en el que la habíamos concluido la vez anterior. Subimos al Alto de la Cabruñana. Al pasar por El Fresno, lugar en el que estuve de acampada durante el puente de San Mateo de 1973, rememoro el candor e idealismo de unos años adolescentes en los que, sin ser consciente de ello, todo lo bueno y grande era posible. Intento ubicar el lugar exacto en el que acampamos, un prado muy cuesto del que a medianoche del primer día fue



La Virgen del Fresno

necesario evacuar a la iglesia a quienes tenían la tienda en lo llano debido a la inundación provocada por las lluvias torrenciales acompañadas de «fenómeno eléctrico». En esta ocasión, el tiempo nos acompaña y nuestro fotógrafo oficial realiza varias fotografías del santuario. También recuerdo que la otra mañana de otoño que pasé por aquí con Charli, dos segadores de un prado cercano nos dieron una voz:

*¡Eh! ¿No quieren ver la iglesia por dentro? Ahora mismo están allí las mujeres limpiándola porque dentro de unos días van a ser las fiestas del pueblo.*

Hicimos lo que nos sugirieron. El olor a cera impregnaba todo el recinto sagrado, evocando experiencias añejas, y la Virgen del Fresno, con sus mejores galas, estaba situada en primera fila, preparada para ser llevada en procesión.

El nuevo tramo, en descenso, resulta liviano. Pronto nos damos de bruces con aldeas con

construcciones de porte señorial y santuarios cerrados cuya existencia nunca había sospechado y, nuevamente, los parajes solitarios repletos de árboles frutales. Al llegar a Doriga se acaba el Edén y hemos de recorrer el último tramo por carretera general, «arriesgando el pellejo» (el arcén luce por su ausencia) hasta que una vez cruzado el río Narcea, bellissimo en su serenidad y arropado por altos chopos, podemos transitar por una acera hasta el centro de Cornellana. El monasterio está abierto y un grupo de chicas y chicos de la Escuela-Taller, vestidos con mono azul, se mueven por sus inmediaciones. Un cartel prohíbe la entrada, pero el encargado nos permite visitar el claustro. El edificio está en obras y el deterioro resulta evidente, pero de todos modos rezuma belleza. Los pacientes están muy ilusionados con volver a ver a Ceferino. Preguntamos por él y nos comunican que ha sufrido un infarto hace unos días. Nos vamos de allí apenados y deseando su pronto restablecimiento.



Los peregrinos del CSM de Otero cruzando el río Narcea

Retomamos el camino a través de unos parajes preciosos con abundantes árboles; actualmente están desnudos, pero al pasar por aquí hace año y medio, probamos de todo: higos miguelinos, peras, manzanas, ciruelas, nisos, piescos y nueces y avellanas caídas al suelo. Vamos atravesando pueblos con perros de saludo diverso, desde los abiertamente amistosos a los de ladrar agresivo, especialmente los de pequeño tamaño, y en algún momento, el bastón casi llega a hacerse necesario. En un continuo llanear, llegamos a Salas, fin de la etapa. Comemos los bocadillos en el parque, al lado de la Colegiata, un monumento nacional del siglo xvi que está cerrado. Muy cerca está el castillo, que tampoco visitamos. Sellamos la credencial en el albergue, que según nos informan unos vecinos, anteriormente fue cárcel.

Después tomamos algo en una cafetería (algunos no se resisten a probar los «Carajitos del profesor», el dulce emblemático de esta zona). El ambiente grupal es bueno. A ello ha contribuido el buen tiempo y que la etapa no ha sido muy difícil. A las 21:45 horas, el autobús nos devuelve a Oviedo.

Así hablan de esta etapa dos peregrinos:

*En los siguientes días, con el transcurso de unas semanas en nuestros domicilios, volvimos a hacer nuevas etapas, ya próxima la primavera, visitando monumentos e iglesias y frecuentando bares y cafeterías (no como el peregrino pobre que seguramente vivía de la limosna y del hospedaje propio del recorrido, que con más sacrificio se ganaba la virtud), sellando las credenciales en los lugares indicados para ello y hete aquí que una anécdota del camino aconteció a mi persona: se me mojó la credencial, que casi se destruye por la humedad.*

*Al mes siguiente hicimos la etapa Grado-Salas, 21,30 Kilómetros. El día estaba precioso. En Cornellana visitamos el monasterio. Ese día no estaba*

*el párroco que en otra ocasión nos había cantado gregoriano, que lo hacía muy bien, por cierto. Todo esto gracias a Conchita y a Marisa, que fueron muy pacientes con nosotros y muy decididas y estaban enteradas de todo. Conchita ya había hecho el Camino de Santiago y nos sirvieron de mucho sus conocimientos para poder caminar más tranquilos.*

*En estas memorias, por muy franco que quiera ser, no estamos describiendo el Camino in situ, sino pasado ya cierto tiempo, y se olvidan los detalles del trato con los compañeros, aunque no era la sociología lo que más me atrajera a mí, sino la observación de la propia naturaleza, como era de ver los verdes valles regados por los alegres riachuelos y ríos y los bosques y las montañas, y los pueblos con sus gentes muy hospitalarias, el ganado pastando en los fértiles prados y los animales de compañía de las casas que íbamos pasando, como eran los perros y gatos.*

### 3ª Etapa: Salas-Tineo

El 15 de marzo, transcurridas tres semanas, hacemos la siguiente etapa. Nos acompaña Chus, la EIR (Enfermera Interna Residente) de Salud Mental que está rotando por nuestro CSM.

En cuanto salimos de Salas, nos vemos las caras con una prolongada cuesta que el calor bochornoso todavía hace más odiosa. Se hace difícil caminar y «tirar» del grupo»; ir de punta de lanza y controlando que los más rezagados no se vayan quedando muy atrás. Caminamos por senderos que en ocasiones quedan interrumpidos por alambradas de espino con las que los ganaderos cierran los prados para que no salga el ganado (y para que no entren los peregrinos, malicio yo), forzándonos a saltarlas o a agacharnos para pasar por debajo con la



Camino embarrado

ayuda del bastón. Por la maleza concentrada en algunos tramos, deduzco que estos obstáculos consiguen disuadir de su ruta a muchos de ellos. Alambradas, perros agresivos y senderos embarrados por las pisadas de las vacas. Vacas a las que les han quitado los cuernos, «se los queman para que no se hagan daño entre ellas, porque son muy malas» –eso nos dijeron– y que en muchos casos están confinadas en un terreno que, más que prado, es un lodazal. Hasta llegamos a encontrarnos, su hedor nos lo anticipa, con los restos de un animal que por su aspecto parece un lobo, aunque tal vez sea solo un perro. De vez en cuando he de pararme para esperar a los que vienen al final con mi compañera. Me detengo unos minutos hasta que se acorta la distancia, digo unas palabras de ánimo y prosigo la marcha; si se quiere acabar la etapa durante esta jornada, no hay más remedio. Continúa el ascenso hacia La Espina y nuestro

andar cansino, también. A nuestra derecha va quedando la carretera, que no vemos más que de vez en cuando y que cruzamos en una ocasión. Al cabo de algo más de dos horas, empezamos a llanear. En Pereda bebemos agua de la fuente y nos sentamos a comer el bocadillo en las escaleras de su iglesia. Hay buen ambiente entre nosotros. Nuestro fotógrafo realiza alguna fotografía e intercambio con él un comentario cordial, elogiando la suerte que tenemos al contar con alguien que vaya documentando gráficamente cada etapa. Al poco de haber reanudado la marcha me adelanta y con tono de voz muy airado me advierte que deje de meterme con él y de criticar su cámara fotográfica. No respondo nada; tampoco dice nada el joven paciente con quien voy conversando y que me iba diciendo –en sentido metafórico– que «a veces se le tuerce la cabeza», pero soy consciente de esta señal de alarma y de que habrá que prestar

especial atención a su evolución e informar a su terapeuta del CSM, por si resultase necesario ajustarle el tratamiento psicofarmacológico. El resto de los 18 kilómetros del trayecto transcurre sin incidencias y a un ritmo mucho más ágil del previsto. A la cabeza del grupo va siempre uno de los dos que están alojados en una pensión, el que en mi opinión lleva en su mirada las huellas de un sufrimiento tan profundo. Esto es lo que dice de él uno de sus compañeros:

*Aparte de la vivencia personal de cada uno y de las vicisitudes que pasamos (barro, lluvia, calor...), destacaría las ganas y el ímpetu de este compañero, pues tiraba de nosotros como si se tratara de una liebre en alguna prueba de atletismo.*

Sellamos la credencial en el albergue de Tineo, cuyo aspecto sigue tan descuidado como cuando Charli y yo sellamos las nuestras y, de paso, a través del libro en el que los peregrinos realizan anotaciones, nos enteramos de que Camelia, la estudiante de Arquitectura de Madrid, había tenido que abandonar el Camino en esta localidad debido al mal estado de su pie. Posteriormente nos dirigimos en grupo a una cafetería y cuál no sería nuestra sorpresa al encontrar acomodado en el mejor sitio al paciente que ocho meses antes, en Astorga, se mostraba sumamente dependiente y que esta tarde nos aconseja «tomar un chocolate tan rico como el suyo». Comprobamos que, efectivamente, el chocolate está tan bueno como nos había asegurado. A continuación tomamos el ALSA, que nos dejó en Oviedo a las 10 de la noche.

Otras impresiones de esta misma etapa:

*La etapa Salas-Tineo fue también bastante dura. Recuerdo la llegada a Tineo. Un compañero nos comunicó que habíamos llegado a la meta propuesta por esta vez, pero nos recibió un enfurecido perro que, por suerte, estaba encadenado.*

*En Tineo vimos la iglesia y un sacerdote muy amable nos estuvo explicando todo sobre los santos del Museo de Arte Sacro<sup>21</sup>. Siempre cobraban algo, pero a nosotros, no. Lo que restaba era sellar la credencial del peregrino, hacer un reposo y, de vuelta a Oviedo, tomar el autobús del ALSA. Llegamos a las 10 de la noche.*

*Yo casi siempre iba rezagado y contemplándolo todo. Recuerdo que nunca llevé bastón ni cayado ni nada que se le pareciera.*

#### 4ª Etapa: Tineo-Pola de Allande

Realizamos esta etapa dos semanas después, el 29 de marzo. El primer tramo no plantea dificultades y la llegada al monasterio de Santa María la Real de Obona, a 7,9 kilómetros de Tineo, constituye un regalo para los sentidos de esos que perduran en el recuerdo. En el bar del pueblo nos proporcionan las llaves de la iglesia, en cuyo interior, colgando del techo, se encuentra el Cristo de Obona, la bellísima talla románica del siglo XII. También recorreremos las ruinas del claustro y las dependencias conventuales y lamentamos el incomprensible estado de abandono del importante centro benedictino de antaño, cuyos monjes auxiliaban a los peregrinos en su camino hacia Santiago. Imagino su restauración y la escuela-taller que se podría crear aquí, que proporcionaría empleo a nuestros peregrinos. Por unos instantes, todos participamos de este doble anhelo e «inspeccionamos» el lugar con ojos de contratista, arquitecto, aparejador, albañil, carpintero o cantero, dispuestos a promover la rehabilitación de este conjunto monacal tan relevante dentro de la ruta jacobea que el propio rey Alfonso IX despachaba y firmaba documentos aquí y hasta amenazaba a «todo aquel que osara desviar a

21 En realidad, como ya se ha indicado anteriormente, la visita al Museo de Arte Sacro se había realizado cuatro meses y medio antes, coincidiendo con una ruta por la zona.



El Cristo de Obona

los peregrinos de su pola de Tineo y Obona» (Ayuntamiento de Tineo, s.f.).

Cuesta salir de Obona<sup>22</sup> y dejar entre las piedras de este rincón mágico el proyecto de integración laboral (el verdadero escollo de la rehabilitación de los enfermos mentales) que acabamos de soñar, pero no queda más remedio que seguir. Reemprendemos la senda a través de un castañedo y voy especialmente atenta a la señalización para que no ocurra lo mismo que la vez anterior, que me salté la señal en dos ocasiones, una a la altura de Berrugoso y otra en Colinas de Arriba, con la consiguiente pérdida de tiempo. En un momento dado hemos de vérnoslas con un barrizal en el que se nos quedan las botas «enterradas», ralentizando nuestro paso. Afortunadamente, consigo no

equivocarme en ningún momento. No quiero imaginar las quejas que habría tenido que escuchar de no haber sido así, sobre todo por parte del paciente de más edad, cercano a la sesentena, siempre empeñado en tirar por la senda más limpia, ancha y asfaltada, que no suele coincidir con la que hemos de tomar, y que cada vez que nos encontramos en alguna encrucijada mal señalizada, suele gritar enfadado, soliviantando al resto: «Conchita, ¿qué va a ser por ahí? ¿No ves que por ahí está mal y hay mucho barro? Es por aquí». Su actitud contrasta con la más conciliadora de otro paciente que, para quitar el barro que llevamos incrustado en los bajos de los pantalones, nos aconseja hacer lo mismo que él tiene previsto realizar en cuanto llegue a su casa: meterlos en remojo en «Wipp Express».

A pesar de los contratiempos, continuamos ajustándonos al ritmo de marcha previsto. Al pasar por Porciles, a 4,8 Km de Pola de Allande, me hace ilusión hacer una pequeña parada para que puedan ver la tienda-bar del pueblo,

<sup>22</sup> Años después, coincidiendo con mi jubilación, mis compañeros del «Centro de Salud Mental Naranco» me regalaron un cuadro del Arco del Monasterio de Obona, del pintor José del Riego.



Arco del monasterio de Obona

una auténtica «joya etnográfica» y escenario de una de las anécdotas más «memorables» de mi primer Camino. Aquel anochecer (faltaban unos minutos para las 9) pasamos muy deprisa por delante del establecimiento, pues como nos habíamos confundido dos veces de ruta, habíamos perdido más de una hora y la noche se nos estaba echando encima. Yo ya iba pensando en la ducha que me daría al llegar a Pola de Allande y en la cena con la que nos homenajearíamos en la «Nueva Allandesa» cuando salió a nuestro paso, casi cortándonoslo, un chico de unos 30 y

pico - 40 años. Era Jose, el hijo del propietario del bar:

— *¿Son ustedes peregrinos? Si quieren, pueden quedarse a dormir en la casa de mi hermano. No tiene ventanas, pero este verano se quedó a dormir allí mucha gente. Está a punto de hacerse de noche y no les aconsejo seguir caminando. Pueden cenar en el bar de lo que traigan y luego les acompaño a la casa de mi hermano.*

Aceptamos su invitación, halagados de que alguien «validase» nuestra condición de peregrinos y dispuestos a aceptar lo que el Camino nos ofrecía. Entramos en el bar, uno de esos locales con estantes de madera en el que aparecían expuestos todo tipo de artículos, desde fruta hasta unas zapatillas, pasando por una cafetera de porcelana o un apero de labranza. Varios hombres del pueblo estaban tomando un vaso de vino y conversaban con el dueño, situado detrás del mostrador de madera. Uno de ellos me reconoció y dijo que había tenido una consulta conmigo en el HUCA. Le preguntamos a Jose si podría prepararnos algo de cena y nos pasó a la cocina. Cenamos la sopa que a él y a su padre les había quedado del mediodía, una tortilla de jamón, un racimo de uvas y un chupito de orujo de un pueblo cercano, Celón. Mientras cenábamos, nos habló de su reciente visita a la exposición de *Las Edades del Hombre*, en Palencia, así como de los vaqueiros de alzada:

*No sé, pensaréis que soy racista, pero son distintos. Aquí en el pueblo viven algunos y alguno está ahora en el bar. Tienen la tez y el pelo más claro; los ojos de colores mezclados, como grises verdes. Tienen la zancada más larga y hablan de forma diferente, pese a llevar muchos años aquí.*

Cuando los clientes del bar se fueron marchando, se unió a la tertulia su padre. Antes de irnos a dormir, nuestro simpático hospedero nos presentó a sus perros. Además de la pequeña y amistosa Chusi, que nos había acompañado durante todo el tiempo, afuera estaban atados un hijo de esta, Euro, y dos perros de caza y aspecto muy cariñoso, uno de los cuales se llamaba Adonis. Eran más de las 12 de la noche cuando nos llevó a nuestro alojamiento, que no era la casa deshabitada con las ventanas tapiadas que yo había imaginado, sino una en construcción con las paredes de ladrillo sin revestir, el techo a medio hacer y que, efectivamente, no tenía ventanas; tampoco tenía puertas, solo los huecos. Nos dio a elegir entre la planta baja y los otros dos pisos. Optamos por la baja, donde

había menos corrientes de aire. Extendimos los sacos de dormir en el espacio existente entre un coche y un montón de arena. Una ventana de aluminio que estaba arrimada a la pared nos sirvió de parapeto para el frío que entraba por uno de los huecos. No pasamos precisamente una buena noche. Aunque el coste de la cena fue económico, pagamos caro aquellas horas de divertida charla, entre arreglarnos para «acomodarnos» con la única iluminación de la linterna, el frío, la dureza del suelo y los intermitentes e inquietantes ruidos sospechosos (¿un gato, una rata?) que cada poco nos sobresaltaban.

Pero esta tarde, para decepción propia y no sé si de los demás, nada puedo mostrar, pues nada queda de aquella vetusta tienda-bar que tanto me había gustado, ahora transformada en un «moderno» establecimiento.

Como contrapartida, al llegar a Pola de Allande, su amable párroco nos sella la credencial y nos hace una visita guiada de San Andrés, templo gótico de principios del siglo XVI. No volveremos a tener más visitas guiadas hasta que lleguemos a Santiago. Esta también será la última etapa en la que utilizamos el transporte público. A partir de aquí nos desplazaremos en un autocar contratado por el SESPA.

Antes de subir al ALSA, aprovechamos para limpiar nuestras botas en un regato y para tomar algo en el Hotel Restaurante «Nueva Allandes», en donde mi compañera y yo compramos unas raciones de repollo relleno, una de las especialidades de la casa, para la cena de nuestras familias.

La llegada a Oviedo se produce a las 21:30 horas. Hasta ahora hemos caminado 92,3 kilómetros; nos quedan pendientes 230,7 kilómetros.

Transcribo una parte del correo electrónico –dando cuenta del «balance» del proyecto que estábamos llevando a cabo– que con fecha 3 de abril 2001 le escribí a Wendy Molina, la joven estudiante de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA) de El Salvador, quien

también trabajaba en la organización de mujeres con la que contacté durante mi estancia en ese país en septiembre de 2000 y que una tarde me llevó a visitar el Jardín de las rosas<sup>23</sup>:

*En el año y pico que llevamos saliendo, estos pacientes han roto el aislamiento y algunos, a pesar de sus delirios y de sus alucinaciones, se están percibiendo –y los demás también– como seres humanos capaces de disfrutar, de superarse, de relacionarse, de intentar otros retos. Cuando iniciamos estas actividades, todos decían que estábamos locas. Ahora no sé lo que piensan, pero viendo la evolución favorable apreciada en ellos, parece que consideran que se trataba de un proyecto que merecía la pena. Ya hemos realizado 92 de los más de 300 kilómetros que nos quedan para llegar a Santiago de Compostela. No sé si llegaremos hasta el final, pero a pesar de las ampollas o del cansancio y hasta de las caídas en el barro cuando llueve (como le pasó el otro día a uno que camina con más dificultad porque tiene una prótesis de cadera), esas cuatro etapas que hemos realizado y su cara de satisfacción al acabar cada una de ellas o cuando nos ponen un sello en la parroquia correspondiente, no nos lo podrán quitar nunca.*

## 5ª Etapa: Pola de Allande-Berducedo

Salimos de Pola de Allande el 10 de mayo. La mala experiencia que en mi anterior Camino tuve en esta etapa me sirve para no repetir los errores ocasionados por la deficiente señalización y nos permite salir a tiro fijo del centro urbano y encarar sin despistarnos la subida al

Puerto del Palo. En mi opinión, esta es una de las etapas más duras del Camino Primitivo. Ignoro el motivo por el que a este puerto se le denomina así, pero hace honor a su nombre.

Al inicio del ascenso nos sirven de guía las flechas amarillas pintadas en el suelo que, según informa el vecino de la última casa de El Mazo, «las pintó hace 11 años uno que pasó por allí con una brocha y una lata de pintura y desde entonces no volvió a pasar nadie más». En los tramos en los que no las vemos, la otra referencia son las columnas de alta tensión que me entretengo en ir contando para hacer más llevadera la subida. Pasa a nuestro lado un pequeño zorro que huye velozmente en cuanto nos oye. Continuamos el ascenso; parece interminable. Una parte del grupo camina muy despacio y he de ir parando cada pocos minutos, hasta que vuelvo a avistar a mi compañera y a los dos o tres más lentos que van fumando junto a ella. En cuanto los vuelvo a ver, espero un poco y retomo mi andar para evitar que ralenticen la suya todavía más. No son muy positivas las «vibraciones» que me llegan desde esa parte de atrás, pero no queda más remedio que continuar.

El sonido del motor de un coche anticipa la carretera que a los pocos metros tenemos ante nosotros. Un cartel informa que ya hemos llegado al Alto del Palo, la cota más elevada del Camino Primitivo, 1.146 metros.

No me dejo engañar por las señales de cerámica de la concha amarilla con fondo azul que algo más allá están colocadas en un mojón y que la vez anterior por poco nos llevan en sentido contrario, en dirección a la primitiva ruta de los Hospitales, la otra variante para ascender al Palo y que no pasa por Pola de Allande, sino que viene directamente desde Campiello.

Reponemos fuerzas en la «Fonte las Mujeres». El peregrino más vivaz y divertido del grupo, que frecuentemente nos dice que les tenemos que dar clases para «aprender a ligar» y al que se le escapa una chispa pícara por los ojos y por la sonrisa que asoma entre canosa

<sup>23</sup> El Jardín de las rosas se encuentra en el «Centro Monseñor Romero», en San Salvador, y es el sitio en el que en noviembre de 1989 fueron asesinados los mártires de la UCA, entre quienes se encontraba el psicólogo, filósofo y sacerdote jesuita español Ignacio Martín Varó, uno de los padres de la psicología social y comunitaria.

su barba, evoca lo que para él ha sido lo más relevante del ascenso a este puerto, la gran novedad del día: «el canto del cuquiellu», el cuco, y «lo rápido que corría el raposu», el zorro. El rendimiento académico de este paciente fue excelente hasta que debutó su enfermedad, cuando cursaba COU –equivalente al 2º de Bachillerato actual– y, según su familia, su único contacto con el Ejército fueron las dos semanas de estancia en la enfermería del Centro de Reclutamiento para ser declarado no apto para el Servicio Militar. Sin embargo, cada vez que sufre una descompensación psicótica, se muestra un experto en cuestiones bélicas y realiza un relato coherente y pormenorizado de las misiones militares en las que cree haber participado, desde la Guerra de Bosnia hasta el 23-F, en donde afirma haber estado bajo las órdenes de un determinado militar.

Transcribo seguidamente otras impresiones de la subida al Palo, como muestra de que cada cual lo cuenta según le va en la feria. La primera corresponde al paciente del que un compañero dijo que siempre iba delante y tiraba del resto del grupo; la segunda es la apreciación del de más edad, que tiene gran aversión a los caminos embarrados:

*En el Puerto del Palo me sentí desfallecer.*

*En Pola de Allande, Conchita nos dijo que teníamos que subir el Puerto del Palo, que era muy pendiente, pero parecía que Dios nos ayudaba. Estaba un día fresquito y como no hacía calor, lo subimos muy bien, aunque está a una altura de 1.200 metros de desnivel.*

Al poco de iniciar el descenso, este portavoz oficioso de los que siempre pugnan por caminar por lo asfaltado, resulte pertinente o no, se resiste a avanzar por la zona de bajo matorral por donde transcurre la primera parte de la senda. No cedo a sus protestas y continuamos hacia adelante. Un conjunto de cuadras y de casas de piedra con techos de pizarra indican que ya hemos llegado a Montefurado, más silencioso aún

que la otra vez, cuando el único «rastros viviente» que encontramos, aparte de unos perros que por allí pululaban y que ni siquiera se molestaron en ladrarnos, fue un hombre de unos 40 años, único habitante de aquel lugar, según dijo, e indiferente a nuestro aspecto calamitoso tras varias horas chupando viento, frío, lluvia y niebla. Le habría agradecido enormemente que nos hubiese ofrecido una de aquellas cuadras para pasar la noche, pero en vez de eso, se limitó a recomendarnos, con la mirada abstraída en el humo de su cigarrillo, que continuásemos el recorrido por carretera, «que está mejor porque no tiene barro». Recuerdo que aquella tarde me pregunté qué demonios hacía yo allí, en un día tan infernal, siguiendo una tradición de más de mil años de antigüedad creada por un rey de Asturias y un obispo de Galicia y en cuyo origen, los motivos de tipo crematísticos no parecía que hubiesen estado muy a la zaga de los religiosos. Recuerdo asimismo que lo que a continuación me dije sobre mi proceso de búsqueda difuminó de un plumazo el enfado y los reproches que acababa de hacerme.

No sé a ciencia cierta qué estarán pensando los peregrinos que hoy me acompañan, pero en este momento se palpa bastante tensión. El cansancio y el mal estado de los pies de alguno están pasando factura y contribuyen a su desánimo. Mientras que mi compañera camina con los que van en la «retaguardia» y les cura los pies, a mí me toca «arrear» al grupo, calibrando hasta qué punto puedo tensar la cuerda, pero con cuidado de que no rompa para que consigamos llegar «ilesos» al final de la etapa. Soy consciente de que en ese momento muchos de ellos piensan que soy muy dura y no es agradable ser percibida de ese modo; supongo que a ella tampoco se lo resultará el tener que escuchar las quejas de los de atrás ante mi «falta de piedad». De cualquier modo, es posible que ninguno de los dos roles resulte excesivamente cómodo.

En Lago, el paciente que en la tercera etapa estuvo referencial<sup>24</sup> y que no me consta que hoy haya efectuado ninguna fotografía, se apoya en la barra del quitamiedos de la carretera, decidido a no dar un paso más. A su lado, haciendo bloque con él, cinco de los catorce pacientes que nos acompañan. El tiempo de descanso y la exposición de los motivos por los que necesitamos avanzar un poco más para ajustarnos al plan previsto y disponer de autocar hasta Santiago, ayudan a que acepte caminar hasta Berducedo. Cuantitativamente no es mucho lo que hemos caminado, solo 14,7 kilómetros, pero «cualitativamente» han supuesto una importante inversión de energía a todos los niveles.

Menos mal que hoy no tenemos la incertidumbre de la noche en la que Charli y yo llegamos aquí chorreando agua de los pies a la cabeza, pidiendo posada en la única casa que durante el verano había hospedado a peregrinos. Cuando su dueña nos abrió la puerta, nos miró de arriba abajo durante unos segundos eternos y, después de varios rodeos, concluyó que, dadas «las condiciones que traemos, nos dejará pasar, pero cobrando algo porque tienen necesidad». Ni que decir tiene el peso que se nos quitó de encima ante la perspectiva de una noche bajo techo. En la salita, situada enfrente de la puerta, estaban reunidas cuatro o cinco personas. Nos quitamos las botas y las pusimos a secar al pie de la cocina de carbón. La hija me entregó una toalla para cambiarme de ropa en el baño y, sin pensármelo dos veces, me di una furtiva y rápida ducha que me hizo entrar en calor y sentirme nuevamente «persona». La patrona nos urgió a cenar, ya que su otra hija, la que trabajaba en Oviedo, estaba a punto de llegar y deseaban cenar en familia: «Si los familiares que están en casa de visita fuesen hermanos, no habría problema, pero son sus cuñados». Ce-

namos un trozo de empanada de carne y otro de un bizcocho que empezó para nosotros, así como un tazón de leche caliente y una cucharada de miel. Seguidamente, sin demasiadas sutilezas, nos indicó que nos recluyéramos en el dormitorio y que, en caso de precisar, utilizásemos el orinal que había debajo de la mesita de noche. Afortunadamente, la noche transcurrió sin tener que recurrir al artilugio de plástico situado equidistantemente entre las dos camas. A la mañana siguiente, después de desayunar y de pagarle 6.000 pesetas, me entregó un palo que avellano para que me sirviese de apoyo en el camino, «a cambio de que al llegar a Santiago rezase un Padrenuestro por su ciática».

Esta tarde, nuestro grupo no tiene «visita cultural»: las portillas de la iglesia están cerradas con cadenas y candado. Reponemos fuerzas tomado algo en el bar que hay al lado del estanco, en el que Charli y yo ya habíamos estado la vez anterior.

De regreso a casa, en el autocar vemos *La vida es bella*, la emotiva película italiana de Roberto Benigni en la que un padre consigue salvar a su hijo de la brutalidad del campo de concentración nazi haciéndole creer que están compitiendo en un juego en el que el primero que consiga los puntos requeridos obtendrá como premio un tanque de combate. En etapas posteriores, el argumento de esta película nos dará mucha cancha para redefinir determinados obstáculos y los kilómetros que conseguimos avanzar como «puntos que vamos acumulando para conseguir el tanque», como refiere el siguiente paciente, quien se había incorporado al grupo pocos meses antes, en pleno proceso de duelo por el repentino fallecimiento de su mujer:

*Destacaría el lado positivo y anecdótico que sacamos de «La vida es bella», una película que vimos en el autocar, pues cada pocos kilómetros íbamos pensando en los puntos del tanque que habíamos ganado.*

24 El Diccionario Médico de la Clínica Universidad de Navarra (2022) define este término como «interpretación incorrecta de incidentes casuales y de acontecimientos externos, como si se refirieran directamente a uno mismo. Si alcanzan cierta intensidad pueden dar lugar a delirios».



Puente de madera

A las 21:30 horas, el autocar nos deja sanos y salvos a la entrada de la antigua estación de los ALSAS de Oviedo.

## 6ª Etapa: Berducedo-Grandas de Salime

Volvemos a ponernos en ruta el 31 de mayo. Hace muy buen tiempo, luce un sol que de momento no molesta y el cielo está muy azul. Los primeros 4,4 kilómetros transcurren sin problemas. Pasamos de largo por el albergue de La Mesa, el típico edificio rojiblanco de los años 60 destinado originalmente a servir de escuela y, en mi opinión, el mejor de los visitados hasta el momento (limpio, nuevo, con varias literas, dos baños y cocina eléctrica). Transcribo lo registrado en mi cuaderno aquel 8 de octubre de 1999:

*Estoy en el albergue de La Mesa. Es viernes de noche. Acabo de andar de cacería de arañas y después he salido a ver las estrellas. No recuerdo haber visto nunca a la Osa Menor tan baja, casi en la línea donde el suelo deja de serlo. Esta tarde salimos de Oviedo a las 4. Fue un viaje horroroso. Hasta La Espina vine adormilada la mayor par-*

*te del tiempo, como en mis años de mocedad, y tuve que tener cuidado para no caerme sobre el hombro de la estudiante de Geológicas que venía sentada a mi izquierda. El autobús iba casi lleno. En Tineo se subió mucha gente, por lo que media docena de viajeros, estudiantes probablemente de la Escuela de Selvicultura, tuvieron que ir de pie. A partir de esa localidad empecé a sufrir uno de los mareos más molestos que he padecido nunca. Un poco antes de Pola de Allande, aprovechando que quedaron libres varios asientos, me senté en la parte delantera del autobús, al lado de un anciano bien conservado que en la solapa de su traje azul marino traía una insignia de algo así como «requeté» o «alférez provisional», no recuerdo bien. El buen señor se desvivió por hacerme el viaje agradable y por aminorar mi mareo: me recomendó no mirar el vídeo que proyectaban («El libro de la selva», de Walt Disney), me tapó la espalda con mi forro polar y le pidió al conductor bolsas para el mareo. En*

la parada de Pola de Allande me invitó a tomar un café, aunque decliné su invitación, y me colocó bien el cuello del forro polar que yo acababa de ponerme. Cuando el autobús reanudó la marcha, me fue informando de los habitantes de las aldeas que fuimos atravesando o vislumbrando a lo lejos, así como del motivo del fallecimiento de sus últimos habitantes. Lástima que yo no me encontrase en mi mejor momento para «aprovechar» sus informaciones. El anciano también se apeó en Berducedo, recomendándole a Charli que cuidase bien de mí.

En el bar donde el domingo anterior matamos el tiempo esperando la llegada del autobús, tomé una manzanilla y nos regalaron una baraja para entretenernos esta noche. Luego, con gran malestar aún, entramos en el estanco de al lado, donde vendían desde una caja de puntas hasta fruta, y encargamos una tortilla de patata que la estanquera nos preparó en un santiamén. Mientras nos la envolvía en papel de aluminio, nos dijo que ellos

también tenían un taxi, pero que acababa de ir a llevar a Anacleto, que así se llamaba mi gentil compañero de autobús, el cual había vivido muchos años en Argentina, después había conseguido una paga de guerra y ahora vivía en Oviedo, pero seguía viniendo a su pueblo siempre que podía.

En un abrir y cerrar de ojos, el otro taxista del pueblo nos trasladó a La Mesa y nos reencontramos con Anacleto, que fue a buscarnos las llaves de este albergue del que somos los únicos ocupantes.

Después de cenar, nos hemos entretenido leyendo el Libro de Registro de la «Asociación de Amigos del Camino de Santiago» y nos enteramos de que dos días antes ha pasado por aquí un peregrino de 68 años, un coronel de artillería jubilado que viene desde Burgos. También nos informamos de las experiencias y sugerencias de otros peregrinos, un tercio aproximadamente de procedencia extranjera. Nos llaman la atención algunos co-



Los peregrinos del CSM de Otero a su paso por el Albergue de La Mesa

*mentarios: «Medio de desplazamiento: sobre ampollas», dejó escrito una de las peregrinas; otra ironizaba sobre «el señor al que en Pola de Allande se le debió de acabar la pintura», en referencia a las flechas amarillas del ascenso al Puerto del Palo. La mujer del alcalde resulta ser un personaje polémico: una pareja alemana explica que no ha dejado donativo para el mantenimiento del albergue porque le había arrojado una piedra a su perrita (de apenas 2 Kg de peso) cuando perseguía a una de sus gallinas; en cambio, otros agradecen los huevos que aquella les ha regalado.*

En lo que a Charli y a mí respecta, he de decir que la protagonista de tan controvertidos comentarios, la mujer del alcalde, fue sumamente amable y, además de proporcionarnos el listín telefónico de los taxis de la zona, nos abrió la iglesia, que habíamos supuesto cerrada: «Es que no empujasteis bien», nos dijo. Agradables fueron también los momentos de conversación que en nuestro recorrido por el pueblo mantuvimos con quien dedujimos que era su suegro, un hombre afable que nos contó que su hijo y varios vecinos más habían constituido una cooperativa y que otro hijo suyo vivía en la única casa habitada de Buspol.

Regresando a la etapa de hoy, los dos kilómetros siguientes transcurren a través de una pista sin asfaltar que se adentra entre pinares tras una pequeña cuesta. Del total de los 323 kilómetros por los que transcurre el Camino Primitivo, el siguiente tramo, el comprendido entre Buspol y el embalse de Salime, es el que más me preocupa. Es de difícil acceso y en el supuesto de que suframos algún percance, el rescate por carretera o mediante helicóptero sería complicado. Por otra parte, temo que su gran desnivel (760 metros en 3,6 kilómetros) pueda afectar a las articulaciones del paciente con prótesis de cadera, quien suele realizar comentarios ingeniosos que denotan una elevada capacidad intelectual. Hoy viene atrás del todo,

lo que no es habitual en él, cargando con una pesada mochila en la que nunca falta su saco de dormir. Su marcha es más claudicante, su mirada es hostil y presenta signos de actividad delirante. Desde el otro lado de la carretera le digo que, puesto que su estado físico no es muy bueno y tendremos que salvar un desnivel muy grande en muy pocos metros, es aconsejable que utilice el autocar, que está de apoyo para situaciones excepcionales como esta, que nos reencontraremos con él en el embalse de Salime y que no se preocupe, que no por eso dejará de ser acreedor de la Compostela, pero continúa caminando, mientras susurra algo para sus adentros. Mimetizado con él como una sombra amiga, tanto por su estatura y complexión física como por su edad, camina silenciosamente el paciente que en la primera etapa me había pedido que le anudase la bota. No me consta que entre ellos exista una relación de amistad, pero parece que ha captado que su compañero necesita que alguien le transmita apoyo. Es obvio que ejerce sobre aquel una acción tranquilizadora y que en esos momentos es la única persona que puede tolerar cerca.

A la entrada de Buspol nos encontramos con una joven rubia de 21 años que va guiando a las vacas. Nos saluda sonriente, con ganas de entablar conversación, y nos acompaña hasta la preciosa capilla situada al lado del caserío, que parece sacada de la ilustración de algún cuento infantil antiguo. Es una pequeña construcción de mampostería de pizarra cubierta de losa a tres aguas. A través de la reja de madera que separa el portal de la única nave, un retablo rústico policromado con las imágenes de tres santos que ni ella ni nosotros sabemos identificar. Me sorprende y agradezco que ningún desalmado lo haya expoliado. Al instante, reaparece la joven ganadera, que ha ido a preguntárselo a su madre (por lo que deduzco que es la nieta del padre del alcalde de La Mesa) y nos explica que la capilla está bajo la advocación de La

Magdalena y que «los otros son Santiago y San Antonio, unas figuras muy viejas»<sup>25</sup>.

Antes de iniciar la bajada hasta Salime, echamos un vistazo al paisaje, con Grandas en la lejanía. Les digo a los pacientes que vamos a caminar despacio para no forzar mucho las piernas. Gran parte de la senda transcurre entre pinos, castaños y robles. A mitad del descenso, en una zona de densa arboleda, tiene lugar la «escena temida»: el paciente que tiene implantada una prótesis de cadera se sienta en el suelo y exclama que de allí no lo mueven ni Dios ni Pancho Villa ni Emiliano Zapata. Le respondo, con el tono de voz más despreocupado que puedo aparentar, que no se preocupe, que no tenemos ninguna prisa, que descansaremos todo lo que necesite y que la enfermera tiene una pomada muy buena que le va a aliviar el dolor. Mientras mi compañera la extrae de la mochila, me siento en el suelo. A sabiendas de sus simpatías por la revolución mexicana y en un intento de «quitar hierro» a la situación, empiezo a cantar el corrido de *Juan sin tierra* popularizado por Víctor Jara, una de cuyas estrofas menciona a este líder revolucionario<sup>26</sup>, que él secunda inmediatamente. La tensión se va diluyendo a medida que el Reflex hace su efecto y que realizamos a dúo un recorrido por otras canciones de tinte revolucionario, como la popular mexicana *Nuestro México, febrero 23*, divulgada por el grupo chileno Inti-Illimani (1969) que narra una de las gestas de Pancho Villa, o *Bella Ciao*, la popular italiana adoptada durante la Segunda Guerra como himno por los partisanos, que él conoce perfectamente. Mientras

tanto, los demás también se han ido sentando. Permanecemos allí un tiempo indeterminado, charlando tranquilamente de cosas diversas y disfrutando de las bondades de este día tan primaveral. Realmente, es cierto, no tenemos prisa. Calculo que ya estamos en el ecuador de la etapa. En esta época del año, los días son muy largos y lo fundamental es que consigamos llegar a Salime, donde el autocar puede recogerlos en caso de precisarlo. Cuando nos indica que se encuentra bien y que ya no le duele nada, reanudamos la marcha. Con el pretexto de contemplar la vista panorámica que se ha ido abriendo ante nosotros, y para que su cadera no se resienta demasiado (aún recuerdo lo mucho que la vez anterior me dolía a mí una de mis rodillas), realizamos frecuentes paradas. En las profundidades del valle, bordeado por las montañas que separan Asturias de Galicia, las aguas embalsadas del río Navia reflejan el azul de un cielo limpio de nubes. En el lado opuesto al nuestro se divisa el poblado utilizado por los obreros que realizaron las obras del Salto de Salime, una impresionante obra de ingeniería concluida a mediados de los años cincuenta del siglo pasado.

Llegamos al embalse unas tres horas después de haber iniciado el descenso. Respiro aliviada de volver a tener acceso por carretera. De un lado, el río Navia; del otro, el embalse. Unos cuatro obreros están trabajando con una grúa y siguen a lo suyo, sin reparar en nosotros. Hacemos una parada para comer. Luego vamos dejando atrás el entorno del salto de agua; por mi parte, sin pena. La proximidad de un lugar de ese tipo siempre me ha resultado un tanto inquietante, con tanto volumen de agua contenida entre sus muros. Pasamos al lado de unas casas, pero no vemos ni escuchamos señales de presencia humana. Supongo que es Salime, pero no podría asegurarlo. Ningún letrado indica en qué lugar estamos. La vez anterior se lo pregunté a un hombre que venía en dirección contraria y que, encogiéndose de hombros, me respondió: «Eu non son de aquí». Hoy no me aventuro a preguntárselo al único que nos encontramos unos cien metros más allá, dado su

25 Esta información se pudo contrastar posteriormente a través de la página web del Museo Etnográfico de Grandas de Salime (s.f.): la capilla, calificada como «un ejemplo singular de la arquitectura religiosa popular de la comarca», lleva el nombre de Santa Marina de Buspol y las imágenes corresponden a Santa Marina, Santa María Magdalena y San Antonio.

26 La referida estrofa de esta canción, compuesta en 1956 por el mexicano Jorge Saldaña, dice así: «Gritó Emiliano Zapata:/Quiero tierra y libertad/y el gobierno se reía/cuando lo iban a enterrar».

aspecto hosco y poco amigable, así que sigo sin despejar la duda. A ambos lados de la carretera, abundantes parras. No entiendo de viticultura, pero me da la impresión de que están abandonadas.

El tramo siguiente me genera muy pocas simpatías: cuatro de los cinco kilómetros que nos separan del final transcurren cuesta arriba, por carretera. No obstante, la buena temperatura contribuye a hacer más liviano este final de etapa que tan pesado se me hizo en mi primer Camino, con aquel calor agobiante que a cada paso que daba parecía que el asfalto me daba una bofetada. Los pacientes parecen llevarlo bastante bien y no hay quejas al respecto. Esta es la valoración realizada por uno de ellos:

*La sexta etapa, entre Berducedo y Grandas de Salime, fue más sencilla que las anteriores, solo una pequeña subida. Luego, todo bajar. Hacía mucho calor y los pies los llevaba llenos de ampollas.*

Sellamos nuestras credenciales en el albergue de Grandas de Salime, situado en los bajos del Ayuntamiento, al lado de las dependencias de la Policía Local. Está abierto, pero no hay nadie dentro, lo mismo que la vez anterior. También conserva el mismo aspecto cutre, muy diferente de la impecable apariencia del actual, abierto en 2011, tal como muestran las fotografías publicadas en Internet.

Siguiendo la estrategia del protagonista de la película de Begnini, mientras merendamos, recontamos los kilómetros que hemos recorrido y los que nos restan para obtener el «tanque de combate». Indudablemente, los que hemos conseguido hoy han sido bien merecidos. En lo concerniente al esfuerzo realizado por nosotras durante esta jornada, esto es lo que opina uno de los pacientes:

*Marisa y Conchita no sé cómo aguantaban tantas horas de caminata.*

De regreso a casa, nadie presta atención a la película que nos ha puesto el conductor del

autocar. Casi todos duermen. También descansa, con su abultada mochila en el asiento de al lado, el paciente que más merecidamente se ha ganado los 14,7 «puntos» correspondientes a esta etapa. La llegada a Oviedo se produce más tarde de lo habitual, a las 22:45 horas. A partir de ahora realizaremos dos etapas seguidas, por lo que la primera noche dormiremos fuera de casa y regresaremos al concluir la jornada del segundo día.

## 7ª Etapa: Grandas de Salime-Paradanova

El 20 de junio retomamos la andadura. Pasamos de largo por Grandas, sin detenernos a visitar su museo etnográfico ni la Colegiata del Salvador. Llegamos a media mañana, el día es muy soleado y no hay tiempo que perder. El verano está a punto de empezar y parece que ha decidido celebrarlo a lo grande. Tenemos ante nosotros una larga etapa, con un ascenso acumulado de más de 800 metros, mucho recorrido por carretera y varios tramos en los que se alternan las subidas y bajadas.

Está previsto que hoy entremos en Galicia y así lo anuncian el habla de sus habitantes, el tipo de construcciones y los topónimos de las poblaciones. Algo característico de esta etapa son las capillas que suele haber en cada uno de los pueblos, como la Esperanza de Malneira, una de las más bonitas en mi opinión, a pesar de su estado de deterioro. Cuando pasé por aquí la primera vez, una mujer que estaba desgranando fabes en la finca contigua informó que cada año un vecino se encargaba de organizar y de elegir la fecha de la fiesta del pueblo. Suponía que las obras de restauración de la capilla no se demorarían mucho, pues recientemente habían recibido la visita del Arzobispado. Dijo que ya podrían haber emprendido las obras, pero prefirieron esperar por «miedo a hacerlo mal, como ocurrió con otras capillas cercanas». Algo más allá se encuentra la capilla de San Lázaro, que formaba parte de la malatería de Padraira, en cuyas inmediaciones, según algunas leyendas, aún se escuchan los gemidos de los enfermos

de lepra que buscaban en ese sitio alivio para su dolencia.

Continuamos el ascenso al puerto del Acebo. No es tan pronunciado como el del Palo, pero se hace muy dificultoso debido al calor, que a estas horas del mediodía aprieta fuertemente, sin árboles que nos guarezcan (exceptuando el primer tramo, que transcurre entre pinares donde un cartel prohíbe «cojer» setas), y a los tramos por carretera. En Peñafuente, a 4,2 kilómetros del alto, en la fuente que hay junto a la iglesia de Santa María Magdalena, hacemos aprovisionamiento de agua y mi compañera se refresca los pies, que lleva muy hinchados. Algunos están muy afectados por el calor y hasta los muy fumadores prescinden del cigarrillo. Decidimos avisar al conductor para que recoja a aquellos que no se encuentren en condiciones de seguir caminando. Insisto en que no se trata de un fracaso, sino de una situación excepcional, que para eso disponemos de un autocar de apoyo y que no por ello dejan de hacerse acreedores de la Compostela, pues aún queda mucho hasta Santiago y lo importante es llegar bien. Entre los que se quedaron allí resguardados del calor están los dos amigos que comparten pensión, que siempre destacan por su espíritu de superación, uno de los cuales siempre va a la cabeza del grupo. A propósito de esta etapa, dicen:

*En la etapa de Grandas de Salime a Fonsagrada, con el puerto del Acebo por el medio, caminé unos 8 o 9 kilómetros. Luego, un grupo nos subimos al autocar y paramos en medio de un bosque; el resto de esa etapa anduve muy poco, casi todo en autocar.*

*Recuerdo haber llegado a la extenuación en una mañana de sofocante calor, no siendo el único que se vio en la necesidad de recurrir al autocar junto con otros compañeros.*

Y así lo relata otro caracterizado por su espíritu crítico, gran capacidad de influir sobre el

resto y que siempre iba atrás del todo, generalmente con expresión descontenta:

*Todos coincidíamos: había que llegar. Y quedaba tan lejos aquello de Santiago, porque los santos no se mueven, están quietos en sus iglesias o catedrales y hay que ir a buscarlos allí, rezarles allí, y todo lo demás sería caminar y caminar, subir y bajar puertos y cuevas, con la respiración fatigosa y la boca llena de áspera saliva, pero había que seguir para llegar un día, no sabíamos cuándo, pero había que llegar. Y luego el bosque, ese bosque intemporal y casi pétreo que nos hubiera hecho falta más adelante, en aquel día horrible cuando solo llegaron al final cinco valientes. Pero aquel día no había bosque, no había sombra, solo la sierra áspera con caminos polvorientos que destrozaban los pies dentro de las botas, caminos hollados por siglos de peregrinación constante, y sin embargo éramos nosotros los únicos. Nosotros y el reflejo abrasador del sol allá en lo alto, en lo más alto, como castigo secular e irremediable. Aquel día fue el sol y fue también la soledad y el no poder fumar, no podíamos fumar porque en la boca se formaba una pasta de saliva fatigada, y lo mejor de todo era caminar y caminar, caminar otra vez hasta una meta que aquel día se acortó ostensiblemente. Recuerdo desde el autobús las caras sudorosas, jadeantes, de deshidratación, con el pelo empapado por el sudor, de esos cinco valientes que llegaron. Una de mis compañeras se había quedado atrás, con los pies hinchados y enormes, lavándolos en una fuente para evitar que siguieran hinchándose.*

En el Acebo, situado a 1.093 metros de altitud, nos reencontramos con ellos, como relata este paciente:

*Hubo un abrazarse, un abrazar a aquellos cinco, y luego la calma, el silencio del único bar del pueblo. Fue el día que llegamos a Galicia, cruzando la «frontera», y yo creía que allí debería haber muchas personas buenas y hospitalarias esperando y rezando, porque también al sol se le reza para que no haga tanto calor y para que salga de entre las nubes en los fríos días de invierno. Habíamos salido un día de febrero, no sé cuál. Pero no hubo eso, no hubo mucha gente, no hubo recibimiento y yo me preguntaba por qué. No valía solo que fueran a recibirnos a Santiago, allí tenía que haber personas buenas que nos dejaran entrar en sus casas para darnos café y poder descalzarnos y sentir otra vez la sangre fresca dentro del cuerpo y volver a caminar al día siguiente. Sin embargo, aquel día en la soledad del bar, comprendimos que llegaríamos, que ya no habría más 41° y que en Santiago nos esperaba el Apóstol y don Celestino y el Deán de la catedral, y habría misa y botafumeiro volando por encima de nuestras cabezas, que sentirían a la vez miedo y alegría. Y entonces se nos fue un poco el miedo y resonó la alegría en el campo primaveral, con margaritas y agua, mientras atravesábamos la primera provincia de ese otro mundo, lejos y cerca, a mitad de camino. No hubo cigarras el día de los 41° y a mí eso me extrañó un poco, pero por qué extrañarse, aquello era del Norte y allí no había cigarras, solo lagartijas calentándose al sol y miles de mariposas amarillas, de las que dan suerte antes de morirse.*

La llegada a Galicia fue especialmente importante para quienes nunca habían estado en esta región, como el paciente que en Tineo nos aconsejó tomar un chocolate para reponer fuerzas:

*Anduvimos por todos los caminos de Asturias hasta llegar a los caminos de Galicia. Y subimos por un monte de kilómetro y pico que era muy costoso de subir. A veces nos metíamos por bosque y caminábamos por caminos estrechos.*

Tampoco pasa desapercibida para el que cuando fue a comprar tabaco en Grado se perdió del resto, una persona con un fondo personal muy bueno y entrañable, de los que aportan gran valor al grupo con su positividad. Realizó íntegramente el Camino de Santiago y muchas otras rutas posteriores, pero jamás le escuché una queja o protesta. Le recuerdo caminando, casi siempre con el cigarrillo entre los labios, con su semblante alegre y su característico andar rápido, aunque un tanto fatigado, posiblemente debido al tabaquismo. Es el mismo paciente que etapas atrás nos había asesorado sobre el procedimiento y el nombre del detergente más efectivo para limpiar el barro de los pantalones y el que en una ocasión les iba comentando a unos compañeros que caminaban a su lado el cambio que había introducido en su estilo de vida desde que formaba parte de este grupo de montaña:

*Ahora, por las tardes, en vez de fumar tanto y de ir al bar, tiro para la pista finlandesa o para el Parque de Invierno o el de San Francisco, que es más sano y además más barato.*

Su forma de expresarse, un tanto ceremoniosa, tanto verbalmente como por escrito, así como su sentido de la disciplina, parecen remitir en cierta medida a su trabajo en las fuerzas armadas, que hubo de abandonar cuando enfermó:

*Deseaba visitar Galicia, región desconocida para mí. Muy bonita, como me la imaginaba en una descripción bastante justa y parecida a mi tierra Asturias.*

Reiniciamos la marcha después de comer y de comprobar que todos se encuentran bien. A partir de ahora hay que prestar especial atención a las señales, puesto que el sentido de las vieiras más antiguas, que en esta zona son de madera, señalan una dirección y coexisten con las nuevas de azulejo con fondo azul adosado a un bloque de hormigón, que apuntan en la dirección opuesta. En Asturias, la parte estrecha de los haces amarillos indicaba la dirección a Santiago, simbolizando que de allí procede la luz, pero en territorio gallego, la parte ancha está orientada hacia el lugar en el que reposan los restos del Apóstol. Agradezco para mis adentros haber realizado esta ruta con anterioridad al recordar el tiempo perdido y el desconcierto que esta situación nos generó en la otra ocasión hasta que el chico que atendía el único bar que hay en este lugar aclaró nuestras dudas: «pasaron el pasado verano (el de 1999) poniendo señales nuevas y ahora las direcciones van al revés».

El paciente que tiene una prótesis de cadera, que hoy camina bien y no muestra signos de encontrarse mal ni física ni psíquicamente, comenta como de pasada su intención de subirse al autocar porque quiere «descansar tranquilamente y tomar unas copas por Fonsagrada». Lo que hasta ahora había sido un reto que se sentía orgulloso de superar, de repente pasa a un segundo plano. He de imponerme enérgicamente y hacer de mala de la película recordando que no disponemos del autocar para hacer turismo, sino como un elemento de apoyo para un caso de necesidad. Posteriormente intento motivarlo con el recuento de los puntos que estamos reuniendo para conseguir el tanque, de cuyo cómputo se ha convertido en el contable oficioso, pero en esta ocasión no le sirve de estímulo:

*Mira, Conchita, si te digo la verdad, lo único en lo que estoy pensando en estos momentos es en el pulpo que voy a comer al llegar a Fonsagrada.*

Sin embargo, todavía nos quedan 12 kilómetros para llegar a ese lugar. Tenemos ante nosotros tediosos kilómetros de carretera por la

que circulan muy pocos coches y que en parte transcurre entre pinares. Pasamos por pueblos en los que apenas se ve un alma y cuando se ve suele ser de aspecto muy huraño. No me fijo en el paisaje ni disfruto de las suaves montañas que vamos dejando atrás. En esta ocasión no tengo tiempo de pensar en impropiedades por la escasez de caminos no asfaltados y que cuando los hay están literalmente intransitables, aunque eso sí, con su nueveta señal al lado; tampoco en reparar si me duelen las piernas. Tengo bastante con lograr que sigamos avanzando y con que el grupo no se desmande, pues no es fácil calibrar hasta dónde se puede forzar. Por momentos, siento como si llevase conmigo una bomba de relojería que en cualquier momento puede explotar. Si realizar el Camino de Santiago en «condiciones normales» ya pone a prueba la resistencia física y mental de quien lo emprende y da lugar a tensiones y encontronazos propios de la convivencia estrecha, cuánto más en los integrantes de este grupo, con una mayor vulnerabilidad a los factores estresantes. Me preocupa que nos desviemos mucho del número de kilómetros estimados para cada jornada y que, si sobrepasamos el número de etapas previstas, el SESPA no acepte el sobrecoste correspondiente (autocar y alojamiento de los pacientes).

En Cabreira, una señora nos recomienda continuar por la carretera porque «o camiño está feito monte», el camino está hecho monte. No le hago caso. Ciertamente, su estado deja mucho que desear, pero nos sirve para descansar un poco del asfalto. Aunque todos vamos muy cansados, es necesario seguir avanzando. Afortunadamente, mi estado de salud de hoy no es como el de hace año y pico, cuando la fiebre y el dolor de garganta no me permitieron aprovechar aquellos días del puente del Pilar y al día siguiente nos vimos obligados a regresar a casa en el autobús de la línea «HERVEI», que nos condujo a Lugo capital, en donde tomamos el ALSA que nos llevó a Oviedo.

Esta tarde concluimos la etapa en Paradanova, a 1,7 kilómetros de su «final oficial», Fonsa-

grada. Por tanto, hemos avanzado 23,9 Kilómetros. Habría sido preferible llegar hasta esa villa de la que, por su altitud (952 metros), se dice que «nunca bajan los lobos, sino que suben», pero no me quiero arriesgar a rebasar el punto de resistencia grupal y a que haya un levantamiento general. Aunque este «desfase» nos pueda complicar un poco a la hora de «cuadrar» el resto de las etapas, espero que podamos «recomponerlo» en alguna de las sucesivas. Es muy pequeño el tramo que nos separa de ella, pero hay una subida considerable y prefiero no caldear más los ánimos. Si bien se ve a tiro de piedra, la vez anterior me parecía inalcanzable, allá en lo alto y, como se dice coloquialmente, «me costó Dios y ayuda» llegar hasta el final, tanto que, de haber podido, creo que no habría tenido ningún reparo en subirme a cualquier coche que hubiese tenido a mano. Extraña fue la impresión que aquella tarde de otoño tuvimos al llegar a la villa desierta con aspecto de endomingada, con los establecimientos cerrados, ningún transeúnte por las calles y un silencio solo roto a las 18:30 horas por el repique de las campanas de la iglesia martilleándome las sienes. En la farmacia a la que acudí en busca de alivio para el trancazo que traía encima, mientras Charli permanecía sentado en la plaza que hay junto a la iglesia, custodiando las mochilas, me informaron que la gente se había ido a Lugo a celebrar la festividad de San Froilán.

Pero la llegada de hoy a Fonsagrada es muy distinta de la otra: se produce en autocar. El ambiente que hay por la calle también es muy diferente, con algo más de vida, y la percepción que tengo de ella es mucho más amable que la de la primera vez, que sin duda estuvo sesgada por el mal estado físico en el que me encontraba. Admiro el encanto de su fuente y de la plaza de la iglesia, de los tejados grises de sus casas que dan cierta uniformidad al conjunto, pero, sobre todo, la amabilidad de sus gentes, siempre dispuestas a ayudar a los peregrinos. Sellamos la credencial y, al dirigimos al hostel en el que pernoctaremos, el paciente que en El Acebo había manifestado su intención de subirse al autocar para llegar aquí «descansado», el

mismo que pensaba en el pulpo que cenaremos esta noche, comenta sus planes con los compañeros: «Darse una ducha y, después de cenar, salir de discoteca».

Nos acomodamos en el «Hostal Cantábri-co», un establecimiento nuevo o recientemente reformado, limpiísimo, confortable, tranquilo y económico. Dada su ubicación y la buena atención que nos dispensan, será nuestro «campo base» hasta que nos hallemos literalmente a la entrada de Santiago.

Cenamos en la «Pulpería Caldeira», la misma en la que mi amigo y yo cenamos la vez anterior, aconsejados por dos señoras con aspecto de catequistas que en aquel momento salían de la iglesia. En mi opinión, allí sirven el mejor pulpo del mundo. Excepcionalmente, y por primera vez desde que este grupo de montaña inició su andadura, esta noche acompañamos la cena con una taza de Ribeiro. Después regresamos al hostel. El pueblo es muy tranquilo, no se ve el rastro de ninguna discoteca y aquel que tenía planes de acabar la noche en una de ellas, tampoco parece echarla en falta, a juzgar por el tono desenfadado de sus palabras:

*Algunos quedaron por el camino, pero ellos salieron perdiendo<sup>27</sup>. Nos encontramos con pueblos y gentes muy agradables, nos pegamos unas buenas raciones de comidas de pulpo y el buen beber y el buen yantar no nos faltó.*

Antes de irnos a dormir, la dueña del hostel, una mujer de unos 50 y tantos años sumamente amable y discreta, nos sirve lo que cada uno desea: cacao, leche caliente o café. El paciente que horas antes había manifestado interés en ir de copas, pide un café «muy cargado». Ella asiente, pero tras intercambiar una mirada de entendimiento conmigo, se lo sirve descafeinado y él elogia lo bien que sabe. Para prevenir las agujetas, algunos toman un paracetamol,

27 Se refiere a los tres pacientes que en esta etapa ya no nos acompañaron.

convertido desde ese día en la «pastilla para el cansancio». Al poco rato, todos estamos descansando en nuestras respectivas habitaciones.

Transcribo algunas opiniones sobre el alojamiento y las comidas por tierras de Galicia. Como ya he indicado, cada párrafo corresponde a un paciente:

*Pasando Asturias, ya en la provincia de Lugo, para no desaprovechar el viaje, pernoctábamos en pensiones y hacíamos dos etapas seguidas.*

*Estuvimos alojados en un sitio muy bueno y barato en el que nos atendieron muy bien.*

*El hostel al que íbamos a dormir por las noches tenía unas habitaciones muy bonitas.*

*También comimos el excelente pulpo a la gallega de Fonsagrada con una copa de Ribeiro. Una y solo una teníamos permitido beber porque, si a algunos nos dejaran, nos beberíamos unos cuantos litros hasta coger una gran tajada.*

*Lo que restaba, caía en territorio gallego, aproximándose la meta ansiada en que vendrían etapas de incluso dos días de duración en las que podríamos hacer paradas en agradables hospedajes y reponer fuerzas con maravillosas cenas de riquísimo pulpo acompañadas del vino Ribeiro de la tierra.*



La fuente de Fonsagrada

## 8ª Etapa: Paradanova-Paradavella

Al día siguiente, el autocar nos deja de nuevo en Paradanova. La jornada que tenemos por delante también es de las que yo considero muy duras. De todos modos, puesto que la vamos a tener que acortar para no regresar muy tarde a casa, espero que sea más llevadera. Hace sol, pero como hemos empezado a caminar más temprano, el ascenso a Fonsagrada resulta fácil. Hacemos una fotografía delante de la fuente

que da nombre a la villa (de «fontem sacratam», «fuente sagrada»), a la cual se atribuían propiedades curativas, y seguimos caminando, casi siempre por carretera. En esta zona, la señalización deja mucho que desear y resulta difícil descifrar la dirección a seguir, pues se alternan las antiguas conchas con las nuevas. Menos mal que, ocasionalmente, esta contradicción es resuelta por una flecha amarilla pintada a mano indicando el sentido correcto.

Llego a la conclusión de que esta etapa siempre te hace pagar un caro peaje, haga buen o mal tiempo. Cuando pasé por aquí el 23 de octubre de 1999, hacía muchísimo frío, llovía a raudales, soplaban un fuerte viento que rompió mi recién estrenado paraguas y levantaba las capas impermeables con las que nos cubríamos el cuerpo y la mochila y al cabo de una hora estábamos literalmente empapados de agua. Después, cuando habíamos conseguido dejar atrás el asfalto, el cielo estaba cada vez más gris y la niebla había ido cubriendo el horizonte a escasos metros de nosotros. Ante esta perspectiva, y puesto que en aquellas horas del mediodía no parecía que el tiempo fuese a mejorar, decidimos concluir la etapa y nos resguardamos debajo de una de las casas o cuerdas (la escasa visibilidad no permitía diferenciarlas) para consultar el folleto del horario de autobuses y salir nuevamente a la carretera, hasta que encontrásemos la primera parada.

De forma imprevista, pues el lugar parecía deshabitado, de una de las casas salió un matrimonio que nos invitó a entrar en su hogar para guarecernos del temporal y calentarnos en su cocina de carbón. La esposa, una mujer de expresión dulce, mientras levantaba con el gancho la tapa de la cocina y la revolvía para avivar el fuego que también calentaba a las vacas del establo, separado de la estancia por una puerta que tenía abierta la parte de arriba del cuarterón, recomendó que nos cambiáramos de ropa, pero no aceptamos, en parte por no molestar y en parte porque volveríamos a mojar-nos en cuanto saliéramos. Su hijo, un niño de 13 años llamado Alberto que miraba la televisión y acariciaba a su perrita, subida en su regazo, nos dijo que estudiaba 2º de la ESO en Fonsagrada y que en este pueblo, que resultó ser Montouto (situado a 7,3 kilómetros de aquella), había otros tres niños más. El padre de familia, un hombre alto que tal vez no llegase a los 50 años, de hablar suave y pausado, era un capataz de carreteras y obras públicas que nos dio ánimos: «Ya han pasado lo peor, en un par de kilómetros se acaba el ligero ascenso y el clima es más benigno, porque, aunque llueva, el viento

ya no sopla tan fuerte». Después nos acompañó hasta donde se avistaba la parada del autobús, a unos 50 metros de su casa, que pasó por allí a los pocos minutos, llevando solo dos pasajeros, un hombre mayor y una mujer de mediana edad que, al igual que el conductor, nos recibieron con una sonrisa de simpatía. En un abrir y cerrar de ojos nos cambiamos de ropa y de calzado en la parte de atrás del vehículo. Volví a sentirme como si estuviese en casa, sin dejar de pensar en el gesto de impagable hospitalidad que aquella familia acababa de tener con nosotros.

Al sábado siguiente, 30 de octubre, el acercamiento a Montouto se produjo de una manera diferente a la utilizada hasta ahora, ya que por esta zona no circulan los ALSAS. Por tanto, el día anterior tomamos en Oviedo un ALSA con destino a Lueca y desde allí otro en dirección a Lugo. Durante las más de dos horas que permanecemos en esa villa marinera, dimos un paseo por el puerto y tomamos algo en una cafetería. A nuestro lado, dos madres hablan de sus cosas mientras los hijos, dos niñas de edad similar y un niño unos dos años menor que ellas, juegan a las familias en otra mesa cercana. El niño está en desacuerdo con el papel que su hermana le ha asignado y se acerca a su madre, llorando desconsoladamente:

— *Mamá, no me dejan ser padre ni familia.*

— *Pero bueno, no seáis malas. Dejad-le al menos ser un tío o un sobrino.*

Ante mi asombro por la maniobra de la niña para herir a su hermano tan contundentemente, privándole de significado, la madre del niño continúa hablando, dirigiéndose ahora hacia nosotros:

— *No, si esta hija mía sabe muy bien cómo hacer daño a su hermano. Es tremenda.*

Llegamos a Lugo capital pasada la medianoche. El conductor del ALSA nos recomendó un hotel situado pocos metros más abajo de la estación de autobuses. Por aquello de los ron-



Con Alberto, el niño de la hospitalaria familia de Montouto

quidos, pedí que mi habitación estuviese algo distante de la de mi compañero. Era la clásica enmoquetada con unos colores tirando a mostaza y una colcha de un color similar de las que no se sabe muy bien si están limpias o no, aunque las sábanas y el baño sí lo estaban. El televisor estaba encendido. Emitían (estaba codificado) una película porno a través de Canal+. Cada poco tiempo se oía hablar a parejas entrando y saliendo de las habitaciones contiguas. Supuse que irían de copas o de discoteca y me llamó la atención que una ciudad tan aparentemente tranquila tuviese tanta vida nocturna. Solo semanas más tarde caí en la cuenta del significado de aquel trajín de puertas que se abrían y cerraban con tanta frecuencia.

A la mañana siguiente, el mismo conductor del autobús de la línea Hervei, con el mismo pasajero de la semana anterior, nos dejó en Montouto. Para nuestra sorpresa, al pie de la parada estaba Alberto, el hijo de nuestros anfitriones, con aspecto aterido (como prenda de abrigo solo llevaba puesto un delgado jersey).

Al vernos, hizo una seña con la mano y nos dijo insistentemente: «¡Vinde! ¡Vinde hasta casa!». A la puerta de la vivienda nos estaba esperando la madre, apesadumbrada porque el sábado anterior no se le había ocurrido ofrecernos un café. Declinamos tomar el que acababa de prepararnos porque no queríamos demorarnos y hacía poco que habíamos desayunado en la cafetería de la estación de autobuses de Lugo, donde, dicho sea de paso, nos metieron un buen sablazo (1.350 pesetas de las de entonces) por un café, un zumo y unos churros. El padre, que también salió a saludarnos, nos dijo que la semana pasada habíamos tomado una decisión acertada, pues no había parado de llover y al día siguiente también había hecho malo. Su mujer comentó que a ver si en este segundo intento teníamos suerte y «tiraba el día», pero no se la veía muy convencida de que eso fuese a ocurrir, como efectivamente sucedió. Nosotros, en señal de gratitud y «porque gestos como el suyo hacen que el Camino de Santiago merezca la pena», les entregamos una caja de pastas que la noche anterior habíamos comprado para ellos en

Luarca. Por indicación de sus padres, Alberto, que ya había hecho sus deberes escolares y tenía que ir a recoger castañas (sus padres irían más tarde para ayudarlo a transportarlas), nos acompañó unos metros para mostrarnos la dirección a Hospital. Nos despedimos de él con un abrazo y prometí enviarle a su nombre (Alberto Fernández) la foto que acabábamos de hacernos con él delante de su casa.

Volviendo al momento actual con nuestro grupo de montaña, la apreciada familia de Montouto, a la que tengo muchas ganas de saludar, nos da más muestras de hospitalidad. Hoy empieza oficialmente el verano, hace muchísimo calor y mi compañera no se encuentra en condiciones de seguir caminando. Como se dice en el argot montaño, «le ha dado la pájara», y se queda a la sombra, sentada en un banco adosado a la fachada de la casa, charlando con la mujer de la familia. Acordamos que más tarde la recogerá el autocar.

Los demás subimos la cuesta que nos conduce a Hospital de Montouto, del que quedan unas ruinas que, en caso de apuro, pienso yo,

podrían servir para pernoctar en unas condiciones mejores que las que Charli y yo tuvimos en Porciles. Hay una pequeña ermita restaurada por una Escuela-Taller con una cruz de madera en la parte derecha y un pequeño pedestal sin santo en la izquierda. Desde aquí se puede disfrutar de un bello paisaje que, aunque más abierto, me recuerda al que se avistaba en la zona de Pola de Allande. El sol continúa pegando fuerte. Cuando pasamos por esta zona la otra vez, acababa de empezar a lloviznar y nos encontramos con unos cazadores que parecieron alegrarse de vernos tan poco como nosotros a ellos. No supe si se trataba de los mismos que tan mal rato le habían hecho pasar a Joaquín, el peregrino ovetense con quien la vez anterior habíamos coincidido en la estación de autobuses de Lugo, que también hacía el Camino en etapas discontinuas y que nada más conocernos informó espontáneamente que no realizaba el Camino por motivos religiosos. En aquel momento, él iba unas etapas por delante de nosotros y nos dijo que en el área comprendida entre esta zona y Cádavo había tenido mucho miedo a ser alcanzado por los disparos



Charli reparando una señal del Camino

de los cazadores. Posteriormente, Joaquín dejó para nosotros, en la tienda que tenía en el edificio de las Salesas, unas fotocopias con información valiosísima sobre esta etapa que ahora estamos realizando, pues la documentación sobre el Camino Primitivo era muy escasa por aquel entonces.

A pesar de que el suelo no es muy accidentado, caminamos a paso lento. La vez anterior, debido a la lluvia que se empeñó en acompañarnos de continuo; en esta, por el intenso calor, cuyos efectos intentamos mitigar con el Aquarius. Hace año y pico íbamos empapados por el agua; hoy, por el sudor. De cualquier manera, la climatología no pone mucho de su parte para que disfrutemos del paisaje, de los prados y verdes montañas de gastados perfiles, con bosques de hayas, castaños y pinos. En relación con el calor, algo que a mi compañera y a mí nos ha llamado la atención es la tendencia de la mayoría de nuestros pacientes a no desprenderse de la ropa de abrigo, aunque el termómetro marque temperaturas extremas como las de hoy. Es como si su «termostato corporal» estuviese regulado de otra manera, indiferente a las condiciones meteorológicas. Por este motivo, desde que empezamos nuestra andadura como grupo de montaña, cuando las condiciones atmosféricas así lo aconsejan, les hemos de indicar con cierta regularidad –del mismo modo que a veces se hace con los niños– la conveniencia de que se quiten el anorak o el jersey. Ante el riesgo de insolación, esta mañana se lo recuerdo a alguno de ellos, aunque respetando siempre su decisión final.

La señalización «aleatoria» (tan pronto se ve alguna señal como se les pierde el rastro a lo largo de varios kilómetros) nos jugó muy malas pasadas la primera vez, forzándonos a andar y desandar tramos, lo que no ocurre en este segundo día de verano. Es increíble lo que la motivación puede avivar la memoria y el sentido de la orientación. Mi «natural» despistado a la hora de orientarme espacialmente y mi tendencia a «desconectar» cuando son terceras personas quienes hacen de guía, ha quedado desterrado

temporalmente y soy la primera en asombrarme de mi inesperado sentido de la orientación en lo concerniente al Camino de Santiago, pues desde que salimos de Oviedo, ni una sola vez nos hemos desviamos de la ruta correcta. Debe de ser cierto que la necesidad agudiza el ingenio, porque, al margen del factor «suerte», que tener también tuvimos –quién sabe si gracias a la intercesión del Señor Santiago–, ante este galimatías de señales que se alterna con la ausencia total de las mismas, y dada mi ignorancia en cuestiones de cartografía, no queda más remedio que poner a prueba la capacidad deductiva, entrenada especialmente en los dos últimos años, en que paralelamente a las salidas a la montaña llevadas a cabo con este grupo, me aficioné a las rutas de senderismo en solitario por mi Turón natal, añorado valle que tuve que dejar a la edad de 13 años y que siempre había ansiado recorrer palmo a palmo: que se intuye un sendero a lo largo de ese bosque, pues lo voy a seguir; que no sé por dónde es el camino, pero que se escuchan a lo lejos los ladridos de perros, por el tiempo que llevamos caminando, debe de ser tal o cual pueblo.

Recorremos varios kilómetros por parajes solitarios. Los escasos vecinos que encontramos en los pueblos, a quienes consulto si vamos bien encaminados, se muestran bastante hoscos. Para rematar la deficiente señalización, en las inmediaciones de Paradavella, una mujer me dice que «quitaron la señal porque, total, se acorta poco y por la carretera se va mejor». Me digo para mis adentros que habrán tenido esa «gentileza» para que no nos manchemos las botas. Este tipo de acciones en beneficio de los intereses particulares de determinadas personas –y que, lamentablemente, son bastante frecuentes–, ocasiona un perjuicio muy grande a los peregrinos, forzados a alargar las etapas y a machacar innecesariamente sus pies en el asfalto.

Por lo demás, omito las tensiones en relación al «Conchita, ¿qué va ser por ahí? Es por aquí, que está mejor» o al deseo de los empeñados en hacer del autocar un medio de trans-

porte hasta el primer bar del primer pueblo que encuentren o un lugar en el que pasar el rato fumando mientras los demás caminan.

Transcribo algunas impresiones relativas a esta etapa:

*Al tener que caminar durante dos días, por una parte, era más descansado, pero por otra, nos cansábamos más. Pero todo se consigue con un poco de esfuerzo.*

*En aquellos días intermedios yo había leído un libro de Paulo Coelho sobre el Camino de Santiago<sup>28</sup>, pero no me gustó porque hablaba mucho de la gente corriente, decía que el Camino de Santiago era para la gente corriente, y nosotros, de corrientes no teníamos nada, estábamos enfermos de vivir, con el pensamiento enfermo y miles de proyectos en la cabeza para ese pensamiento enfermo, pero luego daba igual, caminábamos y se nos pasaba todo. En realidad, no había mucha diferencia de unos a otros. Al principio, en las primeras etapas, teníamos fotógrafo oficial, con trípode y todo, pero aquel chico dejó de ir. Supongo que porque se encontraba mal y no volvió.*

*Encontramos a gente de la vieja, otra gente más agradable que nos ofrecía comida y cama y de todo.*

*Las personas que nos encontrábamos por los pueblos de Galicia eran muy amables y nos invitaban a lo que quisieramos.*

*A veces lo pasábamos mal, pero al día siguiente nos sentíamos satisfechos y contentos del camino recorrido y yo, parece que me encontraba con la cabeza más despejada.*

Hemos finalizado esta jornada a los 14,1 kilómetros. Entre ayer y hoy hemos caminado 37,9 kilómetros. Quizá no hayamos avanzado tanto como me habría gustado, pero tampoco podemos quejarnos, habida cuenta las características de las zonas transitadas, el intenso calor y que hoy ha sido necesario concluirla antes porque no disponemos de más tiempo. Estamos bastante lejos de nuestra casa y cada vez es mayor el tiempo empleado en el desplazamiento. Ahora nos quedan las horas de autocar, que cansan bastante, como reconoce este paciente:

*Lo peor de todo, una vez que entramos en esa tierra mágica, era volver. Casi todos nos descalzábamos en el autobús y eran kilómetros y kilómetros sobre carreteras secundarias.*

La llegada a Oviedo se produce a las 22:00 horas. Mañana, mi compañera y yo tenemos que trabajar. Con el cansancio físico y mental que traigo encima, se me hace cuesta arriba tener que retomar la actividad habitual en el CSM. Menos mal que hoy es jueves y que queda por delante el fin de semana para descansar. Esta es la razón por la que solemos elegir este día para llevar a cabo las actividades de nuestro grupo de montaña.

## 9ª Etapa: Paradavella-Castroverde

El 17 de julio volvemos a Paradavella. No queda más remedio que seguir caminando por este tramo del que guardo recuerdos muy desagradables: mi nuevo paraguas –el único que no se había roto pese a las fuertes rachas de viento que lo tornaban del revés una y otra vez– «desapareció» misteriosamente a la entrada del bar de un establecimiento de Cádavo–Baleira cuyo nombre prefiero no mencionar y en el que Charli y yo nos alojamos tras realizar una comida-cena. Habíamos llegado chorreando agua y para no mojar la gélida estancia, lo dejé abierto a la entrada, al lado de otro, pero dentro del recinto del local, en el que tan solo había uno o dos clientes tomando unos vinos. Durante el

<sup>28</sup> Se refiere a *El peregrino de Compostela* (Diario de un mago), del escritor brasileño Paulo Coelho (1988).

tiempo que estuvimos dentro no vimos a nadie más merodear por allí.

Por la mirada que nos echó, la chica que estaba detrás de la barra no pareció alegrarse mucho con nuestra presencia y fue remisa a encendernos la calefacción. Posteriormente, sus reticencias disminuyeron y se ofreció a centrifugarnos la ropa para que al día siguiente pudiésemos ponerla seca. En el transcurso de la comida expresó descontento con la actuación de la Guardia Civil por el poco caso que hacía de sus consejos «para que el Camino de Santiago funcionase mejor y no se produjesen abusos como los de Fonsagrada, de donde los peregrinos se llevaban las mantas del albergue y la leche y otro tipo de cosas que allí les dejaba el cura, hasta que se cansó». Por este motivo, ella había sugerido que en el albergue de Cádavo-Baleira, en fase de construcción, «las mantas que pusieran no fueran buenas y que instalasen las cañerías por fuera, porque no respetan nada».

Horas más tarde, cuando estaba secando la ropa y la mochila en el radiador de la habitación, eché en falta mi paraguas. Indagué, pero «nadie lo había visto».

A la mañana siguiente, la dueña del establecimiento –y madre, a su vez, de la chica que nos había atendido el día anterior– reiteró que «en aquel pueblo nunca faltaba nada y que igual lo había cogido el perro de la médica para jugar con él». Ante mi extrañeza por tal respuesta y mis reiteradas lamentaciones por el nuevo día de lluvia pronosticado por el hombre del tiempo, me entregó un paraguas negro con una ballena rota que oportunamente tenía preparado detrás del mostrador. Dijo que le había costado 700 pesetas, no sé si con la intención de que se las abonase, pero yo juraría que era el mismo que en la víspera estaba escurriendo al lado del mío. No obstante, a pesar de mis sospechas, no sé si infundadas, me vi en la obligación de darle las gracias y a punto estuve de entregarle, para que quien quiera que lo hubiese cogido tuviese el «pack» completo, la funda de cuadros de mi añorado paraguas, por el que unos días antes

había pagado 4.000 y pico pesetas en El Corte Inglés y que, además de tener un diseño muy guapo, había dado sobradas pruebas de resistencia a los envites del viento. En aquellos momentos me habría apetecido tirarme al gañote de la persona que me lo había sustraído. Intenté consolarme pensando que podría comprar otro, pero no volví a encontrar uno similar, se ve que a los fabricantes les resulta más rentable fabricarlos con la obsolescencia programada.

Me fui de Cádavo echando pestes para mis adentros. Mientras ascendíamos al Alto de la Vaqueriza, la primera y más pronunciada cuesta del día, mis sentimientos hacia el autor o autora del robo supongo que eran igual de intensos que los que sentía Aymeric Picaud<sup>29</sup> hacia los navarros y vascos por la mala experiencia sufrida cuando pasó por aquellos territorios (Bravo Lozano, 1997).

Dejamos atrás aldeas con hórreos y construcciones circulares al estilo castreño y casas blancas o de granito con tejados de pizarra. Atravesamos pueblos que no se correspondían con los que figuraban en nuestra «guía para el peregrino» y otros cuyos nombres nos quedamos con ganas de saber; algunos parecían vacíos y otros realmente lo estaban, pero puesto que en todos ellos había muy bien pintada una flecha amarilla más grande de lo habitual, pensamos que estábamos realizando un trayecto similar. Al cabo de ocho horas caminando a paso

29 Aymeric Picaud fue un monje benedictino francés del siglo XII a quien el abad de Cluny, futuro Papa Calixto II, habría encargado realizar un informe (el *Liber peregrinationis*, el quinto libro del *Códice Calixtino*) que sirviera de ayuda a los peregrinos. El manuscrito, considerado la primera guía de viajes de Occidente, delimita el Camino Francés en 13 etapas diferenciadas, detalla las costumbres de la época, los pueblos por los que tendrían que pasar los peregrinos y los peligros que habrían de enfrentar, advirtiendo, entre otros, de la potabilidad de las aguas y de los abusos en los portazgos. Tradicionalmente, la autoría de este libro se le ha atribuido a Aymeric, pero actualmente se considera coautora a Gerbenga de Flandes, que viajaba con él. Esto explicaría «el enfoque femenino de muchas observaciones y notas de detalles sobre cocina, vestuario y costumbres de los lugareños de las tierras por las que pasaban» (Solana, 2019).

ligero, prácticamente de forma ininterrumpida, descubrimos que solo habíamos avanzado 20 kilómetros de los oficiales y que el resto habíamos «trabajado para el inglés». Comprendimos entonces que aquellas gruesas y largas flechas amarillas tal vez habían sido trazadas para el provecho de algunos, pero no precisamente para el de los peregrinos.

Finalmente, empezamos a pasar por algunas localidades mencionadas en nuestra guía. Era domingo. En Villabade, el cura estaba diciendo la homilía para quien quisiera escucharle y para quien no, pues su voz resonaba por toda la plaza a través de la megafonía. La única vivencia positiva a nivel humano que recuerdo de aquel 31 de octubre de 1999 ocurrió en otra localidad próxima, Castroverde, cuando, desesperados por la mala señalización y por la ausencia de informantes a los que preguntar, entramos en su pequeña iglesia, llena de gente. La misa de una estaba a punto de empezar y el sacerdote estaba colocando las vinajeras en el altar. Me dirigí a él directamente para preguntarle por la dirección que habríamos de seguir, pues hacía rato que no veíamos ninguna señal, y él salió afuera para indicarnos el camino:

— *Galicia maltrata a los peregrinos— le dije.*

— *¿Qué me va a decir? Es la queja que oigo todos los días— nos respondió apesadumbrado.*

Con respecto a la etapa de hoy, gracias a aquellos rodeos que nos vimos forzados a hacer la primera vez, ahora vamos a tiro fijo, sin kilómetros «extra» de esos que no computan para el tanque. En cuanto a la relación con algunos pacientes, a primeras horas de esta mañana, mi «popularidad» está bajo mínimos, pues varios vienen dispuestos a quedarse en el autocar durante todo el día. Mientras estamos descargando las mochilas en Paradavella, el capitán de este conato de «revuelta» —el peregrino que lleva dos etapas queriendo ir de bares—, azuzado por otro que no da la cara, me dice que no le apetece caminar, que prefiere quedarse viendo

alguna película y «pasar el día por ahí». Intercambio una mirada con el conductor, un chico alto de unos 30 y pico años y aspecto atlético, quien con tono de voz enérgico le responde:

— *¡De eso, nada! Aquí no se queda nadie.*

— *¿Por qué?*

— *Porque yo no quiero compañía. El autocar es mío y el único que puede estar aquí dentro soy yo.*

Ante la contundencia de esta respuesta, el autocar queda descartado definitivamente como un medio para hacer turismo de bar por tierras de Galicia y a los remolones no les queda más opción que colgar sus mochilas al hombro. En ese momento, la hostilidad se desplaza momentáneamente hacia el conductor, que hasta ahora se había limitado a ponernos alguna película, bastante buena por lo general, y que nunca se había inmiscuido en la dinámica del grupo. Mientras caminamos, algunos pacientes me comentan lo desagradable que este ha sido por no permitir que se queden con él en el autobús. Anticipo que, pese a este firme posicionamiento del conductor, en las posteriores etapas siguieron teniendo buena sintonía con él, que continuó desempeñando su trabajo de manera impecable, recogiéndonos en los lugares que le indicábamos y programando excelentes películas durante los viajes. Una de ellas fue *Arsénico, por compasión*, la genial comedia negra protagonizada por Cary Grant y dirigida por Frank Capra en 1944, varios de cuyos personajes padecen una enfermedad mental. A ella alude este paciente:

*En el autocar, de vez en cuando nos ponían algún vídeo, como aquel de «Arsénico por compasión», que acabó con una risa general y con aquel «cargueeeeen» final delirante para nuestros ojos maltratados.*

En otro orden de cosas, el día nos proporciona una simpática anécdota. En una aldea, hacemos una parada ante la antojana de una

casa que vende bebidas. La anciana que nos atiende, una mujer menuda con pañuelo negro en la cabeza, falda de vuelo negra y delantal de cuadros grises y negros, muestra gran celo profesional y un peculiar sentido comercial y de atención al cliente: se niega a servirle un café (de puchero) a uno de los pacientes «porque no compensa hacer uno solo»; para que cambie de opinión, dos compañeros piden otro, pero ni por esas está dispuesta a «ensuciar la cafetera» y solo accede tras la oportuna intervención de su nieta, una chica joven que en aquel momento sale de la casa. El paciente que esta mañana quería haberse quedado en el autocar haciéndole compañía al conductor, pide un refresco, pero no se lo entrega hasta que se lo paga. La escena es realmente cómica, con ambos tirando simultáneamente del botellín. Este hecho, que provoca grandes carcajadas y sigue suscitando divertidos comentarios durante los siguientes kilómetros, es relatado así por su protagonista y por uno de sus compañeros:

*En otro pueblo nos encontramos con un bar en el que había una persona vieja que no soltaba prenda; pensó que no íbamos a pagar y el caso es que no se fiaban de nosotros.*

*Y cuando pisamos Galicia por primera vez nos dimos cuenta de que existían las meigas. Incluso nos encontramos a una vieja toda de negro y con pañoleta también negra en un bar del Camino que no quería servirnos café porque decía que para qué poner la cafetera para un café solo, que era un gasto inútil, y hubo que pedir más cafés para que nos lo hiciera y luego salió una mujer más joven, debía ser la hija o la nieta, que se las tuvo con mi compañero de la prótesis. Le pidió una Coca-Cola y al ir a cogerla, la mujer no la soltaba porque quería primero el dinero, y mi compañero tiraba de la botella y ella también tiraba y no hubo más remedio que pagar por adelantado.*

Del resto de la jornada no hay nada relevante que comentar. Concluimos la etapa en Castroverde, sin olvidarnos de sellar las credenciales en el establecimiento que encontramos más a mano, el Café-Bar Casa Tino, en la Avenida Generalísimo. El cómputo de este día no está nada mal: hemos avanzado 24,6 kilómetros. Luego, el autocar nos traslada a Fonsagrada para alojarnos en el mismo hostel de la vez anterior. El trayecto por carretera se hace corto. Vuelve a reinar el buen humor y, como refiere un paciente, hasta cantamos esta canción que entonaban los peregrinos medievales:

*Por el camino, a veces cantábamos una canción de peregrino: «Yo vendí mi calabaza, /mi compañero, su bordón/ por tener la complacencia/ de Santiago el Gran Señor/ La calabaza me acompaña, /mi compañero, su bordón. /En la hospedería duermo, / la taberna es mi mansión<sup>30</sup>.*

## 10ª Etapa: Castroverde-Lugo

Las suficientes horas de descanso, sin ningún contratiempo durante la noche, el buen desayuno del hostel y el hecho de que el tiempo de desplazamiento en autocar hasta Castroverde no haya sido muy largo, constituyen un buen punto de partida para afrontar con energía el día. Ha quedado atrás la tensión asociada a la dureza de las últimas etapas y nuestros peregrinos vuelven a estar motivados para llegar a Santiago por sus propios medios. Caminamos a buen ritmo y a tiro fijo, sin tener que realizar los kilómetros «extra» que mi compañero y yo nos vimos obligados a hacer la vez anterior.

30 El texto original de este canto de los peregrinos franceses está recogido en Calohorra Martínez (s.f):

*Je vendis ma calabasse, mon compagnon son bourdon,/ pour avoir du follatage/ de Saint-Jacques le baron./ Ma calabasse, ma compagne./ Mon bourdon mon compagnon,/ La taberna m'y gouverne/ L'hôpital c'est ma maison.*

La letra de la versión referida por el paciente es la de la Escolanía del Valle de los Caídos (1978).

Aquel día, si bien es cierto que la señalización mejoró a partir de Castroverde, no por ello dejamos de caminar más kilómetros de los indicados en nuestra guía, lo que condicionó posponer para el día siguiente la entrada en Lugo y darnos por contentos con llegar a Carballido, cuando empezó a anochecer. Desde allí, el taxi que pedimos por teléfono nos condujo a un hostel cuyo dueño, nada más llegar, enmendó el «error cometido por la chica» con quien unas horas antes Charli había formalizado la reserva de dos habitaciones: «Son 2.500 pesetas cada uno de ustedes y no 2.000 pesetas, porque son mejores habitaciones». Como mi compañero comentó más tarde, ¿cómo serían las malas? De todos modos, por una simple cuestión de ahorro de energía emocional, aceptamos serenamente esta situación abusiva y pagamos lo que nos pidió. ¿Para qué discutir y hacerse más mala sangre? A fin de cuentas, ya nos estábamos acostumbrando a la forma en que algunos desaprensivos se aprovechaban de los peregrinos. Ante nuestra «estoica actitud», que debió de confundir con imbecilidad, dos etapas después, nuestro hostelero pretendió cobrarnos 3.500 pesetas, pero nos opusimos tajantemente, dejando a un lado el «ahorro emocional».

A la mañana siguiente, el HERVEI nos dejó en Carballido. Un poco más allá, un hombre al que encontramos en una encrucijada retrocedió con nosotros durante unos metros para reconducirnos por un camino por el que acortamos el trayecto considerablemente. Sus indicaciones fueron muy valiosas, ya que en los 4-5 posteriores kilómetros no volvimos a encontrarnos con nadie más. La entrada en las ciudades no suele ser sencilla, con su multiplicidad de indicadores a cuál más grande y vistoso, como compitiendo entre sí para captar la atención del caminante: por una parte, las de la autovía; por otra, las de las carreteras generales y comarcales e incluso las de los peregrinos que se desplazan en bicicleta.

Tanta diversidad de paneles prometiendo conducir a un mismo destino actúan como auténticos distractores que contribuyen a perder

de vista, cuando las hay, las específicas de los peregrinos, la sencilla flecha amarilla o el mojón con la concha amarilla sobre fondo azul. Eso tal vez explique que la primera vez nos costase tanto adentrarnos en la ciudad de Lugo, custodiada a lo lejos por un cinturón de bloques de pisos de aspecto similar, poco dispuesta a dejar que nos adentrásemos en ella. Primero pasamos por encima de la autovía del Noroeste de España, después caminamos a la orilla de la carretera Lugo-Fonsagrada y a continuación cruzamos la vía del ferrocarril, corriendo el riesgo de ser alcanzados por el tren procedente de Madrid, pero en vez de entrar por la estación, atajamos por un muro inclinado y resbaladizo en el que Charli casi se nos desgracia. Al sujetarlo para contrarrestar la fuerza de su caída, acabamos los dos en el suelo. Cuando conseguimos incorporarnos, cada uno se centró en sus respectivos daños corporales (en mi caso, una mano inflamada y azulada y un dolor de cadera que irradiaba a la espalda y a una pierna), indiferentes durante unos minutos a las «contusiones» del otro.

La ciudad continuó resistiéndosenos y todavía tuvimos que caminar más hasta alcanzar su muralla romana, que conserva su perímetro original de más de 2 kilómetros y que ante una de sus puertas, la de San Pedro, también llamada de Castilla o Toledana porque por ella pasaban sus mercancías los mercaderes toledanos, una inscripción informa que «por aquí entró el rey Alfonso II el Casto en el siglo IX, inaugurando el primer Camino de Santiago» (Barreiro, 2016).

Nos dirigimos a la catedral para sellar la credencial. Eran las 11:55 horas cuando entramos en la sacristía. Unos ocho o diez curas, a cada cual más anciano, se estaban poniendo las ropas para la misa. El más joven de todos, un septuagenario con aspecto campechano que estaba sentado detrás de una enorme mesa de madera sobre la cual tenía desplegado un periódico, nos pidió que nos ocupásemos de estampar el sello, situado encima de uno de los armarios de cajones de media altura que, creo recordar, circundaban toda o casi toda la estancia. Guarda-

mos nuestras credenciales y nos despedimos de nuestro amable informante cuando empezaban a escucharse las voces del coro de la catedral entonando los cantos gregorianos con los que se iniciaba la misa.

Volviendo a la etapa de hoy, transcurre sin más problemas que los inherentes al cansancio propio de una caminata de 24,6 kilómetros. Estas son las reflexiones del peregrino que en etapas anteriores tanto empeño había puesto en quedarse en el autocar:

*En el Camino aprendimos muchas cosas y fue una aventura muy buena porque compartimos experiencias, nos apoyamos unos a otros y, con buen o mal tiempo, no nos rendimos y seguimos caminando. Yo estaba seguro de que íbamos a llegar.*

Asimismo, la entrada en la ciudad lucense es más fácil y sin avatares como los que acabo de referir. Sin embargo, nuestra permanencia en la catedral resulta un tanto azarosa y hasta nos genera momentáneamente cierta perplejidad. La mayor parte del grupo entramos en la sacristía para sellar las credenciales, mientras mi compañera y algunos pacientes se sientan en los escalones a fumar un cigarrillo.

En esta ocasión, el sacerdote que nos atiende, al cual informo de nuestra procedencia, no es el mismo de la vez anterior, pero también me indica dónde está el sello para que yo misma me encargue de sellar las credenciales. Cuando estoy aplicada en esa tarea, sentencia:

*— Por lo que veo, estos jóvenes, además de peregrinos, tampoco tienen educación.*

Miro sorprendida a mis acompañantes, cuyo comportamiento, en mi opinión, está siendo irreprochable. Vuelvo a mirarlos buscando los signos de esa falta de cortesía que tanto le ha ofendido y sigo sin encontrarla. Finalmente, reparo en la visera que lleva puesta en su cabeza uno de los que se habían quedado afuera fumando, quien acaba de entrar en la sacristía

y permanece inmóvil en el centro, como intentando abarcar con una mirada los preciosos armarios de aquel recinto que tanto me habían llamado la atención en la visita relámpago de la vez anterior. Le pido que se la quite y él, que es bastante joven y no parece estar al día de esa norma de urbanidad, aún sin comprender, me hace caso al instante. Me disculpo, achaco al cansancio esta ofensa involuntaria y salimos de allí dispuestos a admirar el interior de este templo dedicado a Santa María, llamada Virgen de los Ojos Grades, mezcla de estilos románico, gótico, renacentista y neoclásico y cuyas obras fueron iniciadas por el maestro Raimundo de Monforte, en el año 1129 (Catedral de Lugo, 2019).

Unos minutos después, mientras estamos contemplando el que es considerado por algunos como el mejor coro del siglo XVII en España, recibimos una segunda amonestación. En este caso, por parte de un cura con traje de clérigo que está impartiendo a otras tres personas amigas sus doctos conocimientos sobre la preciosa sillería de nogal, el cual nos grita enfadado:

*— ¡Un respeto!*

*— Perdón si estamos manchados de barro, es que somos peregrinos y acabamos de llegar— me excuso, al percatarme del contraste entre nuestras sucias botas y la impoluta alfombra de fondo rojo y no encontrar otra explicación para el enojo de este colérico clérigo de porte distinguido cuya cara se ha puesto del mismo color que el tapiz que estamos pisando.*

*— ¡Un respeto, por favor! ¡Un respeto, por favor: está ahí el Altísimo! — dice, señalando inquisitorialmente hacia el altar<sup>31</sup> y realizando lo que, más que una reacción justificada a un presun-*

31 La catedral lucense es la única en la que el Santísimo Sacramento está expuesto sin interrupción desde hace por lo menos seis siglos.

to comportamiento censurable por nuestra parte, impresiona como una exhibición de poderío ante sus distinguidos acompañantes.

Emprendemos el regreso a casa después de estas dos «llamadas de atención» que no parece que vayan a quitarnos el sueño, conscientes de que lo realmente importantes es que Santiago de Compostela solo dista de nosotros 101,4 kilómetros.

Y como contrapunto a estas dos «reprimendas catedralicias», transcribo lo publicado en el apartado «Ecos de la Red» del *Boletín Informativo de la Asociación Asturiana de Salud Mental* correspondiente a julio de 2001:

*Un equipo del Centro de Salud Mental de Otero (la psicóloga y la DUE) desarrolla un original programa con enfermos que viven en la comunidad: hacen el Camino de Santiago (ruta Norte) poco a poco y los domingos asisten a los partidos del Tartiere.*

Reproduzco seguidamente una parte del correo electrónico dirigido a un amigo que me había preguntado cómo nos estaba yendo. Fue escrito el 2 de agosto, dos semanas después de esta etapa:

*Las dos últimas etapas salieron bastante bien. Pudimos realizar los trayectos previstos para los dos días, ya que el calor no apretó y, aunque nos llovió algo, como estamos en verano, no resultó excesivamente desagradable; tampoco hubo ninguna crisis por la noche, así que hasta pudimos dormir. Como ya estamos en Lugo y hemos realizado las dos terceras partes del trayecto, me siento mucho más relajada, pues hemos dejado atrás los puntos más problemáticos: puertos de montaña y las zonas aisladas sin comunicación por carretera. Si seguimos la buena racha de no despistarnos y de no tener que caminar kilóme-*

*tros de más, dentro de «poco» –unos 100 kilómetros– veremos el Monte del Gozo. A ver si el Apóstol nos ayuda y se consigue que no tengamos ningún incidente importante. Lo cierto es que, de momento, creo que está mejorando la pena, pues se están viendo progresos en ellos y, además, se lo pasan bien.*

## 11ª Etapa: Lugo-Villamaior de Negral

Regresamos a Lugo el 26 de septiembre, pero antes de relatar esta jornada, contaré cómo nos fue a mi compañero y a mí en aquellos meses de noviembre de 1999, después de sellar la credencial en la catedral.

Abandonar la ciudad lucense resultó más sencillo que acceder a ella. Salimos de la muralla por la Puerta de Santiago, bajamos por la calzada da Ponte y en el puente romano no nos quedaba claro qué opción habíamos de tomar. Según la hoja de ruta que unos días antes me había proporcionado Ramón, el frutero de mi barrio, dependía de ello que caminásemos de balde más de 20 kilómetros. Le telefoneé, pero no me respondió. Por suerte, una señora nos acompañó para indicárnoslo y después, en la fuente que hay junto al puente, cuando Charli se estaba lavando las heridas que se había hecho en las manos al caerse por el «muro tobogán» cercano a la estación del ferrocarril, un hombre con las manos sucias de trabajar en el campo se acercó para ofrecernos ayuda.

Reemprendimos la marcha por carretera, comprobando que los nombres de las localidades que atravesábamos se correspondían con los que aparecían en nuestro mapa. Pasamos al lado de una capilla, supuestamente la de San Lázaro, pero la mujer y el hombre que salían de ella llevando una escalera de mano no se dignaron a confirmárnoslo. Fuimos atravesando A Cabada, San Matías, San Xoan do Alto y San Vicente do Burgo, aldeas más o menos grandes y más o menos habitadas, pero todas con casas de granito y tejados de lajas o de pizarra

(lástima que las blancas puertas y ventanas de PVC hubieran ido sustituyendo a las primitivas de madera pintadas de verde), con sus hórreos rectangulares al lado, tan distintos de los que habíamos encontrado hasta poco antes de Lugo, más parecidos a los de Asturias. A la orilla de la carretera de uno de estos pueblos, una anciana estaba cuidando un rebaño de vacas desmochadas. Ocasionalmente, cuando transcurría mucho tiempo sin ver alguna señal ni alguien a quien preguntar, parábamos a algún coche para cerciorarnos de que íbamos bien.

Por primera vez en mucho tiempo, la climatología fue una buena aliada, con un día fresco suavizado por los rayos del sol de otoño. Por si eso fuese poco, y en contraposición a los carroñeros con los que últimamente nos habíamos tropezado, el Camino nos regaló aquella tarde el encuentro con varias buenas personas de esas que, por muy increíble que resulte, llevan a la práctica el «dar posada al peregrino» aconsejado en aquel catecismo de mi infancia. Tuvimos que finalizar la etapa en un cruce situado al lado de la iglesia románica de San Román de Retorta, circundada por tumbas, como todas las iglesias que hemos visto hoy. En poco más de media hora sería de noche. Un camión se detuvo junto a nosotros y su conductor nos ofreció su casa para alojarnos. Se lo agradecemos, pero le dijimos que íbamos a pedir un taxi. Nos lo desaconsejó porque el taxista tardaría mucho en dar con aquel lugar: «Hagan señales a cualquier coche que pase, seguro que los lleva; sino los llevamos nosotros cuando regresemos, dentro de unos minutos», dijo dirigiéndose al hijo que le acompañaba, de unos 20 años. Al cabo de 10 minutos durante los cuales no pasó ningún vehículo, reapareció: «No se preocupen, ahora viene mi hijo a llevarlos». No fue necesario porque en ese mismo instante pasó por allí un Volvo ocupado por un matrimonio de unos 50 años que nos dejó a la puerta del hostel de Lugo. Durante el trayecto, el hombre, que ocupaba un alto cargo en el sistema sanitario de la provincia y al que le pareció raro el itinerario que estábamos siguiendo, afirmó que todo aquel que efectuaba el Camino lo hacía por algún motivo

religioso o porque se estaba buscando a sí mismo. Su hijo lo había realizado recientemente y él había hecho en dos ocasiones el tramo comprendido entre Palas de Rey y Santiago.

Respecto a la etapa con los peregrinos de Otero que hoy nos disponemos a realizar, espero que podamos ajustarnos al itinerario previsto. A pesar de que hemos llegado a Lugo a media mañana, hace buen tiempo y no tenemos que salvar grandes desniveles. Además, como pernoctaremos en Fonsagrada, intentaremos apurar al máximo todas las horas de luz. Por mi parte, el nivel de presión interna ha disminuido considerablemente al saber que ya no tendremos que pasar por más puertos de montaña ni por lugares en los que no haya acceso por carretera. Por su parte, el fondo físico de los pacientes ha mejorado mucho, lo que facilita que cueste algo menos tirar del grupo, aunque el más «remolón» de todos continúa siempre atrás del todo con su aspecto descontento.

Salimos de Lugo cerca del mediodía. Detenemos la marcha en la zona de Villamaior de Negral, al lado de una casa solitaria. Telefonamos al conductor del autocar para que venga a recogernos, pero no tenemos cobertura. Llamamos al timbre de la casa, pero no responden ni hay indicios de que haya alguien dentro. Varios pacientes se inquietan mucho porque está anocheciendo. Para no variar, me convierto en la principal destinataria de las quejas por no haberlo previsto. Les decimos que no es necesario que sigan caminando, que se queden allí descansando hasta que llegue el autocar y que nosotras iremos a buscar cobertura. Por el tiempo que empleamos, calculo que caminaríamos en torno a un kilómetro. Hay luna llena y el cielo está claro. Conseguimos contactar con el conductor en un pequeño montículo al lado de un cruce y acordamos que lo esperaremos allí para que le resulte más fácil localizarnos. Seguidamente pasa un coche conducido por un joven que se detiene a preguntarnos si precisamos ayuda. Como va en la misma dirección en la que está nuestro grupo, le rogamos que les diga que llegaremos pronto. Por lo que nos

refirieron posteriormente, cuando pasó junto a ellos les dijo: «ven o coche logo, ven o coche logo», es decir, «vendrá el coche luego, vendrá el coche luego», pero no lo entendieron y pensaron que les decía que vendría el «coche lobo». Por nuestra parte, mientras esperamos al autocar, comentamos lo llamativo que nos resulta el miedo acusado –ya observado en anteriores ocasiones– que muestran ante la noche y algunos fenómenos de la naturaleza como las tormentas. Sin embargo, pese a la alarma inicial, hoy parece que lo han afrontado bien. Cuando regresamos, están sentados en el suelo, charlando amigablemente. Algunos están fumando; otros, terminando de comer el bocadillo. Al vernos, se apresuran a contarnos entre risas el comentario tan extraño que les hizo el conductor de un coche y que, como veremos, pasó a formar parte del anecdotario del grupo:

*En una de las etapas ocurrió que nos sorprendió la noche.*

*Tuvimos la suerte de que vino el coche lobo.*

*Eso fue cerca de Palas de Rey. Marisa y Conchita estaban muy preocupadas porque el teléfono móvil no tenía cobertura y tuvieron que caminar más hasta encontrar un sitio desde el que telefonar al conductor del autobús. Y mientras tanto, nosotros cenando y contando chistes para reírnos hasta que apareció un joven que nos dijo que ‘el coche, logo’, que significa que ‘el coche, luego’, pero entendimos ‘que viene el coche lobo’. Y nosotros, venga reírnos.*

*Mientras esperábamos a que llegase el autocar, mis compañeros y yo comentábamos que la que nos perdió aquella noche había sido aquella vieja que no soltó la Coca-Cola hasta que mi compañero se la pagó por adelantado. Aquella vieja que, más que vieja,*

*era meiga o bruxa o cualquier cosa de esas. No dejábamos de comentarlo entre risas mientras esperábamos a la puerta de aquella casa, grande y blanca, con dos farolillos encendidos a la entrada.*

*Uno de mis compañeros, el más merecedor de los favores del Santo porque llevaba una prótesis de cadera, cargaba siempre con un saco de dormir que quién sabe si le hubiera hecho falta aquel día en que la noche nos envolvió con su sombra repentina. Conchita y Marisa fueron a buscar el autocar. Mientras nosotros comíamos y nos reíamos de nuestra propia desgracia a las puertas de una casa deshabitada y sin perro, un coche que pasaba dijo: «Ven o coche logo». Menuda bofetada lingüística para los que no entendíamos gallego. O bien se habían modernizado mucho aquellos licántropos o el que nos lo dijo nos tomaba sutilmente el pelo diciendo que tenía «un coche nuevo».*

## 12ª Etapa: Villamaior de Negral-Leboreiro

Volvemos al sitio en el que ayer nos sorprendió la noche. Son kilómetros de caminata sin encontrar un alma, motorizada o no. Los tramos por caminos rurales se alternan con los que transcurren por carretera. Pasamos por caseríos que parecen deshabitados y por pueblos en los que el único rastro humano que se detecta es, a lo sumo, el humo aislado de alguna chimenea o el ladrido lejano de algún perro. Al cabo de 16 kilómetros llegamos a Palas de Rei, mítico punto de confluencia del Camino Primitivo con el Francés. Sellamos las credenciales en la iglesia parroquial de San Jorge de Aguas Santas; la vez anterior se encargó de ello el objetor de conciencia que estaba haciendo el servicio

social en el albergue<sup>32</sup> y, de paso, nos mostró el local (nuevo, grande, limpio, cómodo y con chimenea y secadora). Pasamos de largo por Casa Curro, un restaurante con muchas mesas pequeñas cubiertas con manteles de cuadros en donde dos años antes sacamos el frío del cuerpo y repusimos fuerzas con un plato de sopa y otro de carne asada e intercambiamos unas palabras con un peregrino de Noia que venía caminando desde Roncesvalles mientras los informativos de la televisión mostraban a otro menos afortunado –cuya suerte los tres compartimos– que iba caminando por el Cebreiro a través de la nieve.

La llegada a Palas de Rei, tras tantos kilómetros de solitario caminar, siempre produce una emoción especial. Desde que salimos de Oviedo no nos hemos encontrado con ningún peregrino y los pacientes lo echan de menos. A partir de ahora, seguramente coincidiremos con alguno, no muchos, dada la proximidad del invierno y que no es fin de semana. En mi primer Camino, antes de llegar a esta localidad solo coincidimos con tres. Justamente en este lugar tuvimos un reencuentro inesperado la mañana que mi compañero y yo nos disponíamos a iniciar una nueva etapa. Acabábamos de apearnos del autobús de la empresa Freire procedente de Lugo y en la Travesía del peregrino, alguien se bajó de un coche y me llamó alborozado. Era Joaquín, el peregrino ovetense al que semanas antes habíamos conocido en la estación de autobuses de Lugo. Venía acompañado por un amigo y por dos hermanas de este, una de las cuales se quedó en Palas de Rei para comprar lo que le habían encargado (queso de Arzúa, que nos recomendó, y carne de ternera) y que posteriormente los iría a recoger a Arzúa. Joaquín nos pidió que esperásemos a que se calzase las botas. Tanto él como nosotros estábamos muy contentos de habernos vuelto

a encontrar. Durante el trayecto que compartimos en animada charla, dejó entrever que su decisión de realizar el Camino de Santiago había tenido cierta relación con la enfermedad que un año antes le habían diagnosticado a una hermana suya. Poco antes de Furelos, él y sus acompañantes se despidieron de nosotros porque querían llegar a Arzúa antes de las 5 de la tarde y yo tenía dificultades para recuperar el buen paso que habíamos llevado hasta Leboeiro. Obviamente, a mi forma física le estaba pasando factura el enorme bocadillo comido en la parada de 25 minutos que allí habíamos hecho. Es posible que el clima de euforia que todos experimentábamos tras el inesperado reencuentro con quien, después de tantos kilómetros caminando solos, percibíamos como un «viejo amigo», contribuyeran a que ese día olvidase una de las lecciones aprendidas aquel otoño: para tener un buen rendimiento durante las caminatas, preferible optar por los frutos secos y no excederse con los bocadillos.

Leboeiro es precisamente el punto final de la etapa que hoy realizamos los del grupo de Otero. Hemos avanzado 21,5 kilómetros disfrutando de bellos parajes y hasta hemos cambiado de provincia: ya estamos en la de La Coruña. Habríamos podido avanzar más, pero entonces se habría demorado mucho la llegada a Oviedo (en la anterior ocasión se produjo a las 23:30 horas). Mientras esperamos la llegada del autocar, nos entretenemos admirando la portada con arco y arquivolta ojivales de su iglesia y, sobre todo, el pintoresco cabazo que hay delante de ella, un gran canasto circular hecho con varas entretrejidas y cubierto de paja y que tiene una pequeña oquedad, a modo de puerta, por donde se pueden sacar las mazorcas de maíz. A él se refiere este peregrino:

*Galicia era bastante parecida a Asturias, a excepción de las paneras, bastante chiquitas y para un uso más ínfimo, como solamente es el almacenamiento del grano.*

Realmente, no podemos quejarnos de cómo ha transcurrido esta jornada: el tiempo ha sido

32 La objeción de conciencia al Servicio Militar Obligatorio («la mili»), vigente en nuestro país entre los años 1700–2001, es un derecho recogido en la Constitución. Los jóvenes que objetaban estaban obligados a realizar una actividad de utilidad pública, el Servicio Social Sustitutorio.

nuestro aliado durante todo el día, no hemos tenido que salvar grandes desniveles ni ha sido necesario transitar por caminos embarrados; tampoco ha habido incertidumbre con respecto a la señalización (a partir de Palas de Rei hay un mojón cada medio kilómetro informando de la distancia que nos separa de Santiago de Compostela). Todos estos factores contribuyen, sin duda, a generar el buen clima interpersonal que hoy se respira, tanto entre ellos como con nosotras.

En lo concerniente a la relación con los pacientes, he de reseñar que durante los años en los que se llevaron a cabo este tipo de actividades, y con independencia de la enfermedad que padecen y de las tensiones asociadas al esfuerzo que una tarea de estas características conlleva –sobre todo teniendo en cuenta su mayor vulnerabilidad al estrés–, su actitud hacia nosotras, en tanto personas del sexo femenino, siempre fue sumamente respetuosa. A pesar de ser las únicas mujeres del grupo y de que aún éramos relativamente jóvenes, nunca apreciamos ningún deslizamiento de contexto y en ningún momento sobrepasaron los límites jerárquicos propios de una adecuada relación terapéutica. Tenían presente que «cuidábamos» de ellos, pero al mismo tiempo nos percibían como sus compañeras. Como pasábamos juntos muchas horas al aire libre y el acceso a un aseo no siempre resultaba factible, al principio, cuando encontrábamos un lugar idóneo, les pedíamos que se adelantasen porque teníamos que ir al «baño de señoras»; con el tiempo, ellos mismos solían indicarnos los lugares más resguardados, momento que posiblemente ellos también aprovechaban para utilizar el de «caballeros». Esta relación de camaradería con dos personas del otro sexo –algo a lo que, en general, estaban poco acostumbrados– considero que fue muy positiva. En los siguientes comentarios se aprecia esta doble percepción de nosotras como compañeras y como cuidadoras:

*Marisa y Conchita nos subían la moral y nos animaban.*

*Aparte de guiarnos, aconsejar y velar por nuestros intereses, son nuestras compañeras y amigas.*

*Aunque las etapas eran largas, mis compañeros y yo lo pasábamos muy bien, teníamos buenas guías que se portaban muy bien y nos animaban mucho durante todo el camino.*

### 13ª Etapa: Leboreiro-Arzúa

Volvemos a Leboreiro el 28 de noviembre. Después de permanecer tanto tiempo sentados, cuesta un poco ponerse a caminar, pero la climatología parece dispuesta a facilitarnos la aproximación a ese objetivo que ya no parece inalcanzable: Compostela está a 57,9 kilómetros.

Poco después de empezar a caminar cruzamos el paso empedrado sobre el río Catasol (un afluente del Furelos), uno de los parajes con más encanto del Camino, que se encuentra a unos 2,5 kilómetros de Melide. Sellamos la credencial en la iglesia parroquial de esta localidad, un templo románico del siglo XII que bien merece la pequeña parada que le dedicamos.

El itinerario de hoy no plantea dificultades, pero uno de nuestros peregrinos tiene muy mal los pies y no puede seguir caminando. Es uno de los que mayor empeño han puesto en plantar cara a las adversidades del Camino y que en todo momento se lo ha tomado con la misma seriedad que cuando trabajaba en las fuerzas armadas:

*Cercanos a La Coruña, en donde unas elevadas montañas, encontramos molinos de viento para generar energía eléctrica. Etapa ésta en que dejé de andar unos kilómetros por un fuerte dolor en los pies y único recorrido que no pude hacer, pero que con mis sentimientos le pedí perdón al Santo Apóstol por no haberlo hecho, constatando aquí que hice otras etapas con fuerte dolor en los pies.*

Telefoneamos al conductor del autocar para que venga a recogerlo. Pensando que es una buena referencia para localizarnos, le decimos que estamos cerca de un parque eólico, pero por lo que nos responde, no es así, dada la abundancia de estos por toda la provincia. No obstante, estamos seguros de que acabará dando con nosotros. Mientras lo esperamos, recuerdo el intento de «estafa» que Charli y yo sufrimos muy cerca de aquí por parte de un «taxista oficioso» que quiso cobrarnos cinco mil pesetas de las de 1999 por un trayecto de 20 kilómetros, cantidad que duplicaba la tarifa estipulada oficialmente y que superaba aún más la que el dueño del bar que nos proporcionó su teléfono había asegurado que nos cobraría. Al exigirle una factura para interponer la correspondiente reclamación, respondió con una sumisa sonrisa que le pagásemos lo que quisiéramos, puesto que él era «ilegal» (es decir, no tenía licencia de taxista) y «las mujeres son las que ganan y hay que obedecer». Por el contrario, el taxista que en la etapa precedente nos condujo a la estación de autobuses, nos comentó que durante el verano, puesto que en Pals de Rei no había alojamiento para todos los peregrinos, había transportado a muchos a dormir a Lugo, entre ellos a uno de nacionalidad alemana que estaba haciendo autostop, al que llevó gratuitamente porque, como acababa de realizar un servicio, venía de vacío: «Al ver que le paraba un taxi, el alemán retiró el dedo, gesticulando asustado y diciendo que no tenía dinero para pagarme».

Al cabo de una media hora, el autocar recoge al paciente que no puede seguir caminando. Los demás seguimos avanzando y tenemos el privilegio de pasar por Ribadiso, un lugar mágico que parece detenido en el tiempo, cuyo puente medieval sobre el río Iso apetecería cruzar una y otra vez para volver a deleitarse con el canto de fondo de los pájaros y esa imagen armónica propia de una estampa en la que compiten en belleza el azul de sus aguas, el verde de los prados y el tono plateado de los troncos de los árboles.

Concluimos la etapa en Arzúa. Echamos cuentas de los puntos del tanque que hemos ganado (18,9 kilómetros). Estamos de acuerdo en que merecemos una buena cena y nos dirigimos a una pulpería en la que somos los únicos comensales. En una de sus largas y desnudas mesas damos cuenta de abundantes platos de pulpo. La dueña del local, de unos 60 y pico años y pelo corto desaliñado, va en zapatillas y viste la típica bata sin mangas y cuadros de Vichy de tonos oscuros, de esas que suelen llevar las mujeres mayores de las zonas rurales. Por la familiaridad con la que nos trata, hace que nos sintamos como si estuviésemos en su casa. Después de servirnos el café de puchero que lleva en una enorme cafetera de aluminio, se empeña en convidarnos a una copa de orujo. Los propios pacientes rechazan la invitación, pero ella no acepta la negativa y acerca resolutiva el pipiolo de la botella a una de nuestras tazas para echarnos unas gotas en el café. Solo se da por vencida ante el comentario irónico, que provoca una carcajada general, del paciente que tiene implantada una prótesis de cadera:

— *No bebemos. Somos de la liga antialcohólica.*

El buen humor y la sobremesa se prolongan un rato más. Esta noche nos toca pernoctar fuera de casa y no es preciso apresurarse tanto como cuando tenemos que regresar a Oviedo.

## 14ª Etapa: Arzúa-Rúa

Esta ha sido la última noche que dormimos en Fonsagrada. Echaremos de menos la tranquilidad del lugar, el trato dispensado por la dueña del hostel y el bizcocho casero que nos preparaba para el desayuno.

Desafortunadamente, los recuerdos que tengo sobre esta jornada en la que hubo pequeñas y constantes subidas y bajadas, están un tanto desdibujados. No me acuerdo muy bien del lugar en el que hicimos un descanso para comer, pero sí de lo que el peregrino con más «chispa» del grupo volvió a decirnos y que ya le habíamos escuchado muchas veces, la última

durante la cena de ayer en Arzúa: que tenemos que darles «un curso para aprender a ligar».

Lo de «ligar» parece que no se prodiga mucho entre los integrantes de este grupo: uno está viudo; otro está divorciado y tiene un hijo; y el resto están solteros y solo uno tiene novia desde hace unos meses:

*Ahora mismo acabo de llamar a mi novia. Ella también está enferma y no contesta. Se duerme profundamente y no contesta porque no oye. A mí me hubiera gustado tener una novia sana, pero los sanos no atienden a los enfermos, a no ser que ellos también hayan estado enfermos o que los quieran de verdad.*

Salceda es uno de los pocos lugares que recuerdo de este día, porque nos detuvimos un instante, impresionados, junto a la placa en memoria de Guillermo Watt, el peregrino escocés fallecido en 1993, a los 69 años, cuando se encontraba realizando la penúltima etapa del Camino de Santiago. No es la primera vez que encontramos una mención a los peregrinos muertos en circunstancias similares, como explica este paciente que se ha puesto un tanto «metafísico»:

*También comprendí por qué la gente se moría en el Camino. De vez en cuando encontrábamos unas botas de bronce y un santo encerrado en una urna de cristal y un «memorándum» que decía que justo allí, justamente allí se había muerto un alemán, o un francés. Los españoles no se morían porque los protegía más el santo y, además, los que morían seguro que iban al cielo. El Apóstol los conduciría a través de ese túnel negro que hay después de la muerte y luego todo sería luz y felicidad, y pasárselo bien, y cánticos, y música, porque lo que seguro que había en el cielo era música para todos los gustos. Porque Dios, a pesar de no ser un artista, ha inventa-*

*do el Arte y la música es la melodía del alma al igual que la poesía alimenta el espíritu de los hombres nobles. Yo he visto a campesinos leyendo a los poetas. Y los leen con mucha atención, incluso les hacen caso. Y los poetas descansan en estos seres sencillos porque allí no les importa ya la muerte.*

Finalizamos la etapa en Rúa, 6,2 kilómetros más allá de donde Guillermo Watt perdió la vida. Hoy hemos caminado 18,2 kilómetros. Ahora tenemos por delante las tediosas horas de autocar de regreso a casa, si bien algunos encuentran la forma de hacerlo muy llevadero:

*El compañero que tenía la prótesis dormía en el autobús, echaba largos sueños y yo lo miraba, con aquella barba canosa y durmiendo, con el aire de la vida en cada resoplido, ocupando dos asientos, con la mochila quieta al lado.*

## 15ª Etapa: Rúa-Monte del Gozo

El 12 de diciembre volvemos a Galicia dispuestos a concluir la ruta jacobea. Podríamos hacer de un tirón el tramo que nos queda pendiente, pero preferimos realizarlo en dos jornadas, disfrutando tranquilamente de este momento tan anhelado. Además, queremos llegar con tiempo suficiente para los trámites de la Compostela y para la misa de doce en la catedral, en donde nos estarán esperando don Celestino, una representación asturiana de la Asociación de Amigos del Camino de Santiago y el delegado diocesano de Santiago de Compostela. Así lo relata este peregrino:

*Próximos ya a Santiago, en el crudo invierno, próximas las Navidades, últimas dos etapas para la decena de individuos de la estirpe elegida (otros se quedaron atrás, no por falta de voluntad, sino por quehaceres diversos que se lo impidieron).*



Con Nicolás y Marisa López en el Monte del Gozo

Objetivamente, falta muy poco para llegar a nuestro destino (20,8 kilómetros), pero subjetivamente se hace largo, como si el cómputo oficial fuese muy inferior a lo que realmente caminamos. Al menos, esa ha sido la sensación que he tenido las tres veces que hice el Camino de Santiago (en el último, en 2008, también en etapas discontinua y no mencionado en estos escritos, realicé el Camino del Norte, el que va por la costa, en compañía de mi amiga Marisa López y de mi hijo Nicolás, que cumplió 8 años un mes antes de finalizarlo).

El trayecto de hoy es corto (15,6 kilómetros), pero se hace duro por las continuas subidas y bajadas propias de una montaña rusa. Las pistas asfaltadas (nada más empezar a caminar ya inauguramos el día con una que nos conduce hasta O Pedrouzo) se alternan con las pistas de tierra. Ocasionalmente, el recorrido se realiza entre eucaliptos que aíslan un poco de la carretera nacional. Han quedado muy atrás los rincones bucólicos de la última etapa. El asfal-

to, los eucaliptos y el ruido del tráfico, incluso de los aviones que pasan muy bajos, no son los mejores aliados para configurar algo así, pero esta ausencia de belleza queda relegada a un segundo plano porque lo que centra la atención es la impaciencia por llegar.

A media tarde llegamos al Monte del Gozo, convertido en la decepcionante e inmensa mole de la que forman parte los edificios del albergue del peregrino, el más grande de todo el Camino, que en un año Jacobeo es capaz de albergar hasta 800 personas. El monumento de la visita del Papa desvía la atención del lugar desde el que se divisan las torres de la catedral de Santiago, motivo por el que este monte se denomina de ese modo<sup>33</sup>. La primera vez que pasé por aquí no tuve ocasión de verlo, dada

33 El origen del topónimo «Monte del Gozo» (Monxoi, Monjoie), al igual que el de «La Manjoya» ovetenense, proviene de la alegría que experimentaban los peregrinos al contemplar, respectivamente, las torres de la catedral de Santiago y la de Oviedo.

su deficiente señalización. Hoy disponemos de tiempo suficiente para localizar este mítico lugar del gozo peregrino (el autocar se ha demorado mucho, pues al conductor le han asignado otro viaje y tiene que venir desde Asturias), pero no coronamos a nadie como rey de la peregrinación<sup>34</sup>.

*Por fin se aproximaba la meta. Llegando a un paraje llamado Monte del Gozo, la meta estaba al alcance de la mano, pareciéndome el Camino Gallico bastante más practicable que el Astur.*

*En el Monte del Gozo estuvimos contando chistes. Contábamos chistes y nos reíamos y parecía que no podíamos parar porque el autobús no llegaba y comenzaba a helar.*

Nos alojamos en el *Hotel-Restaurante O' Pino*, en Rúa de Arca, del que guardaba inmejorables recuerdos. Al llegar, el hombre que lo regenta se disculpa porque esta noche tiene que ir con su mujer a una cena del gremio de hosteleros y no podrá atendernos personalmente. No obstante, cuando estamos a punto de empezar a cenar, entra en el comedor, elegantemente vestido, para cerciorarse de que estamos bien atendidos y comunicarnos que en su lugar quedará su hijo, un joven que demuestra tener la misma profesionalidad que sus padres. Les deseamos una buena noche y le agradezco el gesto que en 1999 tuvo con mi compañero y conmigo al impedir que pidiésemos un taxi y llevarnos en su propio coche hasta Cimadevilla, el lugar en el que teníamos que reanudar la marcha, a 4,2 kilómetros de aquí.

<sup>34</sup> En *Ultría. Leyendas, gracias y desgracias del Camino de Santiago* (Carandel, 1998) se explica la costumbre de los peregrinos al llegar al Monte del Gozo y el origen del apellido Rey: «Subían corriendo y dando gritos de júbilo y al peregrino del grupo que llegaba el primero arriba le nombraban rey. Dicen que los que llevan este apellido, o sus correspondientes Roi, King, Köning, son descendientes de aquellos que se adelantaron a sus compañeros en la subida».

Después de la cena preparamos nuestra intervención en la misa del día siguiente, qué le agradeceremos y qué le pediremos al Apóstol. Todos, creyentes o no, participan activamente. Anoto en unas servilletas de papel las cosas que van diciendo y me comprometo a hacer el resumen que las personas designadas por el grupo –otro paciente y yo– leeremos mañana en la catedral. Es más de medianoche cuando nos retiramos a descansar, como refiere este paciente:

*Tras una cena de invitación y despedida, dormimos en un hostel que estaba muy bien.*

Antes de dormirme, pienso en la evolución apreciada en los pacientes desde que iniciamos estas actividades que se han revelado como una eficaz herramienta complementaria al tratamiento psicofarmacológico y a la psicoterapia reglada y que, en ocasiones, tienen mayor impacto terapéutico que muchas horas en el despacho de una consulta. En realidad, las caminatas son el medio del que nos servimos para realizar un programa de rehabilitación psicosocial que comprende los tres niveles de prevención indicados por la OMS (Organización Mundial de la Salud), puesto que:

– Han instaurado hábitos más saludables, tales como la reducción del sedentarismo y la disminución en el consumo de alcohol debido a la menor frecuentación de bares. Con ello se está contribuyendo a la promoción de la salud y la prevención de la enfermedad, uno de los objetivos de la rehabilitación primaria.

– Se aprecia mejoría clínica: se han reducido y/o presentan mejor manejo de los síntomas positivos de su enfermedad (ideas delirantes, alucinaciones, desorganización de la conducta) y una evolución positiva en su estado anímico, incluyendo la capacidad de disfrute, y ningún paciente ha precisado ingreso en la Unidad de Psiquiatría, lo que indica que se está llevando a cabo el tratamiento de su en-

fermedad, que es el objetivo de la prevención secundaria.

– Se han reducido los efectos negativos de su dolencia y ha mejorado su calidad de vida, objetivo fundamental de la prevención terciaria. Al tiempo que han ido adquiriendo mayor conocimiento del medio en el que habitan y que se ha incrementado su interacción, tanto con los compañeros del grupo de montaña (convertido en un grupo de apoyo afectivo) como en otros contextos, han mejorado sus habilidades de relación interpersonal y su nivel de competencia social. Por ejemplo, uno de los pacientes que vivía en una pensión muy poco confortable cuyas condiciones higiénicas no eran muy buenas (como me dijo en una ocasión mientras caminábamos por la montaña, «el problema es que está todo muy gocho»), pero cuya pensión no contributiva, que es la que tienen casi todos, no le permitía acceder a otro tipo de alojamiento, se ha ido a compartir piso con otro paciente que vivía solo, quien de ese modo obtuvo una fuente de ingresos que le ayuda a vivir más desahogado económicamente.

Esta especie de balance final que acabo de realizar aparece sintetizado seguidamente por este paciente:

*Para nosotros, los enfermos de Salud Mental, hacer el Camino de Santiago nos sirvió de terapia para nuestras enfermedades.*

## 16ª Etapa: Monte del Gozo–Santiago

Salimos con buen ánimo del Monte del Gozo. Después de bajar por unas escaleras y de pasar por un puente que va por encima de una autovía, recorreremos una interminable vía de asfalto, pero aún transcurre bastante tiempo hasta vislumbrar las torres de la catedral. A la altura de San Lázaro nos espera nuestro particular comité de recepción, al frente del cual está el bueno

de don Celestino Castañón. Han venido expresamente desde Asturias para acompañarnos en la misa de la catedral. Don Celestino nos da la bienvenida, nos ruega que no nos demoremos mucho, pues vamos con el tiempo muy justo, y nos dice que nos esperarán en la catedral.

La llegada a Compostela es algo muy especial para todos los peregrinos. Como ya he referido, he realizado el Camino de Santiago en tres ocasiones. En cada una de ellas, las circunstancias eran distintas, pero uno de los denominadores comunes es el torrente de emociones positivas que este hecho suscita y que ni el mejor «chute» de endorfinas sería capaz de desencadenar, como se puede apreciar en lo que escribí ese día:

*Ya hemos llegado al municipio de Santiago. A la altura de la parroquia de San Lázaro (distinta de aquella de la que salimos en Oviedo) nos espera nuestro particular comité de recepción, don Celestino Castañón, el presidente de la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Avilés y otros dos miembros de dicha Asociación entre quienes se encuentra un conductor de ALSA, el más joven de todos, que ha sacrificado su día de descanso para traerlos en coche y venir a recibirnos.*

*¡Ya hemos llegado a Santiago! Aprentamos el paso, pero no nos fatiga la marcha. Queremos acortar los cientos de metros que nos separan de la catedral. Estamos eufóricos. Queremos transmitir nuestra alegría y entusiasmo a los demás, gritarles: '¡Hemos llegado! Nadie lo esperaba, pero hemos llegado y han merecido la pena los sinsabores, el cansancio, el dolor de pies, los momentos de tensión, el ponerse a caminar después de un palizón de varias horas en el autocar y tener que volver a trabajar al día siguiente. Hemos llegado a Santiago a pesar de nuestras limitaciones personales. No*

han podido con nosotros ni la prótesis de cadera, ni la imaginación desbordada que hace ver lo que no hay, ni las voces imaginarias que parecen reales. Hemos llegado a Santiago, con nuestra enfermedad y a pesar de ella. Y este logro no nos lo puede quitar nadie. Hemos llegado a Santiago y hemos comprendido que se pueden conseguir más logros trabajando con lo que tenemos que lamentando lo que se ha perdido'. Y desplegamos la bandera de nuestra tierra, la enseña azul con la Cruz de la Victoria en color amarillo que porta orgullosamente el más veterano, designado por unanimidad como abanderado del grupo.

¡Ya hemos llegado a Santiago! Nos vamos introduciendo en el casco antiguo de la ciudad y cantamos con ímpetu, como queriendo despertar a una ciudad que parece perezosa, el canto de peregrinos «Yo vendí mi calabaza» que antes que nosotros tantas personas habrán cantado. Y bajamos por las callejas que conducen a la catedral, conscientes de nuestro aspecto pintoresco, orgullosos de que se fijen en nosotros, ellos, que no saben de nuestra odisea. Y cuando vamos a recoger la Compostela, nos reciben con gran amabilidad y lo tienen todo preparado para que el trámite no se demore y podamos llegar a tiempo para la misa de doce. Y me gustaría retener en la memoria ese momento en el que cada uno de nosotros va respondiendo acerca de la motivación del viaje. Y ya saliendo la «agenda» secreta de cada uno y los motivos que nos han conducido hasta aquí. Y escucho frases que hablan de motivos de salud y esperanzas de curación, de motivos deportivos a los que a lo largo del Camino se han añadido los de tipo espiritual... Y a uno que ha alegado los de tipo deportivo (que no es otro que aquel

cuya mirada de profundo sufrimiento tanto me impresionó la primera vez que participó en una de nuestras salidas a la montaña, aquel que no tiene familia y que va siempre con su compañero de pensión) le han dado un diploma coloreado y viene hacia mí con expresión desvalida: «Conchita, mira lo que me han dado». Al preguntarle, ante la atenta escucha del empleado que se lo ha dado, si eso no fue solo al principio y si después no habían ido surgiendo motivos espirituales, de búsqueda, responde afirmativamente y entonces le rompen el diploma y se lo cambian por una Compostela como las de los demás, un pergamino que pone su nombre en latín y que certifica que ha realizado el Camino por motivos de fe.

Nada que ver este recibimiento con el recuerdo que el encargado de revisar las credenciales mostró con Charli y conmigo en diciembre de 1999 porque el sello de Salas figuraba en la casilla que había quedado en blanco antes de estampar el del monasterio de Cornellana, que ocupaba cuatro casillas y cuya fecha era anterior a la de aquel. Le respondí agriamente que si no quería darnos la Compostela, que la dejase, pues realizar la peregrinación constituía una satisfacción interna y, con «diploma» o sin él, nadie nos la iba a quitar. La otra empleada pareció convencida de nuestra veracidad y disculpó el excesivo celo de su compañero en base al elevado número de falsos peregrinos que aquel verano habían intentado obtenerla sin haber realizado el Camino, personas que se desplazaban en coche y que iban poniendo el sello en las sucesivas localidades (no sé si esto tendrá algo que ver con lo que he leído en algún sitio, que acreditar que se ha realizado el Camino de Santiago, al parecer «puntúa» positivamente en las entrevistas para ciertos puestos de trabajo de tipo «ejecutivo»). Lo cierto es que me alegro de que finalmente me entregasen aquella primera Compostela, pues esos tres diplomas en latín que certifican que he realizado el Camino

de Santiago, para mí tienen más valor que mis títulos universitarios.

Esto es lo que escribieron algunos pacientes sobre la llegada a Santiago y los trámites en la Oficina del Peregrino:

*Al día siguiente, salimos del Monte del Gozo. Gracias al apoyo de unos (otros no se lo creían) llegamos a Santiago de Compostela.*

*Ya no importaba el cansancio, sino la alegría del camino consumado.*

*Entramos cantando en Santiago ante la ironía de algunos estudiantes que pasaban a nuestro lado y se sonreían. Al fin y al cabo, había que cantar. Yo cantaba mal, pero había que cantar. Habíamos llegado y había que cantar.*

*Fuimos a recoger la Compostela. Al fin, éramos peregrinos. A uno de mis compañeros le dio por decir que tenía muy poca fe, que lo había hecho por conocer sitios nuevos o por turismo o por qué sé yo. Y en vez de una Compostela como a los demás, le dieron un papel para turistas. La Compostela era un papel marrón escrito en latín. Y yo pensé que aquello estaba muy bien y había que certificarlo. Seguramente fueron los Templarios los que, después de inventar la letra de cambio y hacer así un favor a los peregrinos, habían inventado también la Compostela. O no.*

*Al ir a buscar la Compostela, me otorgaron la de turista, cambiándomela después por una como la de los demás, tras aclarar que el motivo por el que había hecho el viaje también incluía la razón espiritual.*

En cuanto nos entregaron la Compostela, nos dirigimos a la catedral. Hace dos años llegamos allí a las 11:35 horas y nos encaminamos directamente hacia la Puerta Sacra o del Per-

dón, situada en la parte trasera, en la Plaza de la Quintana, pero no pudimos entrar porque la cola llegaba hasta la abarrotada Plaza del Obradoiro, en la que se encuentra la entrada principal. En la Oficina de Información al Peregrino, una mujer de unos 30 y pico años nos dio una cordial bienvenida en la que dejaba traslucir su reconocimiento por el esfuerzo que habíamos realizado:

*— Han hecho ustedes el Camino Primitivo — dijo admirativamente.*

Puesto que la cola para acceder a la Puerta Sacra o del Perdón llegaba hasta la Plaza del Obradoiro y no sería posible llegar a tiempo para la misa de doce, nuestra agradable informante nos aconsejó hacer los trámites para solicitar la Compostela y acudir a continuación a la misa de una. Después nos regaló el Himno del Peregrino, advirtiéndonos:

*Pero no se lo digan a nadie, que sino no me dejan trabajar en todo el día.*

Ante el aluvión de visitantes pugnando por hacerse un hueco para entrar y salir de la catedral, nos resignamos a posponerlo para el anochecer. Entonces, tras casi una hora de espera, logramos acceder por la Puerta Sacra que unas semanas después, el 31 de diciembre, se cerrará hasta el próximo Año Santo, cuando el arzobispo compostelano dará tres golpes con un martillo de plata sobre el muro de lajas con las que habrá permanecido tapiada durante todo ese tiempo.

Esta mañana, como no estamos en un año Jacobeo, solo podemos acceder por la Plaza del Obradoiro, que está prácticamente desierta. Entramos apresuradamente unos minutos antes de las 12. Por el pasillo central sale a mi encuentro una mujer joven:

*— ¿Es usted la psicóloga? Vengan—. Y nos conduce hasta el presbiterio, el espacio que rodea el altar mayor.*

Me sorprende el inesperado honor que nos hacen al sentarnos en este lugar privilegiado.

Ofician la misa don Celestino y el delegado diocesano de Santiago de Compostela. Esto es lo que leyó el portavoz de los pacientes:

*Señor, por medio de tu Apóstol, te ofrecemos el esfuerzo y la ilusión que nos han conducido hasta aquí y te damos las gracias por otras cosas buenas que nos han ocurrido a lo largo de estos meses:*

- 1. Experimentar la satisfacción de llegar y darnos cuenta de que el esfuerzo tiene una recompensa.*
- 2. La realización del Camino de Santiago nos ha servido para hacer nuevos amigos y profundizar en relaciones que hasta ahora eran superficiales, así como disfrutar de los aspectos positivos del compañerismo.*
- 3. Esta actividad también nos ha ayudado a integrarnos más en las relaciones con las personas de nuestro entorno (familia, amigos, compañeros de la pensión, vecinos, etc.). Y, a su vez, estas personas también nos valoran más.*
- 4. Algunos de nosotros hemos retomado proyectos académicos, laborales, afectivos y de ocio.*
- 5. A uno de nuestros compañeros, el Camino de Santiago le ha ayudado a salir adelante en un momento difícil de su vida y a encontrar una meta más que pudo realizar<sup>35</sup>.*
- 6. Todos nos sentimos más a gusto con nosotros mismos y ha mejorado nuestra autoestima.*
- 7. Muchos de nosotros tenemos pensamientos menos destructivos; a otros se nos quitan las*

*pesadillas que tenemos antes de dormir; y otros tenemos mejor control de los pensamientos negativos de nosotros mismos y de la vida.*

- 8. Hemos descubierto formas de ocio y de divertirnos que no son nocivos para nuestra salud y que hacen que nos sintamos mejor, como el contacto con la naturaleza y conocer a personas de otros lugares que tienen otras formas de vida.*
- 9. Y hacer el Camino con personas que tienen problemas similares a los nuestros, nos ayuda a sentirnos menos aislados, a poder hablar de nuestras dificultades y a aprender otras formas de afrontarlas».*

Esta fue la petición realizada:

*Te pedimos que nos ayudes a ser constantes en los esfuerzos que, desde una actitud consciente y realista de nuestras limitaciones, nos abran la puerta para realizar otros caminos y proyectos en los que puedan participar también aquellos compañeros que empezaron el Camino con nosotros, pero a los que no les fue posible concluirlo.*

Cuando finalizó la misa, le dimos un abrazo al Apóstol Santiago, como es de rigor. Seguidamente, el delegado diocesano nos hizo una visita guiada de la catedral, con especial detenimiento en el Pórtico de la Gloria, y a continuación, sacamos varias fotografías con ellos. Tanto él como don Celestino hicieron un ruego:

*— Esto que habéis hecho, tenéis que escribirlo, tenéis que contarlo.*

Así relatan los pacientes su estancia en la catedral:

*Destacaría el recibimiento y el homenaje con el que se nos trató en la cate-*

<sup>35</sup> Se refiere al paciente que había enviudado un año antes de iniciar el Camino de Santiago.

*dral de Santiago que, sin quitarnos el mérito, se nos trató como si fuéramos unos héroes.*

*Allí nos estaba esperando don Celestino, el párroco de San Lázaro, que en compañía del párroco de Santiago dieron una misa en nuestro honor.*

*Don Celestino se portó maravillosamente con todos nosotros.*

*La misa no fue solemne, ni falta que le hacía. Nosotros nos sentamos todos en el mismo sitio, donde se sientan los príncipes y los políticos. Éramos como una llamada de atención, los príncipes y los políticos no tenían fe y se llevaban tan mal entre ellos.*

*Al final, lo del botafumeiro resultó ser un cuento, una carta a los Reyes Magos escrita por un niño de doce años que ya sabe quiénes son los Reyes Magos, porque había que pagar mil pesetas por cabeza para verlo volar.*

*Y en la catedral visitamos la tumba del Apóstol y asistimos a una misa celebrada en nuestro honor.*

*Después le dimos un abrazo a Santiago Apóstol, le dimos las gracias porque todo había salido bien y le pedimos que nos diera salud.*

*Después de la misa, el deán nos explicó qué era aquello del «Pórtico de la Gloria» y nos llevó a ver la piedra milenaria, con Santos y Demonios y Ángeles y Nuestro Señor Jesucristo presidiéndolo todo.*

*El sacerdote de Santiago nos estuvo explicando el significado del Pórtico de la Gloria y de los doce apóstoles de la catedral.*

*Después de la misa, don Celestino no hacía más que darme palmaditas en el hombro por lo bien que había leído*

*—eran agradecimientos al Santo— antes de la homilía.*

Finalmente, fuimos a comer con don Celestino y sus amigos asturianos a un restaurante cercano a la catedral que ellos conocían muy bien. De cómo fue aquella comida y del recorrido turístico por el casco antiguo de la ciudad realizado por la tarde, en el que tampoco faltaron las típicas compras, informan los pacientes:

*Después de visitar la catedral, que nos gustó mucho, dimos una vuelta por Santiago. Para celebrar nuestra llegada a Compostela, fuimos a «Casa Manolo», donde comimos muy bien.*

*Comimos muy bien y abundante por 800 pesetas en un sitio más bien lujoso, lo que no dejó de extrañarnos, cómo tanto lujo para cobrar solo 800 pesetas, pero era comprensible: en el invierno, los estudiantes, y en el verano y la primavera, los peregrinos. Y aquellos maravedís formaban parte de la hospitalidad de nuestros vecinos para con ambos.*

*Todo era relajación en nuestra visita a Compostela, donde hicimos comidas muy exquisitas en restaurantes económicos.*

*Una vez recogida la Compostela (al diploma me refiero), compramos algunos regalos relacionados con el culto y, por supuesto, con el Apóstol, y regresamos a Oviedo en el autocar, con el título a que fuimos acreedores.*

Entre los regalos mencionados por el anterior peregrino no podían faltar vieras como la comprada siete años después por mi hijo Nicolás el día que concluimos el Camino del Norte y que, como puede apreciarse en la fotografía, él lleva orgullosamente colgada del cuello mientras acaricia al burro del peregrino holandés, convertido aquel día en la auténtica atracción de la Plaza del Obradoiro.

Pero en esta ocasión yo me permito el lujo de regalarme una más fácil de portar, un pequeño colgante de azabache adquirido en una de las joyerías de la Plaza de la Azabachería.

La llegada a Oviedo se produjo a las 22:15 horas. El autocar nos dejó en el sitio acostumbrado, delante de la antigua estación de los ALSAS, en la Plaza Primo de Rivera. De alguna manera, creo que todos éramos conscientes de que habíamos cerrado un ciclo. Excepcionalmente, los pacientes se despidieron de nosotras con un beso. De ese momento, recuerdo las palabras que me dijo el último paciente que se despidió de mí, precisamente uno de los que más solía protestar cuando yo «alargaba» las etapas más de lo que ellos deseaban, que me compensaron de los «sinsabores» pasados por dicho motivo:

— *Gracias. De no haber sido por ti, no lo habríamos conseguido.*

En relación con lo experimentado por nuestro grupo de montaña al volver a casa tras conseguir el objetivo propuesto, esto es lo manifestado por este peregrino:

*La vuelta fue tan apoteósica como la llegada. Teníamos un conductor muy majo que nos dejó fumar. Y aunque a una de las monitoras le molestaba el humo, no dijo nada y seguimos fumando y evitábamos hacerlo todos a la vez. Todo era alegría, parabienes y felicitaciones. A ninguno de nosotros se le había olvidado el sufrimiento de caminar subiendo y bajando cuestas, con pueblos remotos a los que había que llegar y que, cuando la niebla lo permitía, se veían allá muy lejos, como para amedrentarnos y hacernos sufrir más, pero siempre llegábamos. Estábamos dispuestos a llegar y llegábamos.*



Nicolás en la Plaza del Obradoiro junto al burro del peregrino holandés

## DESPUÉS DEL CAMINO DE SANTIAGO

**A**cabé mi primer Camino de Santiago 79 días después de haberlo iniciado. Aunque «físicamente» solo habíamos estado en ruta los puentes y fines de semana, «mentalmente» había permanecido allí, con la atención totalmente centrada en ello, los cuatro días restantes de cada una de aquellas 11 semanas. Como ya informé al principio, a primera hora de la tarde de los viernes, después de salir de trabajar, tomábamos el ALSA en dirección a Luarca. Generalmente, llegábamos a la estación de autobuses de Oviedo con la lengua fuera y los domingos no regresábamos a casa hasta bien avanzada la noche. Los restantes días de la semana hacía las cosas maquinalmente, pendiente de la siguiente etapa. Durante aquel período (y ello sin contar el tiempo de preparación previa), en cierta manera fue como si hubiese permanecido «fuera del tiempo», como si el resto de las cosas del mundo hubiesen quedado suspendidas o situadas en un segundo o tercer plano. Ahora no quedaba más remedio que abandonar el Camino y cerrar el paréntesis abierto tres meses antes.

En el ALSA de Lugo a Oviedo, ya definitivamente de vuelta a casa, junto a la satisfacción por la realización de un sueño tanto tiempo anhelado, me invadió un sentimiento de vacío, desprotección u orfandad que podría condensarse del modo siguiente: «Muy bien, ya lo has conseguido. Y ahora, ¿qué?». Casualmente, mientras hojeaba la *Guía para una peregrinación a Compostela* (Rodríguez Fernández, 1999), adquirida en Santiago el día anterior,

comprobé que su autor, en el último epígrafe, planteaba la misma pregunta. Sin embargo, no coincidí con su propuesta: «Hemos de llevar el CAMINO a la vida y no la vida al CAMINO». Por mi parte, considero que ambas opciones no son excluyentes, pues al Camino uno se lleva su vida —dónde dejarla sino—, su realidad, lo que es y lo que ha sido, y que regresa enriquecido con lo que se ha encontrado y, quizá también, con otra lectura de ese pasado y de ese presente que forman parte de su propio ser, de su historia personal; y que en el caso de precisarlo y de haber ido predispuesto a encontrarlo, hasta es posible que se traiga consigo las claves para darle un sentido diferente a ese futuro que se construye día a día, con cada paso que damos, con cada opción que elijamos. Personalmente, el revulsivo que me permitió encontrar las pistas para ese sentido perdido a los 20 años porque los ropajes a los que iba prendido se habían vuelto inservibles, los hallé aquella misma noche, ya en mi casa, en la lectura de una entrevista de Sol Alameda, «*Jon Sobrino. A la izquierda de Dios Padre*», publicada en el *Suplemento Semanal de El País* que unas horas antes había comprado en la estación de autobuses de Lugo.

A tenor de lo que refieren, parece que nuestros peregrinos también se han planteado y encontrado respuesta a sus particulares «Y ahora, ¿qué?»:

*Reflexionando un poco más sobre el Camino de Santiago, descubrí por mí mismo que sí hay otra vida, pero que en realidad está en esta (y esto no es*

demagogia, como dicen los políticos). Ese mundo del pueblo llano que quizá no sepa leer ni escribir, pero que a nuestro paso nos mostraba su lado más cordial, hospitalario y humano, ofreciéndonos un vaso de agua para saciar nuestra sed, un pan casero para alimentarnos y una silla para descansar. Esta gente que posiblemente su mayor y mejor virtud sea que no haya visto más allá de su propio horizonte, pero que es y está ajeno al de las grandes ciudades, donde prima la competitividad y aflora la ansiedad por hacerse rico de la noche a la mañana, sin ningún escrúpulo y con pocos valores humanos (si es que los hay), aparte de los valores de la belleza, el poder y el dinero. Doy gracias por gozar de vuestra amistad y por tener el privilegio de vuestro compañerismo en las marchas que hasta ahora hice con vosotros. Espero que durante mucho tiempo hagamos siempre la penúltima salida a la montaña.

Las excursiones que solemos hacer cada mes y, en especial, hacer el Camino de Santiago por etapas, son como pequeños triunfos que se van acumulando. Y cuando estas pequeñas aventuras se terminen, nuestros miedos se habrán amortiguado en un alto porcentaje y habremos completado una etapa en nuestras vidas.

Un sí rotundo a tener nuestra autoestima alta. Nunca dejéis de perseguir vuestros sueños porque, de una manera u otra, se harán realidad.

En el Camino de Santiago el Gran Señor tuvimos recuerdos entrañables y fuimos organizándonos para ponernos al día y salir de las rutinas diarias. Lo que sacamos de beneficio de esta aventura es el poder del compañerismo y que aprendimos a apoyarnos unos a otros. También aprendimos que la solidaridad es lo mejor que puede haber. Ahora, gracias a esta aventura, queremos organizar una asociación de enfermos mentales para ayudar a otros que estén en peor situación.

## FUENTES DOCUMENTALES

ALAMEDA, S. (1999, diciembre 5). «Jon Sobrino. A la izquierda de Dios Padre». *El País Semanal*.

ASOCIACIÓN ASTURIANA DE NEUROPSIQUIATRÍA (2001, julio). «Ecos de la red». *Boletín Informativo*, (10), 3.

ASOCIACIÓN ASTUR LEONESA DE AMIGOS DEL CAMINO DE SANTIAGO (s.f.). *De León a Santiago. La Pulchra Leonina*. Recuperado el 10 de septiembre de 2021 de <http://www.caminosantiagoastur.com/apuntes-historicos/de-leon-a-santiago/>

BARREIRO, M. (2016). «Uno de los tramos más largos del Camino de O Cádavo a Lugo». *La Voz de Galicia*.

BEGINI, R. (1997). *La vita è bella* [La vida es bella]. [Película]. Italia: Melampo Cinematografica Cecchi Gori Group.

BRAVO LOZANO, M. (1997). *Guía del Peregrino Medieval («Codex Calixtinus»)* (pp.35–38). Centro de Estudios del Camino de Santiago.

BUÑUEL, L. (1969). *La Voie lactée* [La Vía Láctea]. [Película]. Francia. Greenwich Film Productions, Paris– Fraia Film.

CALAHORRA MARTÍNEZ, P. (s.f.). *El canto de los peregrinos de Santiago de Compostela*. Recuperado el 10 de febrero de 2022 de <https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/24/43/16calahorra.pdf>

CAPRA, F. (Director). (1944). *Arsenic and Old Lace* [Arsénico por compasión]. [Película]. Estados Unidos: Warner Bros.

CARANDELL, L. (1998). *Ultreia. Historias, leyendas, gracias y desgracias del Camino de Santiago* (pp. 148). El País Aguilar.

CATEDRAL DE OVIEDO (s.f.). *Conoce cada rincón. Cementerio de peregrinos*. Recuperado el 28 de octubre de 2021 de <https://catedraldeoviedo.com/cementerio-de-peregrinos/>

CLÍNICA UNIVERSIDAD DE NAVARRA (2022). *Diccionario médico*. Recuperado el 18 de agosto de 2022 de <https://www.cun.es/diccionario-medico/terminos/idea-referencia>

COELHO, P. (1988). *El peregrino de Compostela (Diario de un mago)*. Barcelona: Planeta.

DÍAZ, J. (2005). «Romance del Apóstol Santiago». En *Dendrolatías* [CD]. Madrid: Factoría Autor.

DIÓCESIS DE LUGO (2019). *Catedral de Santa María de Lugo*. Recuperado el 18 de enero de 2022 de <http://www.diocesisdelugo/>

EDITORIAL GRUDEMI (2021). *Batalla de Covadonga*. Recuperado el 27 de agosto de 2022 de <https://enciclopediadehistoria.com/batalla-de-covadonga/>

ESCOLANÍA DEL VALLE DE LOS CAÍDOS (1978). «La calabaza». En *I. Música antigua y Barroco español* [disco]. Madrid: Hispavox.

FERNÁNDEZ, L. (s.f.). *Belén de cumbres, la tradición que nació de los montañeros del norte de España*. Recuperado el 14 de octubre de 2021 de <https://www.escapadarural.com/blog/belen-de-cumbres-la-tradicion-que-nacio-de-los-montaneros-del-norte-de-espana/>

GALÁN GONZÁLEZ, J.L. (1996). *De León a Compostela por San Salvador de Oviedo*. Asociación Astur Leonesa de Amigos del Camino de Santiago. Oviedo.

GONZÁLEZ P. (2016). «Los ecos del cura guerrillero». *La Nueva España*.

GUERRA GARRIDO, R. (1990). *Viaje a una provincia de interior* (pp. 68–69). Ámbito.

GUÍA TURISMO DE ASTURIAS (s.f.). *Colegiata de San Pedro*. Recuperado el 23 de agosto de 2022 de <https://guiadeasturias.com/lugar/colegiata-de-san-pedro-en-teverga-se-guardan-junto-a-otros-tesoros-de-gran-valor-historico-dos-cuerpos-casi-incorruptos-conocidos-como-las-momias-de-teverga-pero-pese-al-miste/>

IÑARREA LAS HERAS, I. (1998). «Las canciones de itinerario de peregrinos franceses de la ruta jacobea: rasgos definitorios». *Biblioteca Gonzalo Berceo*. Recuperado el 18 de septiembre de 2021, de <http://www.vallenajerilla.com/berceo/inarrealasheras/cancionesperegrinosfrancesesrutajacobe.htm>

MAGALLÓN, E. (2019, diciembre 12). «La Reconquista que nunca existió». *La Vanguardia*. Recuperado el 27 de agosto de 2022 de <https://www.lavanguardia.com/historia-y-vida-reconquista-al-andalus-historia-rae-don-pelayo-covadonga.html>

MUSEO DE GRANDAS DE SALIME (s.f.). *La capilla de Buspol: una pequeña joya en el Camino*. Recuperado el 14 de noviembre de 2021 de <https://www.museodegrandas.es/la-capilla-de-buspol-una-pequena-joya-en-el-camino>

POPULAR ITALIANA (s.f.). «Bella Ciao». [Grabado por Adolfo Celdrán]. En *Cajitas* [disco]. Madrid: Fonomusic (1969).

POPULAR MEXICANA (s.f.). «Nuestro México, febrero 23». [Grabado por Inti Illimani]. En *A la revolución mexicana* [disco]. Nueva York: Warner (1969).

- PRADA, A. (2010). «Romance de don Gaiferos». En *Del amor que quita el sueño* [CD]. Madrid: Camaina.
- RESONET (2003). *La Grande Chanson. As cançons dos peregrinos de Santiago. Francia ss. xvii e xviii* [CD]. Santiago de Compostela: Punteiro.
- RETUERTA, J. (s.f.). *La Puerta del Perdón del Bierzo, un final del Camino en el Bierzo*. Recuperado el 2 de agosto de 2022 de <https://espanafascinante.com/aire-libre/puerta-perdon-villafranca-final-camino-enfermos-bierzo/>
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, J. C. (1999). *Guía para una peregrinación a Compostela*. (2ª ed.) (pp. 151–152). Archicofradía Universal del Apóstol Santiago.
- SAN JOSÉ, V. (1969): «Un cura de aldea». En *Mis recuerdos* [disco]. Barcelona: Belter.
- SALDAÑA, J. (1956). «Juan sin tierra». [Grabado por Víctor Jara]. En *Pongo en tus manos abiertas* [disco]. Chile: Jota Jota (1969).
- SOLANA, A. (5 de marzo de 2019). *Aymerich Picaud y la redacción del Códice Calixtino*. Recuperado el 1-08-2022 de [https://albertosolana.wordpress.com/2019/03/05/36-ayeric-picaud-y-la-redaccion-delcodice-calixtino](https://albertosolana.wordpress.com/2019/03/05/36-aymeric-picaud-y-la-redaccion-delcodice-calixtino)

# UNA VÍA EN LAS ESTRELLAS

EL CAMINO DE SANTIAGO  
DE UNAS PERSONAS POCO CORRIENTES

*Concha Fernández Pol*



Fundación Joaquín Díaz • 2026

*Publicaciones Digitales*

**funjdiaz.net**